

MIGUEL GILARANZ



Historia de un Guardia Civil.



Miguel Gilaranz

CASA CUARTEL DE LA GUARDIA
CIVIL

Historia de un Guardia Civil

Text Copyright @ 2019 Miguel Gilaranz
1ª Edición

Disponible en [Amazon.com](https://www.amazon.com)

A mi gran amigo el “Polilla” Agustín Lucena Butrón y mi admiración y respeto a la Guardia Civil y Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado

1.- DÉCADA DE LOS CUARENTA: CONTRABANDO	5
2.- EL PATEJA.....	10
3.- REGRESO A LA TORRE DEL PUERCO.....	17
4.- CASA CUARTEL TORRE DEL PUERCO.....	21
5.- SANTIAGO	24
6.- ACADEMIA DIARIA EN LA CASA CUARTEL.....	28
7.- LA DECISIÓN DEL CABO.....	32
8.- EN LA PLAYA DE LA BARROSA	35
9.- VIGILANCIA EN LA PLAYA DE LA BARROSA	39
10.- OBJETIVO: ALCALÁ DE LOS GAZULES.....	45
11.- HORTENSIA Y MARÍA	48
12.- HACIA LA ERMITA DE NTRA. SRA. DE LOS SANTOS....	52
13.- FUEGO.....	55
14.- HASTA PATRITE	62
15.- CAMPANO.....	65
16.- EN EL PUNTO DE ESPERA	69
17.- DE JIMENA A PATRITE	75
18.- MISIÓN: SALVAR A LOS PARACAS.....	81
19.- LA CHUMBERA	85
20.- EL PEZ ARAÑA Y EL POLILLA.....	89
21.- LA CAPTURA.....	95
22.- LA HUIDA.....	99
23.- HACIA LAS CUEVAS DE MARTÍN.....	104
24.- TRISTE FINAL DEL SEVILLITA.....	108
25.- LA REVISTA DEL PABELLÓN	111
26.- LOS MALOS A LA CÁRCEL.....	115
27.- REGRESO A ALCALÁ DE LOS GAZULES	119
28.- EL MOLINO CASTRO.....	129
29.- LA EXPLOSIÓN DE CÁDIZ.....	135
30.- REGRESO A LA CASA CUARTEL.....	143
ACERCA DEL AUTOR.....	147

DÉCADA DE LOS CUARENTA: CONTRABANDO

El agente de la Guardia Civil Agustín Lucena, patrulla por la playa de la Barrosa una noche de verano sin luna. Camina dirección a Roche, lugar de desembarco natural de contrabandistas que aprovechan la presencia de suaves acantilados y escorrentías horadadas por el agua de lluvia, en un terreno arcilloso que da nombre a la zona “La Barrosa”.

Noche sin luna. Noche peligrosa. Noche traicionera. Oscuridad absoluta que aprovechan los delincuentes cubiertos por el manto de estrellas. Una de esas noches donde los vientos pelean y el levante pugna con el viento de poniente.

Lucena se vuelve y no consigue vislumbrar el perfil de su compañero que le sigue a unos pasos, mucho menos distinguir la Torre del Puerco encaramada sobre un talud elevado. Hoy, la torre vigía, utilizada durante cientos de años está desguarnecida porque sin luna, apenas se alcanza a ver la punta del pie.

Agustín prudente, no se atreve a encender un cigarrillo para no delatar su presencia en la playa, en una orilla que descansa de marea baja. Mal asunto para los

contrabandistas porque en estos casos, la distancia desde la lámina de agua, hasta la arena seca y los acantilados es grande, y eso es un impedimento para los delincuentes porque tienen que recorrer más trecho desde su desembarco, hasta llegar a tierra firme para escabullirse después, entre los desagües naturales donde se guarecen en la espesa maleza formada por una gran variedad de especies duras y resistentes como la grama de la arena, retamas y algún que otro pino playero.

Lucena camina despacio, por un terreno totalmente liso, peinado por la bajamar sin obstáculo alguno, salvo algún madero que llegó flotando horas antes y que se resiste a regresar al agua. Solo le acompaña el ruido del crujir de las conchas bajo las botas contra el húmedo suelo. Mira hacia atrás, no ve nada, sabe que el agente Galván le acompaña en silencio, pero no le ve como tampoco observa algún punto de referencia que le indique que ha llegado al límite de su demarcación de vigilancia, ese punto donde termina su responsabilidad y comienza la de sus compañeros del cuartel de Roche. En ese momento, la puntera de la bota derecha se hinca en la húmeda arena, como si el suelo cediera bajo su peso, haciéndole tropezar. Sorprendido, se agacha para intentar observar el motivo de su traspie. A tientas, intenta descifrar el origen de esa depresión en la arena de la playa, y su inspección táctil le indica que no es obra de la naturaleza. —Esto es... serán... En efecto, Lucena deduce que es la huella de un equino; caballo, mula o yegua.

Rodilla en tierra, palpa unos centímetros alrededor de la pisada, hasta que sus dedos advierten la presencia de otro rastro, es un desembarco y es reciente. No quiere

encender la linterna de petaca para no revelar la posición ante la posibilidad de que los contrabandistas estén aún por las inmediaciones. Ya en pie, cierra los ojos y escucha los vientos con la esperanza de oír algo; un chasquido, un bufido... lo que sea. Pero la noche oscura y traicionera es recelosa y oculta para sí, todo lo que bajo su manto abriga. Todo, menos las pisadas de su compañero.

—Deben de haber huido estos... —murmura Galván— Aun así, Lucena no quiere encender la linterna. Clava nuevamente las rodillas sobre la arena mojada y camina a “cuatro patas” palpando el rastro de las pisadas que le conducen, indefectiblemente, hacia la arena seca donde se pierde la pista y disipan las huellas.

—Esto no puede quedar así —dice mientras se yergue sacudiendo las humedecidas rodillas. —solo hay un contrabandista en toda la comarca, capaz de atreverse a desembarcar mercancía en las mismas narices de la Guardia Civil; el Sevillita. Lucena, pide a su compañero que regrese a la Casa Cuartel de la Torre del Puerco para notificar inmediatamente lo sucedido al Jefe de Puesto; el Cabo Chacón, guardia veterano, curtido en mil servicios; buenos, malos y peores; todo un “caimán”.

—Aún no es media noche, seguro que el Cabo está despierto —piensa Galván mientras acelera el paso lanzando destellos con la linterna de petaca hacia donde intuye se encuentra la Torre del Puerco, con la esperanza que algún compañero de guardia avise a su superior de que algo importante pasa.

Unos segundos. Solo unos segundos transcurren hasta recibir la réplica luminosa de otro compañero. Jadeando,

llega al pie del enorme peñasco que sirve de sujeción a la torre vigía.

— ¡Dese prisa! —alza la voz en dirección a un destello de luz fluctuante que desciende hacia la playa.

— ¿Qué pasa Galván, a qué tanto alboroto? — reprocha el Cabo a unos metros de la luz que le indica la situación del agente.

— Lucena ha encontrado un rastro de pezuñas y son recientes —insiste alzando la voz. — ¡Otra vez Cabo! — añade Galván enfocando la luz hacia el rostro del superior — ¡Malditos sean! Lucena ha encontrado el rastro de una mula o un caballo cerca de la demarcación de Roche. Venga, se lo mostraré, pero hemos de apresurarnos porque la marea está subiendo.

Dos abanicos de luz peinan la húmeda arena buscando al Guardia Civil que les está esperando.

— ¡Aquí! —indica Lucena. — ¡Mire Cabo! — dice señalando con la petaca las pisadas del animal — Si se fija, también hay pisadas de personas.

— Es una mula —afirma el Cabo.

— ¿Cómo sabe que es una mula y no un caballo?

— Por la distancia entre las pisadas —responde Chacón—Si se fija, la distancia entre esta y esta huella es... relativamente pequeña. Deduzco que la alzada del animal no debe ser mayor de un metro y medio. Fíjese —centra el haz de luz sobre una de ellas —¡Agáchese Lucena y lo verá mejor! —Los agentes rodilla en tierra, escudriñan las pisadas.

— ¿Qué tengo que ver? — pregunta Lucena sin ocultar su desconocimiento en este tipo de huellas.

—La pisada es profunda, eso quiere decir que la mula porta mucho peso — ¿Qué le parece esto? El Cabo toma del suelo un puro a medio terminar con la boquilla mordida hasta la vitola; un “cubanito”. —Aquí tenemos la tarjeta de visita del Sevillita.

Agustín comprueba que, a quien tiene a su lado, todo lo resuelve fácilmente, y es así porque lleva toda la vida haciéndolo.

El Cabo se levanta e indica al agente Galván que continúe él solo la ronda.

— Acompañeme Lucena, vamos a seguir el rastro hasta ver donde nos lleva, tratándose del Sevillita vale la pena una correría. Cabo y agente abandonan la playa por una de las escorrentías en dirección al Pinar de Roche. Caminan iluminando palmo a palmo el terreno, escudriñando las pequeñas marcas sobre la arena reseca que les conduce al interior del pinar, una masa vegetal que delimita los términos municipales de Chiclana de la Frontera y Conil.

—Mire aquí Lucena, observe esta arena removida y esta piedra, fíjese bien hay sangre, la mula ha caído y se ha herido.

—Sí señor, lo veo.

—La mula ha quedado coja —sentencia el Cabo. Las siguientes marcas sobre el terreno evidencian el cambio de marcha del equino y como la pata delantera izquierda clarea. Una marcha lenta que conduce a los agentes hasta un sendero, un atajo que Lucena sabe donde termina.

— Cabo, por aquí solo podemos llegar a un lugar, la casa del Pateja. Lo conozco bien, y con su permiso, me gustaría interrogarle.

EL PATEJA

Lucena camina ligero delante del Cabo, apoyado en la guía que le aporta su linterna Cegasa, —compañera de mil servicios y fiel amiga— en busca de un gran conocido de la Benemérita; el Pateja. Peón de cualquier cosa, jornalero por obligación, cazador furtivo en determinadas épocas del año, bebedor, jugador, voceador en las cacerías y, por sus antecedentes policiales, contrabandista ocasional; vamos, una joya de hombre.

Durante el trayecto, Agustín se esfuerza por recordar algunos de los artículos de la Cartilla del Guardia Civil, que el Duque de Ahumada publicara cien años atrás, en 1844, y que le ayudan a mantenerse concentrado hasta que llegan a su destino donde, ocultos tras un matorral, escuchan el rebuzno de una mula. El animal, ha delatado su presencia. Chacón, con una leve palmadita en la espalda, le indica a Lucena que ha llegado el momento de actuar mientras él, se queda para controlar el perímetro. Agustín se aproxima al lugar donde intuye el origen del rebuzno y descubre a una mula aún con el cabezal y el serón vacío por desmontar. La luz de la petaca le muestra la herida del animal.

Lucena respira hondo, trabaja saliva y se dirige hacia la puerta de la vivienda. Conoce perfectamente el protocolo de actuación que indica la Cartilla...

*“El Guardia Civil debe ser prudente sin debilidad, firme sin violencia”...
“Sus primeras armas deben ser la persuasión y la fuerza moral...”*

Alza la voz...

— ¡Les habla la Guardia Civil, abran la puerta!

Nadie responde en la humilde vivienda al requerimiento del agente, un chamizo cerca de la laguna de Campano, una gran extensión de terreno que fueron propiedad de un marqués y que ahora es aprovechado como refugio por los braceros que trabajan por aquellas tierras...

“Un Guardia Civil no entrará en ninguna habitación sin llamar anticipadamente a la puerta y pedir la venia para entrar, valiéndose para ello de las voces ¿da V., permiso”...

— ¡Abran a la Guardia Civil! —pronuncia con voz más alta y clara, acompañándolo de tres golpes en la puerta y retrocediendo después unos pasos e iluminando la única ventana cerrada que tiene la pequeña edificación. Está nervioso porque alberga la esperanza de poder incautar la mercancía de contrabando y se siente seguro porque el Cabo Chacón está cerca vigilando todos los movimientos.

Segundos después, el chirriar de las bisagras anuncia la intención de su morador de no entorpecer a la justicia.

— ¿Qué pasa, qué pasa? —pregunta el Pateja haciéndose el sorprendido y cubriendo con una mano los ojos cegados por la luz de la linterna.

-¿Da usted su permiso? —pregunta Lucena sin dudar, pero recordando la Cartilla que le obliga a hacerlo cortésmente.

...“lo hará cortésmente, sin gritos ni ademanes descompuestos; siempre se valdrá para ello sus propios nombres o apellidos, no usando jamás de apodos o motes, que tan poco favor hacen a quien los emplea”...

Asustado y desconcertado, el Pateja se hace a un lado, invitando con un gesto de la mano la entrada del agente.

—Muy tarde para estar levantado —afirma Lucena iniciando la investigación en el interior de la estancia, una habitación que tiene por suelo una fina capa de arcilla de la Barrosa, iluminada por un candil que tiñe de ocre la única sala que cumple las funciones de salón, comedor, cocina y dormitorio. En el centro, sobre la mesa, una botella de fino chiclanero Reguera, de las Bodegas Vélez, medio llena y tres vasos vacíos. Al fondo, en uno de los rincones, hay un camastro de tela y paja, lugar idóneo para que las chinches proliferen a sus anchas. Pero sea como fuere, allí están los dos, un buscavidas nervioso y titubeante, y un agente de la Benemérita.

—Permítame su documentación. —rompe Lucena el incómodo silencio, mirando de reojo los objetos de la mesa y lamentándose no haber llegado antes porque, claro está, la mercancía de contrabando ha pasado a otras manos. Agustín no se dirige a él por su nombre porque no lo recuerda, y no debe usar el apodo.

El Pateja, sin mediar palabra y con la mirada torcida, entrega el documento de identidad al agente quien, apoyándose en la mesa y al arrimo del candil, extrae de la Cartera de Camino, roída por los años y el uso; lápiz, un pequeño carrete de hilo rojo y papel de barba donde toma nota de la filiación. Cuando Agustín finaliza, le devuelve el documento y mirándole a los ojos comienza el interrogatorio...

—Rafael, voy a ir directamente al grano. Usted y yo sabemos qué hace levantado a estas horas, y por qué su mula tiene puesto el serón y el bocado. Además, hay tres vasos sobre la mesa. ¿Ha tenido usted visita?

—No se equivoque señor agente —responde el Pateja con voz altanera —estaba a punto de salir hacia Chiclana.

— ¿A Chiclana, a las dos de la madrugada? Entonces, ¿Cómo me explica usted que la mula tenga el lomo sudoroso y una pata herida?

El Pateja no responde, se sienta y observa al agente, de complexión atlética y una altura superior a la media, porque con su metro setenta y ocho de altura, unas enormes y pobladas cejas negras y una estilizada nariz, mil veces quemada por el sol, confiere a Agustín un aura de respeto.

— ¿Qué sabe usted de esto? Lucena muestra el trozo de puro que ha encontrado en la playa, usando una de sus mayores armas, la modulación de la voz. Una entonación precisa y nada estridente, cálida pero eficaz y que inspira confianza a todo aquél que la escucha.

—No sé a qué se refiere usted —responde el Pateja en un tono desafiante.

—Hace dos semanas, con luna llena —continúa el agente— prendieron fuego a una finca en El Colorao, seguramente para entretener a nuestras patrullas. Esa misma noche, el Sevillita tuvo la desfachatez de arribar delante de nuestras narices y descargar una docena de fardos de mercancía.

— ¿Cómo sabe usted que ha sido el Sevillita?

—Porque ha dejado tirado en la playa este puro, un “cubanito” a medio terminar y porque lo dice la Libreta de

Requisitorias —Lucena está visiblemente enojado por la actitud poco colaborativa del Pateja y continúa. — El Sevillita, no se conforma con reírse de nosotros en nuestra cara, sino que es capaz de quemar todo lo que se le ponga por delante y, para más cachondeo, nos deja su tarjeta de visita. Esta misma noche, no hace más de dos horas, prosigue el Guardia Civil, suavizando el tono de voz—el Sevillita ha vuelto a desembarcar en la playa de la Barrosa, y esta vez ha contado con la colaboración de una mula, una mula herida, una mula que aún debe estar sudando y con las pezuñas manchadas de arena, una mula como la suya.

El Pateja no dice nada. Baja la mirada y comienza a dibujar con el dedo sobre la tupida capa de polvo que cubre la mesa un ocho. Se siente acorralado, y es consciente que cualquier falsa respuesta no hará otra cosa que agravar su situación, que ya es preocupante, porque está en libertad condicional pendiente de juicio por el robo de decenas de kilos de piñas en el pinar de la Breña en Barbate. Se siente hundido, humillado.

— Dicen que el Sevillita —continúa Lucena- vive en Los Barrios, es paisano suyo, seguro que usted... ya sabe... ha escuchado algo.

—Sí, soy de Los Barrios, pero ya sabe que paso la mayor parte de mi tiempo en Alcalá de los Gazules porque allí están mi Lola y mi hijo... ¿Me está pidiendo que sea un chivato? —Se levanta y camina indignado alrededor del agente.

— ¡Hablemos claro, yo sé que has sido tú! —Alza la voz Lucena y golpea la mesa con la palma de la mano a

punto de perder la compostura —conoces al Sevillita y esta noche has estado con él.

— ¡Eso sí que no! —Responde tajante— Al Sevillita no le conoce cualquiera. Dicen, que los viajecitos por la sierra con el estraperlo los hace solo, pero cuando actúa en la costa, en cuadrilla, actúa con sus compinches de confianza y siempre va con la cara tapada, hay mucho chivato suelto.

—Ese desgraciado es un pirómano —le interrumpe Agustín— y el día menos pensado se le va a ir la mano y tendremos una desgracia de verdad. Lucena está seguro que conseguirá una confesión y con ella información para poder apresar al Sevillita. Seguro que si le apreso —piensa para sí— me hacen Cabo y me trasladan a Cádiz o a San Fernando. La vida en el cuartel de la Torre del Puerco no es vida, ni para mis hijos, ni para mi mujer, ni para nadie.

El Pateja es consciente que la paciencia del agente se está agotando, y que en ese mismo momento puede ser conducido al calabozo y empeorar, más si cabe, las cuentas pendientes con la justicia. La única carta que puede jugar es decir la verdad. Rafael mira fijamente a Agustín, como si temiese que el mundo fuera a desmoronarse a su alrededor.

— El Cabo Chacón está esperando fuera y tengo que salir con información o con usted preso, ya sabe que la Guardia Civil cuida muy bien a aquellos que nos ayudan y nuestra discreción está garantizada.

— ¿Qué gano yo?

— Hablaré con el Cabo y haremos como si el incidente de esta noche no se hubiera producido y a partir de hoy nos tendrás al corriente de todo lo que sepas y te dejaremos en paz con sus trapicheos.

Vale, vale, vale, le diré lo que quiere saber —El Pateja se derrumba— en Medina, dicen que en Medina, en la próxima luna.

Lucena, al escuchar estas palabras se serena y, un poco más tranquilo, pregunta para concretar más detalles de la información.

— ¿En Medina Sidonia, en la próxima luna llena? ¿Qué más?

—No sé nada más, lo juro —responde, colocándose el pulgar sobre los labios haciendo ademán de besarlos— He oído que tiene una entrega que dicen, es de las buenas.

—Espero que sea cierto lo que me está contando Rafael. Hablaré al Cabo en su favor y le contaré su intención de colaborar con la Guardia Civil para detener al Sevillita. Agustín da por finalizado el interrogatorio. Se dirige hacia la puerta, pero la voz del Pateja le detiene.

—Sepa usted y el Cabo —retoma el tono desafiante y chulesco— que aún no ha nacido quien pueda capturar al Sevillita, antes de salir de Los Barrios, ya sabe dónde están apostados todos y cada uno de los guardias civiles de la provincia.

Agustín no responde ni se vuelve.

REGRESO A LA TORRE DEL PUERCO

Lucena y Chacón regresan satisfechos a la Casa Cuartel de la Guardia Civil en la Torre del Puerco de Chiclana de la Frontera, en Cádiz, donde sirven como agentes. Consideran que ha sonsacado una valiosa información: luna llena, Medina, un cargamento de los buenos, en dos semanas.

— Dispongo hasta la próxima luna llena para coger a ese..., piensa Lucena mientras observa el cielo estrellado, obsequio de una noche sin luna. La ausencia de luz le permite ver toda la bóveda celeste y distinguir en lo más alto del firmamento el “Triángulo del Verano”; formado por Vega, Altair y Deneb, sus estrellas favoritas.

— ¡Ya es tarde Lucena, acelera el paso! —dice el Cabo porque se está retrasando y la distancia entre ellos, para evitar sorpresas, es mayor de la reglamentaria. Pero Agustín continúa dándole vueltas a la cabeza, no le cabe la menor duda que el Pateja forma parte de alguna cuadrilla de contrabandistas. En esta época del año, que aún no ha finalizado el descorche, tendría que estar trabajando en alguna finca de los Alcornocales, aunque sea de aguador, es un trabajo bien remunerado pero duro, muy duro.

Con paso firme, ayudados con las linternas transitan por el camino del Cordel de los Carabineros y coronan la Loma del Puerco. Desde lo alto Agustín se detiene unos segundos para retomar aliento y se imagina, recortada por el oscuro

fondo del mar, la Torre del Puerco y junto a ella, la Casa Cuartel de la Guardia Civil. Una sólida construcción militar de blanco encalado que desde la distancia parece una pequeña fortaleza romana. Su arquitectura es sencilla pero muy eficiente. Se trata de una edificación de estilo neoclásico, formada por dos pabellones independientes de una sola planta, unidos en el lado Norte por unas letrinas que hace años dejaron de cumplir su función, un horno sin uso y un trastero atestado de cachivaches.

En este paradisíaco lugar de la costa gaditana, se construyó la pequeña casa cuartel, ubicada en un punto estratégico, justo en el límite entre el término municipal de Chiclana de la Frontera y Conil. Tiene como misión primordial la vigilancia costera para impedir la llegada de embarcaciones con contrabando de mercancías procedentes de Gibraltar.

Lucena y Chacón se aproximan al acuartelamiento. Los destellos de un mechero de yesca delatan la presencia del agente Luque apoyado en la Torre del Puerco, fumándose un cigarrillo.

— ¿Qué hace allí a estas horas si su servicio es de puerta y las noches sin luna no se usa la torre? —pregunta extrañado el Cabo. Agustín se encuentra muy cansado y no tiene motivos ni ganas de preguntar.

Esta atalaya de la Torre del Puerco está erigida sobre un pequeño acantilado a veinte metros sobre el nivel del mar, es un capricho geológico producido por el plegamiento de las placas tectónicas europea y africana que ha empujado masas de cuarzo y yeso hasta la costa, generando acantilados desde la Barrosa hasta Barbate. Fue construida durante el reino de Felipe II “el prudente” (1527-1598), y es conocida como la Torre “Cabeza del Puerco”, porque la sólida roca sobre la que está construida, vista desde el mar, aparenta la forma de la cabeza de un cochino, de un puerco, de un cerdo.

Desde sus orígenes, los vigías se apostaban de día y

noche en lo más alto de sus siete metros de altura para avistar la llegada de invasores turcos, berberiscos y piratas. Ubicada a cinco kilómetros de la Torre Bermeja en Sancti Petri, y a otro tanto de la Torre de Roche, también ha servido para notificar la llegada de bancos de atún, usando fuego por la noche, y humo y banderas durante el día. Su forma cilíndrica, carente de aristas, la ha protegido durante siglos de los fuertes vientos de levante, siendo mínima la resistencia al implacable viento. A su interior se accede mediante una escalera que llega hasta un vano de puerta abierto a un tercio de su altura; una vez se ha alcanzado la entrada, la escalera es izada.

Lucena no acompaña al Cabo para hablar con Luque y lentamente empuja la reja que permanece cerrada durante la noche. Un familiar silencio reina siempre en todo el edificio a cualquier hora del día o de la noche, a fin de respetar el descanso de los agentes. En la Casa Cuartel están de servicio las veinticuatro horas del día.

Lucena traspasa el enrejado cuidando que no chirríe y despierte a toda la guarnición, pero al abrir, se asusta; la puerta metálica ha impulsado una pelota y esta rueda lentamente hasta chocar con el brocal del aljibe en el centro del patio.

— ¡Joder con el balón! —murmura por el sobresalto que le ha producido al imaginarse que era una rata enorme. El esférico, propiedad del hijo del Cabo, es el único balón de fútbol de “reglamento” del cuartel. Juanito, su propietario, no solo tiene derecho a ser capitán de todos los equipos, además elige la alineación, hace de árbitro y por supuesto, el juego finaliza cuando él lo cree conveniente, momento que suele coincidir cuando su equipo lleva ventaja en el imaginario marcador. Es la ley de la calle, “el dueño del balón, manda”.

Agustín cierra la verja tras de sí. Al entrar, se dirige a la

derecha, al lavadero de ropa, en busca de un poco de agua para refrescarse la cara. En el silencio de esta estancia, parece aún escucharse, como un eco pegado a las paredes, el murmullo de las mujeres que durante el día sacuden la ropa contra las tablas de lavar sin parar de charlar y charlar.

La dependencia contigua al lavadero es la vivienda que le adjudicaron a él, junto a su esposa Mari y a sus hijos Santiago, María y el bebé Pablito.

Una gran puerta gris, cerrada durante la noche, concede intimidad a la familia. Por el día, unas tupidas y floridas cortinas, preservan el interior de la vivienda de miradas indiscretas y evita la entrada de moscas. Agustín entra la primera estancia; la cocina, que también hace las funciones de salón. Sin hacer ruido, enciende la pequeña lamparilla de aceite. La tenue luz ilumina la cocina de carbón ubicada bajo la chimenea. Cuidadosamente, Agustín introduce un cazo de madera de olivo en una gran tinaja de barro con agua de los manantiales y da dos grandes sorbos para calmar la sed. El agua, cae como una piedra en su maltrecho estómago; siente las tripas rugir, pidiéndole algo de comer, y lo encuentra tras retirar el visillo verde con lunares blancos que sirve de puerta a la pequeña alacena de fábrica adosada a la pared, en cuyo interior, la buena de Mari, su mujer, ha dejado un plato con tres manojos de parpugas y un hermoso trozo de pan, que come con avidez.

Una vez saciado el apetito y con el máximo sigilo, el agente entra en el dormitorio de matrimonio donde descansa su esposa. Mari permanece despierta en silencio, con el cuerpo vuelto hacia el lado contrario de donde está su marido.

—Pronto detendré al Sevillita —murmura, sabiendo que su mujer la escucha— y todos saldremos de aquí.

En efecto, quedan dos semanas para su cita con el destino, y Agustín Lucena no sabe que la próxima luna será Luna Negra.

CASA CUARTEL TORRE DEL PUERCO

La vida en la casa cuartel de la Guardia Civil de la Torre del Puerco no es fácil para los agentes y mucho menos para sus familias. En algo más de doscientos metros cuadrados de construcción conviven; un Cabo y ocho agentes —junto con sus mujeres, a además de una docena de chavalería—, que es la dotación propia destinada, por las autoridades a las labores de vigilancia fiscal y control de desembarco de artículos de contrabando. En la zona de la Playa de la Barrosa, donde se halla la casa cuartel, no disponen de energía eléctrica, ni agua corriente, ni duchas ni aseos. Las letrinas están conectadas a un pozo ciego... inutilizable, que obliga a todos los sufridos residentes a esconderse en los cañaverales cercanos, a la hora de aliviar sus necesidades.

Para más penalidades, la población más cercana, Chiclana de la Frontera, se encuentra a dos horas a pie. De forma similar viven los guardias civiles del cercano destacamento de Roche, al que llaman “el cuartel de los solteros” por motivos obvios.

La entrada “principal” del acuartelamiento se encuentra centrada en la fachada que da hacia el acantilado de la playa, en orientación poniente, a resguardo de los vientos dominantes que llegan de levante. Un viento que nace muy lejos, en la zona central del mar Mediterráneo y avanza en dirección opuesta a las

agujas del reloj; hacia el Océano Atlántico. El levante no viaja solo, con él trae calor, en ocasiones mucho calor. Porque es un viento que se empeña en “arañar” la costa norte de África, hasta chocar contra el embudo natural que supone el paso entre dos mares y lo abrupto de las costas del Estrecho de Gibraltar. Estas excepcionales condiciones geográficas, consiguen que el viento se acelere con intensidad muy variable pero que, en innumerables ocasiones es muy alta.

En este pabellón principal se ubican los usos militares del cuartel, en cuyo portalón no falta la frase “Todo por la Patria”, elaborada en baldosín marrón con letras de color amarillo. Con el mismo color, en veinticuatro baldosines formando un rectángulo de seis por cuatro, se puede leer en cuatro líneas: “CASA CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL”. No hay bandera. En la Torre del Puerco no hay ni mástil ni bandera.

Desde la puerta principal se accede a la “sala de armas”, una estancia de gran tamaño, conseguido gracias a dos altas columnas de fundición de estilo isabelino, que permiten salvar las cargas del techo sin necesidad de utilizar anchos muros. Esta gran sala, de uso polivalente, sirve para reuniones y todo lo relacionado con la actividad profesional. A la derecha se encuentra la armería, el puesto de guardia y las habitaciones de los solteros; a la izquierda, la vivienda del Cabo y su familia.

En el lado sur hay una verja que da paso a un amplio patio de doscientos setenta y cinco metros cuadrados, concebido como espacio de transición entre los usos de casa y de cuartel, más parecido a una *domus* romana que a un patio de armas, pero que ofrece refugio a los vientos. El secado de ropa se realiza en el exterior del recinto militar, cerca de los cañaverales, donde cada familia dispone de su propia cuerda atada a unos palos, donde tienden la colada.

Bajo el suelo embaldosado del patio se halla un aljibe subterráneo, cuya misión es almacenar el agua de lluvia, recogida y canalizada desde las cubiertas planas de los pabellones a través de unos canalones cerámicos que la conducen hacia las entrañas del conjunto, y de la que, por no ser potable, las mujeres se abastecen exclusivamente para las labores domésticas de limpieza y lavado de ropa. Para conseguir el “agua de boca”, tienen que hacer uso de unos manantiales cercanos de agua potable, donde los niños a diario rellenan unos cántaros de barro que cada familia tiene en su cocina.

SANTIAGO

Son las siete de la mañana de un día de verano y los primeros rayos del sol comienzan a iluminar el cañaveral.

—Santi, cariño, corre a por unos huevos antes de que desaparezcan —dice su madre María. Cada una de las familias que conviven en la Casa Cuartel, disponen de varias gallinas, pero al criarse los animales asilvestrados, se esconden en los cañaverales a realizar la puesta. Los huevos son propiedad de aquél que primero los encuentre, sin abusar, claro está. Por eso, Santiago niño obediente, corre hacia los cañaverales que crecen a unos metros del acuartelamiento en busca de tan preciado alimento.

El alboroto en el pequeño “gallinero” finaliza cuando Santiago consigue hacerse con dos grandes y calientes huevos, que ha “robado” a un par de ponedoras. Hoy toca desayunar tortilla a la francesa, y como hay dos huevos, la tortilla será de dos huevos. El olor a aceite caliente y ajo es un aroma familiar en la Casa Cuartel, el recuerdo a olor a ajo frito acompañará al niño toda la vida.

Santiago, de doce años de edad, es un joven instruido. Cuando su padre Agustín Lucena no tiene servicio, se sientan juntos en la mesa del salón-cocina y hacen la tarea que le encarga la madre: mucha escritura y muchas matemáticas. El aplicado joven también regala a su madre horas y horas de lectura.

Todos los días, después del desayuno, recorre a pie un par de kilómetros desde La Loma del Puerco hasta el

centro escolar de Campano. Por las mañanas, parten de la Casa Cuartel los hijos de los agentes, a los que se unen un pequeño grupo de escolares que viven a unas decenas de metros. Un conjunto de humildes viviendas de pescadores que buscan seguridad y tranquilidad al “calor” de la Guardia Civil.

— Madre, hoy no quiero ir a la escuela, no me encuentro bien. María extrañada, coloca la palma de la mano sobre la frente del niño.

— No tienes fiebre ¿Por qué no quieres ir al colegio?

Santiago no responde, se limita a mantener la cabeza agachada y la vista clavada en el suelo. Después de un largo e incómodo silencio responde:

— No sé, no me encuentro bien.

María, sorprendida por la actitud del hijo, se sienta en la silla y le mira a los ojos. —Santi cariño ¿qué te pasa?

— No sé, no me encuentro bien —responde de nuevo.

— ¡Santiago por favor! —Susurra la madre para no despertar a su marido— dime que te pasa —insiste.

— Que... los hermanos Orellana y otros niños me insultan.

El rostro de María parece desencajarse, no da crédito a lo que está escuchando —¿Qué insultos te dicen?

— Palabras feas —responde Santiago sin levantar la vista del suelo.

— ¿Palabras feas? ¡Qué palabras!

— Me llaman... —responde a punto de romper a llorar— “polilla”, y hacen así —gesticula batiendo los codos con si fueran alas.

— ¿Te llaman “polilla”? —responde María colocando la mano sobre la boca para evitar que una sonora carcajada despierte a su marido. —Pero Santi, cariño, que te llamen “polilla” no es un insulto, al contrario.

El joven Santiago, sorprendido por la actitud de su

madre responde con el ceño fruncido —Pues se ríen mucho.

— Hijo mío —responde María como solo saben responder las madres para tranquilizar a los hijos— “polilla” no es un insulto, todo lo contrario, es lo mejor que te pueden llamar. Santiago la escucha en silencio, admirado. Su madre es una mujer distinguida, de modales suaves y apariencia delicada, incluso frágil, pero hay en ella una voluntad de hierro, una fuerza escondida, cierta inquebrantable perseverancia que nace, posiblemente, del ejercicio diario de la fe.

—“Polillas” son los alumnos de un colegio, muy muy especial, que se creó para acoger a los huérfanos de Guardias Civiles.

— ¿Entonces —responde Santiago dudando— yo no puedo ser “polilla” porque padre no se ha muerto.

Una sonrisa de orgullo ilumina la cara de María. — Creo que sí podrás ir, también aceptan a hijos de Guardias Civiles aunque no hayan fallecido, por ejemplo, si quedan plazas vacantes sin cubrir, pero debes observar buena conducta y ser aplicado en tus estudios. El primer objetivo de este centro de formación, es ***“premiar en los hijos las virtudes de los padres”***.

—Pero... —duda Santiago— yo no sé si quiero ser un “polilla”.

—No te preocupes hijo mío —responde levantándose de la silla— ahora, lo más importante es que aprendas muchas cosas. ¡Venga, al colegio! —da por finalizada la conversación sacudiendo un cariñoso azote a Santiago.

Cuando sale al exterior, los niños han partido para el colegio, y junto a con ellos los hijos de los pescadores, entre los que se encuentran los Orellana, dos gemelos la mar de gamberros e instigadores del insulto “polilla” que hasta ese día tanto le molestaba. Pero entre toda la

chiquillada, la más importante para Santiago es Pilar, la hija del Cabo Chacón. Pilar, de catorce años, alta, delgada, morena con el pelo liso y largo, es sin duda el amor de su vida, su primer amor. La ama con locura y no entiende por qué apenas si le hace caso... “¿Por qué Pilar siempre quiere jugar con los chicos mayores?”, piensa al observar a lo lejos como uno de los Orellana corre tras de ella, hasta que desaparecen unos instantes entre los arbustos.

Al llegar a la entrada de la enorme finca del complejo escolar de Campano, les recibe una hilera de eucaliptos alineados a un lado del camino a lo largo de, al menos, quinientos metros.

En una mano, los chavales portan los libros y en la otra, la talega que les preparan las madres todos los días. Al no ser internos, deben procurarse el almuerzo.

Todas las mañanas, a las ocho en punto, son recibidos por el padre Bernardino que los espera en la puerta de la capilla para escuchar misa. Un lugar donde el olor a incienso y a cera quemada invade toda la estancia. Santiago siempre inspira hondo, esa mezcla de olores le acompaña durante toda la jornada. Después disfrutan de un pequeño recreo, luego las clases, la comida y a las seis y media, los alumnos medio internados, como Santiago, regresan cada uno a sus hogares.

Pero sin lugar a dudas, lo mejor del colegio de Campano es cuando los curas proyectan cine, ¡un verdadero espectáculo! Allí disfrutan de películas inolvidables como “El gato con botas”... ¿Y los domingos?, los domingos por la mañana toca misa de once, pero antes de que parta la comitiva hacia la iglesia de Campano, imprescindible pasar por el baño en la palangana. Finalizada la misa dominical, las madres compran víveres y botones en “la costera” y los maridos libres de servicio, al bar a tomar unos vinos.

ACADEMIA DIARIA EN LA CASA CUARTEL

Agustín Lucena se despierta avanzada la mañana. Su próximo servicio de puerta de veinticuatro horas, no comienza hasta que cae el Sol. De lo que no se libraré es de asistir a la Academia Diaria que cada mañana imparte el comandante de Puesto, el Cabo Juan Chacón, natural de Ubrique.

— ¡Por favor, que no ponga hoy ejercicios de Matemáticas! —piensa, mientras se refresca la cara en un balde que le tiene preparado su esposa junto a un gran tazón de achicoria bien caliente. Bebe dos grandes sorbos.

— Hoy no tengo la cabeza para cuentas, apenas he pegado ojo en toda la noche.

— Llegas tarde a la Academia Diaria —le recuerda María.

—No te preocupes mujer, anoche cumplí bien cumplido.

Hace varios minutos que los agentes libres de servicio, han sido llamados por el Cabo después de esperar sentados en los dos bancos de mampostería del patio. La asistencia a esta clase diaria de teórica y práctica es obligatoria incluso para aquéllos que estuvieron de ronda toda la noche; no se penalizan los retrasos, y si alguno tiene sueño, una vez finalizada la clase puede volver a dormir hasta el próximo servicio.

— ¡Vamos Lucena! —dice Chacón desde la gran

ventana de la sala de armas que da al patio.

Si algo llama la atención de la singular arquitectura en este tipo de construcción militar, es la abundancia de ventanas y su gran tamaño. Siete exteriores tiene el pabellón de las familias, el orientado hacia el Este, una por cada vivienda y, en las estancias de las esquinas, como es el caso de la lavandería, dos. También son grandes las ventanas que dan al patio y desde una de ellas le habla el Cabo apresurándole a entrar.

La sala de armas, es la pieza más grande de todo el conjunto militar y es accesible, bien desde el patio, atravesando la oficina del Cabo, bien desde el exterior, por la puerta principal ubicada de cara al mar. Una gran mesa de madera maciza sirve para realizar varias de las actividades militares bajo cubierto, como lo son, el recuento de munición, limpieza de armamento, las clases diarias... y si el Cabo lo autoriza, celebraciones especiales en determinados festivos.

Lucena entra inquieto a la sala y mira fijamente al Cabo. Este hace un gesto subiendo la barbilla, como preguntando ¿Qué tal? Agustín, que ha entendido perfectamente la señal, frunce el ceño, aprieta los labios y con dos pequeños y enérgicos movimientos de la cabeza, arriba y abajo parece decirle... ¡Cojonudo!

Nadie les mira, el resto de los agentes están inmersos en sus tareas, ajenos a la escena. El Cabo, hace otra señal a Lucena, esta vez colocando el dedo índice indicándole que no diga nada, que mantenga silencio. Agustín se sienta frente al Cabo Chacón que se ha colocado en un extremo de la mesa, donde ha depositado el “Libro de Partes”, que es un cuadernillo de tapa roja que incluye ejemplos sobre documentos que los guardias deben saber utilizar y rellenar en los servicios, como los partes de robo, de hurto, atestado de aprehensiones de contrabando, etc...

Deben estar perfectamente familiarizados con los formularios, así como también con los requisitos para su cumplimentación, y conocer además cuáles son los trámites posteriores, las sanciones... Lo peor en todo caso, para la mayoría de los guardias, son las clases prácticas de Ortografía, Matemáticas y Geografía. La limpieza y revista de armamento, en cambio, es una actividad que, por supuesto, a todos apasiona y se realiza los sábados por la mañana, pero hoy no toca.

—Los treinta y cinco minutos que quedan los vamos a dedicar a la Aritmética —dice el Cabo.

— ¡Qué barbaridad! —piensa Agustín cuando Chacón le entrega una hoja con los ejercicios de Matemáticas que debe resolver. Estos cuestionarios, una vez rellenos, son convenientemente archivados por el comandante de puesto, porque en cualquier momento pueden ser requeridos por algún oficial que, de inspección, se persone en el cuartel. Si los agentes no disponen de los ejercicios en regla, le puede caer un buen “puro” al Cabo.

Antonio Luque es el primero en terminar los ejercicios. Mientras los compañeros finalizan las pruebas, se dirige a Chacón y le dice:

— ¡Cabo!, ya que estamos en faena, podríamos sortear los servicios nocturnos de playa para mañana.

—Ya veremos —responde seco sin levantar la cabeza del documento que está revisando, y añade— ¡Venga, señores, vayan terminando, que es para hoy!

Cuando finalizan, el Cabo recoge los ejercicios y, dirigiéndose a Luque, le pide que coja el pequeño saco que contiene dos bolas, para que sea la suerte quien decida, entre Luque y Galván, la zona de la playa que han de vigilar cada uno. Aquél de los agentes que extraiga la bola con el número uno, debe vigilar la parte de la playa que va desde la Torre del Puerco en dirección al poblado Sancti Petri. El

poseedor de la bola número dos vigilará en dirección a Roche. Esta parte de la costa tiene menos metros para supervisar, pero es también la más cercana a mar abierto y la que cuenta con mayor número de accidentes geográficos. Es el lugar preferido de los contrabandistas, tal y como pudo comprobar Lucena noche anterior, porque a las rocosas calas de Roche es muy peligroso acercarse por barco y, más aún, con poca visibilidad. De hecho, todos los desembarcos de contrabando de los últimos meses se han producido en esta zona de la playa, muy próximos al cuartel.

Antonio Luque, obedece al Cabo y sujeta la bolsa mientras introduce la mano para sacar una de las dos bolitas.

—¡El dos, Roche! —dice Luque, que apenas ha levantado la mano para observarla, pero la bola se cae y rebota varias veces sobre la mesa. Haciendo un alarde de reflejos, consigue coger la bolita al vuelo, impidiendo que caiga al suelo. Orgulloso de la hazaña, se la muestra a Agustín con una sonrisa, como testigo de que realmente ha sido capaz de cogerla. Una décima de segundo es suficiente, para que Lucena vea que la bola que introduce su compañero en la bolsa es la número uno. Luque ha hecho trampa.

Agustín está aturdido. Juraría por sus hijos, que la bola que se le ha caído a Luque y que con tanta destreza ha recogido, es la bolita número uno, por lo tanto, la vigilancia de la zona de costa hasta Roche le correspondería a Galván y no a Luque.

LA DECISIÓN DEL CABO

Agustín Lucena está confuso ¿Por qué ha mentido? Se esfuerza por entender qué es lo que está ocurriendo. Vuelve a recordar la última frase que hace unas horas le dijo el Pateja... *“Sepa usted y el Cabo, que aún no ha nacido quien pueda capturar al Sevillita; antes de salir de Los Barrios, ya sabe dónde están apostados todos y cada uno de los Guardias Civiles de la provincia”* y una extraña sensación de amargura y tristeza invade su cuerpo. No comprende por qué el compañero ha mentido y no quiere pensar mal. Lo último sería que pudiera estar implicado o compinchado con los contrabandistas, aunque eso podría explicar algunas de las últimas desastrosas intervenciones de la Benemérita. No quiere culpar a nadie, menos a su propio compañero, que como él, está pasando penurias con el mísero sueldo de Guardia Civil. No quiere acusar a nadie y menos sin pruebas pero no quiere que su silencio le convierta en cómplice.

— ¡Cabo! —Se dirige a Chacón, que está finalizando el acta de la Academia Diaria— ¿Puedo hablar con usted?

— ¿Sí Lucena cuéntame?

Agustín cierra la puerta de la sala y trata con todo tipo de detalles, como gestionar la información facilitada por el Pateja y las ventajas que pueden ofrecerle al haberse convertido en un confidente que ahora pasa a depender directamente de Chacón.

“La reserva y el secreto en las confidencias que reciba, debe ser profunda en el Guardia Civil; de este modo se conseguirá la confianza y el descanso de las personas que las hagan, cuyos nombres nunca podrá revelar. Las faltas de sigilo que se comentan en este particular, serán castigadas con todo rigor”

Agustín Lucena nunca volverá a tratar con el Pateja, será el propio Chacón quien le sonsaque información cuando sea preciso.

—¿Qué propones que hagamos, Lucena?

—Con su permiso Cabo, he pensado que me envíe usted con cualquier excusa en comisión de servicio a Cádiz o, simplemente, simulamos que ha fallecido mi madre u otro familiar y me dé la oportunidad de cazar a ese canalla del Sevillita, seguro que tiene que pasar por mi pueblo, por Alcalá de los Gazules, camino de Medina. Y creo saber dónde tenderle una emboscada. Si sale bien, saldremos en los papeles —refiriéndose a la repercusión mediática que supondría la captura de este bandolero—. Si sale mal, nadie se enterará, yo regresaré ¡Y aquí paz y después gloria!

Agustín sabe que, cuando se tiene una idea creativa, los demás no van a aceptarla fácilmente y se esfuerza en convencer al Cabo que la propuesta es buena.

Chacón duda unos segundos antes de responder, no es apropiado enviar a un hombre solo, sin compañero, a una misión tan arriesgada y es totalmente imposible hacerlo sin notificárselo a la Comandancia de Cádiz.

—No sé, no sé —duda el Cabo—, es muy comprometido. Ya sabe Lucena, que esto que me pide va en contrata de las Ordenanzas del Cuerpo que regulan las prestaciones de los Servicios. Para no levantar sospechas y poder ausentarse bien armado, con Máuser y munición, tendrá que ir, obligatoriamente, en Comisión de Servicio. Se nos puede caer el pelo a los dos, pero ¡Qué cojones!

¿Para qué somos guardias civiles? Cuéntame más detalles de tu plan, si me convence, mañana mismo se lo comunico al Capitán y este al Coronel Jefe de la Comandancia de Cádiz para que dé el visto bueno. Si accede, solo tendremos conocimiento de esta operación los cuatro, nadie más.

Al final de la conversación Lucena comenta el incidente del compañero Luque y la bolita. No le acusa de nada, pero su superior debe saberlo.

Agustín Lucena abandona la sala de armas con una sonrisa dibujada en los labios, dispone de dos semanas para perfilar el plan de acción. En esa fecha habrá luna llena, pero... ni el Sevillita ni el Guardia Civil saben que en catorce días habrá Luna Negra.

EN LA PLAYA DE LA BARROSA

Es mediodía de un sábado de verano y un sol de justicia achicharra la rubia arena de la playa de la Barrosa. Agustín está refugiado del implacable astro rey bajo la garita de cañas y rastrojos, que los guardias tienen construida para protegerse en los días de extremo calor. Derrama en el rostro el último trago de su vieja cantimplora de agua fresca de uno de los manantiales próximos al acuartelamiento. La naturaleza, siempre generosa y caprichosa, ha permitido que durante siglos, varios manantiales viertan sus finas y transparentes aguas por pequeños acantilados directamente a la mismísima arena de la playa. Ocurre en los Caños de Meca y también aquí, en la Barrosa.

La mayor parte de los meses del año las temperaturas son suaves y, sobre todo en verano, la chiquillería aprovecha para lavarse, con ropa incluida, en estas duchas naturales, compartiendo todos la misma pastilla de jabón. Los días que no tienen que asistir a clase, disponen de tiempo para, en plena naturaleza, inventarse juegos y aventuras.

En ese caluroso día el joven Santiago, acompañado del resto de niños del cuartel, recorren la orilla de la playa en busca de verdaderos tesoros que el mar les entrega dadivosamente. La mayoría de las veces les acompañan los hijos de los pescadores. Todos juntos, hijos de militares o no, pequeños y grandes, recorren la playa, bien en

dirección a Roche, bien en dirección a Sancti Petri, en busca, ya sea de un trozo de corcho con apariencia de pistola o, lo máspreciado, las bolas huecas de cristal desprendidas de las redes de los pescadores que, en manos de un niño, se convierten en objetos mágicos con poderes extraordinarios.

Esa mañana, mientras Agustín está de guardia, observa a los niños bajar a la playa. Nada más llegar a la tierra mojada, Santiago encuentra un pelícano exhausto, pero aún con vida. Corriendo, avisan al grupo de pescadores que están preparando las pequeñas embarcaciones para hacerse a la mar. Por esas fechas, la faena es el apresamiento de sardinas, enormes bancos que son azuzados por los silbidos y ronquidos de los delfines en dirección a la orilla, intentando escapar de sus fauces, pero encontrándose con la trampa mortal de las redes artesanales.

Los pescadores, advertidos por los gritos de sorpresa de los niños, se acercan para contemplar al animal moribundo. Orellana, el más fornido de los pescadores, coloca su enorme y encallecida mano sobre el hombro de Santiago para abrir el círculo que han formado los niños alrededor del ave. El sorprendido joven le mira desde abajo y, sin dejar de contemplar el semblante serio del pescador, se retira para cederle el paso. Orellana, sin mediar palabra, echa mano al bolsillo trasero de su gastado pantalón de tela azul, saca una enorme navaja y, de un tajo, degüella al pobre animal, arrojando su cabeza hacia las olas. El enorme pájaro, en su última lucha por sobrevivir, sale corriendo sin cabeza expulsando un chorro de sangre por el cuello. Todos los niños gritan y gritan, hasta que unos metros más adelante, el pelícano cae desangrado.

— ¡Este pájaro trae mal farío! —es lo único que dice

Orellana mientras limpia la sangre de la hoja de la navaja en la parte trasera de su muslo.

El pobre Santiago, acongojado piensa apenado — ¿Qué mal puede traer un pájaro tan hermoso como un pelícano? ¿Nadie va a castigar tamaño crimen? Ni Orellana ni Santiago saben de los infortunios que sufrirán en unos días.

El resto de la mañana la pasan sin grandes sobresaltos, observando cómo los pescadores maniobran con las pequeñas embarcaciones a remo, de un lado a otro de la playa de la Barrosa, guiados por los delfines, esperando el mejor momento para lanzar el copo e intentar capturar el mayor número posible de ejemplares de sardina, ya fueran de las grandes o de las pequeñas, las parpujas.

Los chavales prestan mucha atención a estas operaciones. Por las voces de los pescadores se presagia una buena captura. Como en otras ocasiones, Santiago y el resto de los hijos de los guardias, se unen a los hijos de los pescadores en las labores de arribo desde la orilla. Todos juntos y al unísono tiran del copo hacia tierra firme, mientras los hombres continúan dándoles instrucciones desde las embarcaciones. La captura es tan abundante que no pueden arriar las redes a los barcos y han de ser arrastradas hasta la orilla.

Esta colaboración entre niños, mayores y delfines se salda con un suculento regalo para los chavales. Los niños y niñas, colocados en fila, de mayor a menor edad, reciben un cuenco repleto de parpujas, muchas de ellas aun luchando por respirar. Cuando la faena y el reparto de la retribución en especie por los servicios prestados ha finalizado, los chavales suben con gran excitación la pronunciada pendiente que discurre desde la playa hasta el cuartel, para entregar a sus madres lo conseguido con

tanto esfuerzo. Ni qué decir tiene el alboroto que se genera en el cuartel, en plena Academia Diaria, cuando la docena de niños se presentan cada uno con no más de medio kilo de pescado.

El verdadero premio para los muchachos es ver la cara de satisfacción que muestran las madres y cómo, orgullosas, besan a sus intrépidos hijos a la vez que hacen aspavientos con los brazos mostrando también su gozo. Esta escenificación de alegría materna la han realizado muchas veces, y otras tantas restan hasta que finalice el verano, pero es obligada la demostración de alegría para que los niños no pierdan la ilusión por ayudar a los pescadores, aunque tampoco viene nada mal ese pescado fresco y gratuito.

VIGILANCIA EN LA PLAYA DE LA BARROSA

Agustín, que ha observado desde su posición de vigía toda la maniobra de arribo del copo con el pescado, deja a un lado el mosquetón y se desabrocha el botón del cuello de la sahariana verde. Está asfixiado por el calor que arrastra desde tierra firme hasta la playa un perezoso viento de Levante. Desde la privilegiada atalaya, ve a su hijo Santiago que se acerca con una cantimplora de agua renovada.

— Tenga, padre.

— Gracias Santiago, siéntate aquí a la sombra, que te vas a quemar la espalda con este terrible sol. Hoy... ha estado bien la captura.

— ¿Ha visto lo que ha hecho el señor Orellana al pelícano? Santiago no disimula el odio hacia este pescador. No solo por ser el padre de los gemelos que “roban” la atención de su enamorada Pilar y porque estos niños sean los promotores de insultos hacia él, sino por la crueldad y frialdad con la que ha tratado al pobre animal.

— He visto el alboroto, pero yo estoy a lo mío.

— ¿Quiere que vigile por usted un ratito?

— Muy bien, hijo, puedes vigilar, pero ya sabes, muy atento.

Para Agustín es un motivo de orgullo que su hijo quiera acompañarle en este tipo de servicios en la playa; Lucena aprovecha la presencia del jovencuelo para repasar parte de la materia que tiene que estudiar si quiere

presentarse al curso de Cabo. Un ascenso es su único horizonte para conseguir un poco más de bienestar para toda la familia, y tiene que esforzarse, porque no son suficientes los casi diez años que lleva prestando servicio en la Benemérita y haber conseguido ser Guardia de 2ª. Todo, después de haber estado destinado en diversos Puestos de la Serranía de Málaga, a donde llegó, recién casado, a combatir y reprimir la lucha de los maquis.

Lucena es un “Isidro” en toda regla. Ingresó en el Cuerpo porque no encontró cosa mejor para poder subsistir. Trabajar en las labores agrícolas y al cuidado de animales en la pequeña propiedad familiar no le ofrecía un horizonte de vida para sacar adelante a una familia. Por suerte, siempre se le dieron bien los estudios, aunque todos los días, cuando regresaba de la escuela, su padre Miguel le tenía preparada alguna tarea en el campo, en la huerta o atendiendo a los animales de granja, así hasta cumplir los catorce años, cuando tuvo de dejar de asistir al colegio para dedicarse plenamente al campo.

El primer contacto con un cuerpo armado, fue al comienzo de la Guerra Civil. Le reclutaron forzoso en el bando “Nacional”, y durante casi tres años, luchó en primera línea del frente de batalla, regresando con dos heridas de bala y dos medallas, una colectiva y otra individual.

Para Lucena, la decisión de ser Guardia Civil no fue difícil. Siempre se ha considerado una persona de orden y honor, y superó con creces los requisitos exigidos para el ingreso y posteriores estudios en la Academia preparatoria de la localidad sevillana de Eritaña, paso previo para ingresar en el Cuerpo.

Pero hoy la cabeza la tiene en otro sitio, su mente está preparando, hasta el más mínimo detalle, el recorrido que pretende seguir y el lugar idóneo para sorprender y

apresar al Sevillita.

Cada vez tiene más claro que su plan es bueno, pero le asaltan las dudas.

— Padre, ¿Por qué llaman “polillas” a los “polillas”?

La pregunta de su hijo, le hace sonreír —Muy bien, te lo contaré. El Duque de Ahumada fue el fundador de la Guardia Civil y, hace mucho tiempo, en 1853 tuvo el deseo de crear un centro donde se acogieran a los huérfanos e hijos del Cuerpo, para formarles y para que nutrieran nuestras filas, era una manera de premiar en los hijos las virtudes de los padres.

— Eso ya lo sé, me lo ha contado madre, ¿Pero por qué les llaman “polillas”?

—Estos Guardias Jóvenes, niños de doce a catorce años, tienen que pasar una revista diaria de uniformidad tal y como hacemos los mayores, y durante los primeros años de la fundación de este colegio, era el propio Duque de Ahumada quien tenía el deseo de hacerlo. Una mañana, percibió en el uniforme de uno de los Guardias Jóvenes una serie de agujeros o pequeños boquetes. El Duque le hizo notar su falta de uniformidad y la respuesta del joven fue...

— Habrán sido las polillas su Excelencia.

— ¿Las polillas? —Pregunta sorprendido Ahumada ante la inesperada respuesta del alumno— ¡Tú sí que eres un polilla! Y de esta anécdota histórica les viene el nombre. Se hace un silencio y Agustín pregunta ¿Tú quieres ser un “polilla”?

—No sé —responde Santiago acompañado de un encogimiento de hombros.

— Bueno basta ya de charlas, observa bien, ya sabes que el capitán Molero no pasa ni una —le recuerda, para que no se distraiga con las gaviotas o con algún grupo de delfines que cruce por la costa. El jovencito está bien instruido y tiene aprendido que a estas horas el peligro no

viene de los contrabandistas, sino de los oficiales de la Guardia Civil quienes, sin previo aviso, llegan desde Cádiz o Chiclana para verificar que los agentes, el comandante de puesto y toda la guarnición, realizan los servicios correctamente y se encuentran en sus puestos. Es tal el grado de preocupación y la asiduidad con la que los oficiales intentan sorprender a sus hombres que, a primeros de este año, en una húmeda noche de enero, el agente Galván se puso en posición de firmes y dio novedades a dos bultos negros que en la playa se dirigían hacia él y que luego resultaron ser dos vacas retintas.

— Dicen que el capitán es muy malo, que solo quiere pillar a los agentes durmiendo para llevarlos a la cárcel.

— ¿Quién te ha dicho semejante tontería? —pregunta contrariado Agustín.

— Uno de los Orellana, no sé cuál de ellos —responde ingenuo.

— Pues dile a tus amiguitos, que el capitán Molero es un héroe de la guerra de África.

— ¿Un Guardia Civil, héroe de guerra? ¿Los Guardias también van a la guerra? —pregunta el niño con los ojos saliéndosele de las órbitas. Santiago, está emocionado al imaginar un futuro de disparos y bombas, no de largas y tediosas vigilancias.

— Por supuesto —responde orgulloso el padre— en la Guardia Civil hay muchos héroes de guerra, unos viven y otros murieron en combate como el capitán Cortés, quien con doscientos guardias defendió el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza para proteger a más de mil mujeres, ancianos y niños después de sufrir un asedio de ocho meses.

— ¿Ocho meses?

— ¡Sí hijo, ocho meses! Ocho meses sin apenas comida. Ocho meses esperando ser rescatados. Ocho meses comandados por un capitán que se llamaba Santiago, como tú.

El joven, levanta de súbito la mirada perdida en la fina arena, y se encuentra con los ojos vidriosos de un padre que no quiere dejar de hablar para que no se le cierre el nudo de la garganta.

Allí —continúa Lucena señalando hacia la costa africana— hemos ganado una guerra contra Marruecos. A ese lugar llegó de teniente Molero y ha regresado de capitán.

— ¿También hay Guardias Civiles en África?

— ¡Claro que sí Santiago! Hace unos diez años Samper, el presidente del Gobierno de la Segunda República consideró indispensable para el mantenimiento del orden en Ifni, la creación del Cuerpo armado «Guardia Civil de Ifni». No eran muchos hombres, un capitán, cuatro tenientes, dos Alféreces y entre sargentos, cabos y soldados, sumaban algo más de doscientos efectivos.

— ¿Por qué el capitán Molero es un héroe?

— Cuentan, que las tropas moras habían atacado unos cuarteles españoles ubicados en el interior del desierto y nuestros soldados, día tras día, luchaban para que los enemigos no les hicieran prisioneros o les matasen —Agustín habla con un tono intrigante y con palabras que pueda asimilar el joven Santiago. —Un día muy temprano, estando el entonces teniente Molero en el cuartel de la Guardia Civil en Ifni, escuchó por la radio, muy bajito, muy bajito, que un grupo de paracaidistas pedía ayuda porque habían sufrido una emboscada y estaban siendo atacados. El teniente paracaidista que mandaba el pelotón no dejaba de pedir ayuda, porque apenas tenían munición para defenderse.

— ¿Y el teniente Molero mató a todos los moros?

— No, hijo, no —responde con una carcajada—, no fue así. Lo que hizo fue informar a su capitán de todo lo que había escuchado por radio. El territorio del Sáhara era muy grande, los insurgentes estaban atacando en muchos lugares a la vez y los mandos disponían de muy pocos agentes. A la

Legión le pasaba lo mismo, era muy arriesgado salir de la ciudad para socorrer a los paracaidistas porque el enemigo podía estar preparando otra emboscada. Por eso Molero, que “más sabe el diablo por viejo que por diablo” conocía muy bien el lugar donde estaban atacando a sus compatriotas, estudió los mapas y preparó un plan de rescate.

— Mire, padre —interrumpe Santiago, aburrido de una historia en la que no hay tiros ni muertos. Señala a Orellana que está recogiendo un enorme madero que el mar ha arrojado hasta la orilla, es una gran viga procedente sabe Dios de dónde. —Seguro que es de un barco fantasma.

— Seguramente —responde el padre. —A Orellana le va a venir muy bien para sujetar el tejado de su chamizo.

— ¿Puedo irme a jugar?

— Claro hijo. Llévale esto a tu madre —ofreciéndole la cantimplora vacía. —Yo voy a estudiar un ratito.

Agustín abre la libreta de los apuntes para el ascenso a Cabo, pero después de unos minutos, desiste. Es imposible, por mucho que se esfuerza no consigue concentrarse. Pronto, partirá hacia su arriesgada misión.

Alcalá de los Gazules; Después de haber reflexionado, cavilado y discurrido, cree que ése debe ser el lugar por donde pasará el Sevillita, porque su destino final es Medina Sidonia. Agustín ha deducido que el más famoso de los estraperlistas necesariamente tiene que aproximarse a las poblaciones para ser informado de la localización de los agentes de la Guardia Civil, y Alcalá está ubicado en un punto estratégico a medio camino entre Gibraltar y Medina. Confía que la luna llena sea su aliada para poder capturar al Sevillita.

El azar, sin embargo, se ocupará de enturbiar esos planes.

OBJETIVO: ALCALÁ DE LOS GAZULES

Varios días después que el pelícano saliera corriendo descabezado porque Orellana quería alejar los malos augurios, Agustín Lucena parte en busca y captura del Sevillita sin que el resto del acuartelamiento conozca sus intenciones.

—Me ausento para ir a Cádiz a los exámenes de Tirador de Primera —es la única explicación que ha dado a los otros agentes, mostrando especial interés en que lo supiera el tramposo de Luque. Solo su mujer—a quién ha dicho que contará con el apoyo y el respaldo de los compañeros de Alcalá, cosa que no es cierta para no preocuparla— y el Cabo Chacón, conocen realmente la arriesgada misión del agente.

Lucena toma estas precauciones porque sabe que todos sus movimientos serán vigilados por la extensa red de informadores que los contrabandistas han tejido alrededor de los cuarteles de la Guardia Civil. Eso, también lo dice la Cartilla. Solo tiene que recordar las palabras del Pateja: “antes de salir el Sevillita de Gibraltar, ya sabe dónde están colocados todos los Guardias Civiles”. Lucena no tiene la menor duda, si quiere detener al Sevillita, tiene que actuar como él: con trucos, engaños, caminando de noche y durmiendo de día y... solo. Es el juego del ratón y el gato entre los guardias y los contrabandistas. Con esta intención y con éste ánimo, parte Agustín Lucena desde la Torre del Puercu, bordeando la laguna de Campano en dirección a la

carretera de Cádiz-Málaga tomando la Colada de Recoveros. Ha oscurecido y eso le hace sentirse mucho mejor. Acelera el paso, la claridad de la luna y el buen conocimiento del terreno le permiten forzar la marcha para, cuanto antes, dejar atrás Barrio Nuevo y tomar el camino hacia Junco Real.

Lucena camina ligero de equipaje, o al menos lo más ligero que puede, porque además del uniforme reglamentario, con la capa incluida, debe cargar con el Máuser y las trinchas sujetas al cinturón donde enganchan dos cartucherines con la munición y un encendedor de yesca. En la parte trasera porta un carniago con la navaja y los restos de un cubanito del Sevilla. En el lado izquierdo va la pistola en bandolera, con la culata hacia delante, dispuesta para ser desabrochada con la mano izquierda y empuñarla con la derecha. Todo eso supone muchos kilos de peso para caminar campo a través, alejado de caminos y senderos durante decenas de kilómetros. Ha calculado comida para dos días completos, así que en la cartera de camino lleva pan, chorizo, tocino, algunos higos secos y una tableta de chocolate Nogueroles. Para beber poca agua, una cantimplora medio llena y por el camino, en arroyos y abrevaderos, ir reponiendo el preciado líquido.

Después de dos horas de paso firme, ante él, un tramo del camino muy peligroso; se trata de bordear Barrio Nuevo, zona habitada por agricultores y jornaleros, cuyos perros no dejan de ladrar en cuanto huelen o escuchan la presencia de algún extraño.

Agustín es consciente que si es descubierto, puede dar por inútil el esfuerzo porque al amanecer toda la comarca sabrá que “un Guardia Civil anda suelto”.

Son más de las cuatro de la madrugada y el cansancio comienza a hacer mella en el fornido cuerpo del agente, que se ve obligado a reducir un poco más el paso. Según sus cálculos, debería llegar a La Mesa Alta antes del amanecer

para pasar allí el día escondido.

Como si se tratara de un vampiro a quien los rayos del sol pueden calcinar, Lucena, casi al trote, consigue llegar a la Mesa Alta. Ya está clareando y a esas horas normalmente, comienza un trasiego de campesinos, jornaleros y pastores que se dirigen a sus ocupaciones.

Por suerte, con menos dificultad de la esperada, consigue hallar una cueva. La gruta es larga y estrecha y no permite ponerse de pie, si quiere llegar al interior debe gatear o arrastrarse. La claridad del sol apenas alumbraba la entrada. Más hacia el interior, está oscuro.

El fuerte olor a amoníaco le anuncia que hay moradores en la gruta: murciélagos, muy abundantes en toda la provincia de Cádiz —en esta zona existe la mayor reserva de estos mamíferos de toda la Península Ibérica.

Una vez que se siente seguro, se despoja del armamento, la munición y la talega pero, antes de tumbarse a descansar, barre los excrementos que la colonia de murciélagos ha depositado día tras día por todo el suelo cercano a la entrada de la caverna. Utiliza unas ramas de brezo a modo escoba, y limpia una extensa zona del pringoso suelo. Ahora sí, protegido de la luz y de posibles miradas indiscretas, coloca la capa en el suelo y antes de dormir come un poco. Cuando introduce de nuevo la mano en la talega, sus dedos palpan algo que al tacto le resulta desconocido; envuelto en una servilleta de tela, María, su mujer, le ha guardado un par de manojos de parpugas, de las que su hijo consigue en la playa ayudando a los Orellana.

Termina la cena, se tumba en posición fetal envuelto sobre la capa, y se enfunda el tricornio a modo de almohada. Se siente insignificante, menos que una pulga. Le tiemblan las piernas, se pregunta por qué tiene que hacer esto que tanto miedo le da. Esa noche jura que no se dejara abatir. El sueño le supera.

HORTENSIA Y MARÍA

Hortensia Lucena, hermana de Agustín, es la “oveja roja de la familia” según el Guardia Civil.

Hortensia estudió en la Institución Libre de Enseñanza en Madrid y, como otras compañeras de estudios, continuaron de maestras las doctrinas de su fundador, el filósofo y pedagogo malagueño Francisco Giner de los Ríos, fallecido en 1915, quien consiguió sentar las bases de un nuevo sistema educativo en España, creando la Escuela de Magisterio para la formación del profesorado e instaurando la asignatura de gimnasia como obligatoria, el recreo como momento de esparcimiento y descanso o institucionalizando los campamentos escolares o las Universidades de Verano. Estas y otras reformas fueron posibles hasta que la Guerra Civil y las políticas franquistas posteriores dejaron la mayor parte del proyecto educativo en el olvido.

A su muerte, los discípulos de Giner de los Ríos, continuaron con la labor iniciada por este librepensador, creando la fundación de la Institución Libre de Enseñanza; una especie de escuela donde los alumnos no tenían libros, sino cuadernos donde tomaban apuntes, y no se hacían exámenes memorísticos, las clases de ciencias se impartían en la calle, en los Museos, o en el campo.

Con el inicio de la guerra, todo el sistema educativo se derrumbó; la Iglesia Católica se hizo cargo de la formación académica, y muchos maestros tuvieron que emigrar, y

otros fueron represaliados u obligados a abandonar la docencia.

Hortensia fue una de esas maestras represaliadas porque, recién terminada la carrera, mientras hacía prácticas en Ayllón, un pueblo de Segovia, estalló la Guerra Civil, con tan mala suerte, que fue denunciada por “El Chori”, un indeseable quién, al no poder soportar que Hortensia rehusase a ser su novia, se vengó por orgullo denunciándola ante las autoridades militares, a consecuencia de lo cual se convirtió en una de las miles de “maestras represaliadas del régimen”.

Tras su detención, pasó varios días en el calabozo del cuartel de la Guardia Civil de Aranda de Duero y, gracias a una carta que recibió el gobernador militar, fue trasladada a Cádiz, donde fue encarcelada y después, destinada a Medina Sidonia. Allí imparte clases con la condición de no abandonar la localidad bajo ningún concepto, debiendo personarse en el cuartel de la Guardia Civil de tanto en tanto.

Hortensia la Roja no se ha casado; toda la juventud la pasa estigmatizada por sus ideas y su concepto de libertad, una libertad que no le permite aceptar una relación con un hombre que se base en los principios católicos de servicio y obediencia. Nunca ha militado en ningún partido, tampoco hace alarde ni ostentación pública de su ideología, ya lo hacen los demás por ella.

Hortensia vive sola e independiente, independiente y libre. Como amigos y compañeros, tiene dos perros de raza indeterminada: uno, que denominan “mixtolocho”, con cabeza y cara de lobo, pero cuerpo posiblemente de pastor alemán; y otro, que llaman “gandano”, cruce de zorro y perro. Este tipo de mezcla entre animales domésticos y salvajes es corriente en esta zona de Cádiz, donde la naturaleza comienza unos metros más allá de los límites del pueblo.

Quizás, el miembro más peculiar de la familia de Lucena es su propia mujer María, huérfana desde la adolescencia cuando corrían tiempos muy difíciles, apenas había trabajo, “poco trabajo y mucha miseria”, y algunas personas se dedican al pequeño contrabando. María permaneció dos días detenida en el cuartel de la Guardia Civil de Tarifa. María fue detenida por matutera, mujer que hace contrabando, una tarea difícil y arriesgada que consiste en sacar productos de Gibraltar.

Una vez que la mercancía sale del Peñón, un ejército, sobre todo de mujeres, se encarga de, en pequeñas cantidades, transportar los productos escondidos entre las ropas. Hay muchas rutas, pero la más transitada es de Gibraltar a Tarifa.

Algunas lo hacen para vender ellas mismas los productos en el pueblo; puede ser azúcar, café, leche, tabaco... pero la mayoría prefiere cobrar por el matuteo, ya que, si te coge la Guardia Civil, te confisca el género y te pone una multa por el doble de lo incautado. Es preferible perder la mercancía de otro.

Las matuteras a su vez, entregan el género a los contrabandistas y estos, cuando han reunido una cantidad importante de productos, se echan a la sierra con mulas y perros para llevarlo a Chiclana, Medina, Cádiz, Jerez... y de allí, al resto de España. La que más o la que menos, en alguna ocasión, se ha visto en la necesidad de hacer algún “viajecito”.

A la joven María le aseguraron que la operación sería muy sencilla: tenía que ir a La Línea de la Concepción, entrar en una tienda de ultramarinos cerca del puerto y preguntar por el hijo del Purri, este le entregaría unos paquetes y de vuelta a casa en la Valenciana.

Pues nada, ella, como tonta, se metió los paquetes que le entregaron en unos bolsillos ocultos en el refajo y,

cuando el autobús se detuvo en Tarifa para coger a más viajeros, subió un Cabo de la Guardia Civil y la hizo bajar. La llevaron al cuartel, una comadrona la cacheó y encontró toda la mercancía.

Ella siempre ha mantenido que la detuvieron por un chivatazo, porque antes de llegar a Tarifa, en la cuesta de Mojica, el autobús se detuvo y se bajaron cinco o seis mujeres que se marcharon campo a través. En ese momento no le dio importancia pero cuando llegó a Tarifa, la detuvieron. Fue allí donde conoció a un joven y apuesto Guardia Civil, que años después se convertiría en su marido.

HACIA LA ERMITA DE NTRA. SRA. DE LOS SANTOS

El sol está en su cenit cuando el intenso olor a amoníaco, que emana del guano de los murciélagos, despierta al agente Lucena. A los gruñidos característicos de estos mamíferos, se le une esta peste nauseabunda.

—No debe ser bueno dormir rodeado de tanta porquería, piensa.

Con mucha cautela mira hacia el exterior de la cueva por si aprecia algún ruido que pueda delatar la presencia de personas. Mareado por el olor, desciende del escondite y se oculta bajo la sombra de un hermoso y enorme alcornoque al que, inexplicablemente, los corcheros han olvidado durante decenas de años extraerle la primera capa de corcho, la que llaman “bornizo”. — ¡Se han olvidado de ti, grandullón!

El sol castiga con fuerza pero Lucena, arropado por el alcornoque, los lentiscos y la capa, se siente seguro.

— ¡Cuando sea Cabo, me podré comprar un uniforme nuevo! piensa mientras quita las manchas de heces de murciélago de la sufrida capa. Tiene mucho calor. Se despoja de la sahariana y se quita las botas quedándose descalzo, alejando de sí los malolientes calcetines.

— ¡Maldita sea! —exclama al comprobar que, a la altura del dedo meñique del pie izquierdo, se ha roto el cuero de la bota y amenaza por hacerse visible de un momento a otro. — ¡Mierda de botas! —vuelve a maldecir

injustamente porque ese calzado ha sufrido muchos remiendos y modificaciones desde que lo compró.

— Debe ser la hora de comer —dice mirando hacia el Sol, frotándose el estómago vacío y, sin pensárselo dos veces, mete la mano en la pequeña mochila y extrae la tableta de chocolate.

—Pobre Santiago, cuando vea que me he llevado el chocolate.

No se decide a abrirla, nunca había tenido la oportunidad de observar detenidamente el envoltorio y lo estudia con detenimiento —¡Ole, ole, ole y ole, chocolate Nogueroles!, recuerda la pegadiza cancioncita escuchada muchas veces por la radio y que los niños repiten nerviosos cuando el camión mensual del suministro de comida aparece por lo alto de la Loma del Puerco. Es todo un espectáculo contemplar cómo, nada más aparcar junto a la puerta de acceso al patio, las mujeres de los guardias hacen cola para comprar la comida para todo el mes. Este economato ambulante es el único sistema de abastecimiento de alimentos para la Casa Cuartel. En medio de un gran alboroto, las mujeres piden la mercancía al encargado del suministro; una lata de esto, un kilo de lo otro, una tableta de chocolate. El precio de los víveres les es descontado del sueldo mensual, incluso el aceite, que es transportado en un bidón de doscientos litros y trasvasado a otro más pequeño de una arroba de capacidad para cada familia. Toda la maniobra de avituallamiento se realiza sin abusos ni disputas. Si los agentes son disciplinados para lo militar, las mujeres lo son también para lo civil.

Después de marear durante unos minutos la tableta, decide abrirla con mucho cuidado —está medio derretida—, sabe que su interior guarda un tesoro, una pequeña joya de papel en forma de cromo de la selva

africana que su hijo guarda y ordena como si de una reliquia se tratase. No puede ser de otra manera, el espabilado de Santiago es el socio número 83644 del “Club de Fans de Kitín y el chocolate Nogueroles”. Además, es poseedor de una cartilla con su foto, regalo de los padres en su último cumpleaños.

—Dentro de una semana, Santiago cumple trece años, ¡Qué mayor es ya!, piensa con ternura. Ya veremos qué le podemos regalar este año, seguro que a su madre se le ocurre algo bueno.

Las horas van pasando muy lentamente — ¡Esto sí es espíritu de sacrificio y amor al servicio!, piensa mientras de rodillas orina hacia un lado para evitar levantarse y hacerse visible. Las sombras comienzan a teñir las copas de los árboles, minutos después, la noche pide entrar en escena.

FUEGO

La noche se presenta tranquila en la Casa Cuartel. El sol desciende expedito arropado por nubes bajas que confieren a la silueta del Castillo de Sancti Petri y a todo el cielo de la playa de la Barrosa, decenas de tonos rojizos. Un crepúsculo, cuya grandiosidad, solo se aprecia en la costa Atlántica del sur de España.

Todos los días de cielo claro, los moradores de este remoto pero privilegiado emplazamiento, paralizan su actividad durante unos minutos para disfrutar, en todo su misterio, del mágico ocaso. Una fiesta en el poniente, especialmente para los niños, que fijan la vista, a riesgo de dañar su retina en el astro rey, con la esperanza de ver “el rayo verde”, un fenómeno óptico atmosférico que ocurre justo después de la puesta de sol y que Julio Verne describiera magistralmente como *“...un verde que ningún artista podría jamás obtener en su paleta, un verde del cual ni los variados tintes de la vegetación ni los tonos del más limpio mar podrían nunca producir un igual! Si hay un verde en el Paraíso, no puede ser salvo de este tono, que muy seguramente es el verdadero verde de la Esperanza!”*

Todos los días, el mismo espectáculo gratuito, y no por reiterado, exento de belleza. Y también todos los días, al finalizar el evento, el movimiento de personas en el acuartelamiento es intenso; madres, niños y los agentes

que no están de servicio, se recogen en los pabellones para cenar.

—Madre, ¿Cuando termine la cena puedo subir a la Torre a buscar contrabandistas? —pregunta Santiago.

—Ya sabes que a tu padre no le gusta que molestes a los compañeros.

—Sí, pero padre no está... ¿Puedo por favor? —insiste.

—Buenooooo, —responde complaciente María— pero solo un ratito, y antes, debes terminar toda la cena.

Esa noche, prácticamente sin luna, la visibilidad de la playa es escasa.

—¡Señor Galván! —grita Santiago al pie de la Torre del Puerco con las dos manos en la cara a modo de megáfono.

— ¿Qué pasa chaval? —pregunta el agente asomando la cabeza desde lo alto de la Torre.

—¿Puedo subir un ratito con usted a buscar contrabandistas?

—Ya sabes que a tu padre no le gusta que subas aquí.

—Sí, pero mi padre no está y mi madre me ha dejado.

La cabeza de Galván desaparece y segundos después reaparece de nuevo en el hueco del vano, lugar por donde se accede a la Torre que está situado a tres metros del suelo.

—Ten cuidado —dice el agente— Apártate que te coloco la escalera.

Santiago, ágil como una lagartija asciende rápidamente hasta ser engullido por la construcción centenaria.

—Solo un ratito —dice Galván al joven, colocándose la linterna bajo la barbilla para que las sombras iluminen un

rostro maléfico con ánimo de intimidar a Santiago. Una vez en la atalaya, el niño se coloca en la parte con vistas a la playa de la Barrosa y en su horizonte, el Castillo.

—¿De mayor quieres ser Guardia Civil? Pregunta cariñosamente el agente al observar la disposición del joven.

—No sé —responde Santiago encogiendo los hombros. A los pocos minutos Santiago, tal y como era de esperar, comienza a aburrirse. Allí arriba no pasa nada. Para colmo, las rachas de viento de levante no dejan de molestarle.

—Creo que me voy a marchar señor Galván.

—Haces bien, aquí no se puede estar con esta levanterera, mejor bajamos juntos y continúo la vigilancia a pie de playa a resguardo del viento.

Desciende primero el agente el primer tramo del interior de la Torre para sujetar la escalera y evitar cualquier resbalón del joven. Santiago, antes de bajar, lanza una última mirada al horizonte, como queriéndose despedir de la playa. En ese instante, un resplandor llama su atención. A pocos metros del acuartelamiento, un fulgor rojizo comienza a iluminar la noche. No consigue ver el origen de tan extraordinario acontecimiento pero está cerca, muy cerca, en las casas de los pescadores.

— ¡Señor Galván! ¡Señor Galván! ¡Suba, suba! —grita nervioso. —¡Fuego! ¡Fuego!

El agente, asciende presuroso pisando con firmeza los peldaños de madera.

—¡Fuego! Es ahora Galván quien grita con la esperanza que alguien en el acuartelamiento escuche la voz de alarma.

—Vamos, vamos —apresura al joven para que descienda por las escaleras al primer tramo de la Torre donde ya le está esperando. Cuando lo consigue, Galván desciende rápidamente por la escalera apoyada al pie de la Torre y la sujeta con firmeza para que Santiago haga lo propio.

— ¡Corre Santiago! Corre y avisa al Cabo, yo voy a ver qué pasa.

“Cuando en las poblaciones ocurra algún incendio, principalmente en las de corto vecindario, o en las casas de campo, en que generalmente se carece de los recursos que el arte proporciona en las capitales, hay por lo común un aturdimiento general, que exige muy particularmente que la Guardia Civil se presente al momento en el sitio de la desgracia, y por lo tanto debe hacerlo tan pronto como tenga noticia de ella.”

Santiago grita a la vez que corre —¡Fuego, fuego!, así hasta que llega a la ventana del pabellón del Cabo Chacón.

— ¿Qué pasa? —pregunta el jefe de la guarnición.

—Las casas de los pescadores, hay fuego, mucho fuego. Al instante, Chacón desaparece de la venta.

Santiago duda, no sabe qué hacer, pero en ese instante el corazón le da un vuelco, en la ventana aparece Pilar.

— ¿Qué pasa Santi?

Santiago al verla, con la media sonrisa y la cabeza ladeada, le inspira una visión celestial y se le encienden las orejas.

—Las cabañas de los pescadores están ardiendo — responde con aplomo. Acto seguido se dirige hacia el lugar del incidente. A medida que se acerca, el resplandor y el centelleo de las chispas son batidas y avivadas por el viento de levante.

Santiago se detiene un instante para observar un espectáculo apocalíptico para él. De la hilera que forman las cinco cabañas una, la más cercana, está totalmente en llamas y la contigua comienza a ceder al fuego. Todos los pescadores intentan, torpemente, acarrear arena con cubos, mientras los hijos y las madres, se mantienen a la distancia que las lenguas de fuego les permiten.

Allí está Galván impidiendo que la señora Orellana entre en la vivienda que comienza a ser devorada por las llamas.

—¡Mi hijo, mi hijo! —grita desconsoladamente con las manos en la cabeza, haciendo intento de entrar en la cabaña.

—¡Mi hijo, mi hijo! —grita mientras los gemelos Orellana lloran a su lado abrumados e impotentes. Nadie, ni Galván, se atreven a traspasar el flameante umbral. Es, en ese instante, cuando aparece Chacón sosteniendo con las dos manos la capa reglamentaria que previamente ha sumergido y empapado en el lavadero de la Casa Cuartel.

“Será siempre un pronóstico feliz para el afligido, infundiendo la confianza de que a su presentación, el que se vea cercado de asesinos, se crea libre de ellos; el que tenga su casa presa de las llamas considere el incendio apagado; el que vea su hijo arrastrado por la corriente de las aguas, lo crea salvado; y por último, siempre debe velar por la propiedad y seguridad de todos.”

Un segundo. Es el tiempo que necesita Chacón para colocarse la capa de grueso paño chorreante de agua que le sirve de embozo a todo su cuerpo y agachado, desaparece en el interior de la vivienda. La señora Orellana ha dejado de gritar. Todos, incluido los pescadores que han cesado en el acarreo de agua mantienen la respiración.

Únicamente se escucha el crepitar del fuego y el chasquido de la madera derrotada. Nadie respira. Todos contemplan la escena hechizados. Chacón debe salir cuanto antes, si se evapora el agua y se seca la capa, esta se convertirá en una trampa mortal.

El bufido de las llamas, seguido del gruñido de una deflagración, hace que todos den un paso atrás escapando de una bola de fuego que se dirige hacia ellos. Ahora sí todos gritan. Chacón se lanza al suelo mientras lucha contra el fuego que muerde la capa. Mil manos ayudan. Mil manos arrojan arena contra un bulto caliente y humeante.

La señora Orellana grita. Todas las madres gritan. Galván se acerca a su superior que permanece de rodillas y de un golpe seco le quita el tricornio chamuscado, a continuación le despoja de la capa y la arroja lejos. El Cabo no se levanta, y permanece así, hecho un ovillo, manteniendo sobre los brazos cruzados a un bebé que comienza a llorar.

La señora Orellana se arrodilla y ofrece los suyos al Cabo para que deposite en ellos su bien más preciado.

El alboroto y la alegría lo rompen todo. La madre cubre de besos la cabeza del niño mientras el resto de madres la rodean jadeantes. Los pescadores retoman con afán las labores de extinción, mientras Santiago observa turbado como el Cabo, ahora solo, toma el camino de regreso a la Casa Cuartel. El joven le sigue a unos pasos de distancia observando el humo que aún le rezuma por la espalda.

Chacón se dirige directamente al lavadero, sin percatarse de la presencia del joven quien, apoyado en el

arco de la puerta, le observa. Santiago recuerda una conversación entre sus padres hablando del Cabo Chacón. Agustín Lucena decía de él que puede ser el peor de los compañeros y también el mejor. Al que quieres olvidar cuando por fin se va y al que siempre recordarás. Al que en principio llegas a odiar y terminas por admirar.

El jefe de puesto permanece inmóvil, cabizbajo, como si estuviera mirando su reflejo en la lámina de agua. Lentamente, introduce las manos en el cubo y las mantiene sumergidas, quizás para aplacar el calor. De manera súbita, saca las dos manos juntas y zas, deja que el agua le golpee el rostro, un rostro sin bigote, sin cejas ni pestañas, zas, otra vez. El Cabo apoya las manos en el borde del lavadero y comienza a llorar.

Santiago acongojado, nota un nudo en la garganta a punto de asfixiarle y retrocede unos pasos, quiere respetar la intimidad del soldado, momento roto por la llegada de la mujer del Cabo.

—¡Juan, Juan! —grita Pilar, mujer larga y angosta como un junto, mujer siempre silenciosa y concentrada que abraza a su marido por la espalda.

— ¡Gracias a Dios! —repite varias veces.

“El Guardia Civil no hace más que cumplir con su deber, y si algo le es permitido esperar de aquel a quien ha favorecido, es solo un recuerdo de gratitud. Este noble desinterés le llenará de orgullo, pues su fin no ha de ser otro que captarse el aprecio de todos...”

HASTA PATRITE

Con la noche cerrada, y ajeno a todo lo ocurrido en la playa, Lucena toma rumbo en dirección hacia Casas Viejas. Está agotado, reventado de andar. Nubes traídas por el viento del sur durante la noche, han refrescado el ambiente, han ocultado la luna y le han obligado a prestar mucha más atención a los obstáculos del camino, teniendo que caminar sorteando piedras, zanjas, riachuelos... con poca visibilidad y sintiendo que la bota le ha hecho una rozadura en el pie izquierdo.

Por fin se encuentra a los pies de Alcalá de los Gazules. Ha de extremar las precauciones para no ser descubierto, por eso, con mucho sigilo inspecciona los alrededores de la ermita para encontrar un lugar donde poder pasar todo el día. Lo tiene difícil, la presencia de ganado y jornaleros hacen de este un lugar muy frecuentado. Decide entonces dormir en un olivar cercano, pues en esa época del año, los árboles descansan de la presencia tanto de los dueños como de quienes les apalean.

Hace recuento de víveres; le queda chocolate, chorizo y un trozo de pan duro para llevarse a la boca. Dormir pocas horas y el cansancio acumulado le ha obligado comer más de lo que tenía previsto. Tiene ante sí la parte más corta del trayecto, pero a su vez la más arriesgada porque la ruta es a cielo abierto; no encontrará un bosque espeso ni grandes árboles que le arropen, únicamente

olivos y algún acebuche, pues la ganadería de esta zona poco a poco le ha comido la vegetación al sotobosque.

— Sevillita, ya queda poco para vernos las caras. Es lo último que piensa antes de encomendarse a la Virgen.

Agazapado cerca de la cuneta de la carretera que une Jerez con Algeciras decide descansar unos minutos junto a un abrevadero de ganado. Unos instantes de reposo para recordar su formación como Guardia Civil que le advierte que desde las dos o las tres de la madrugada, hasta la salida del sol, y desde las cinco o las seis de la tarde hasta dos horas después de anochecido, es cuando se cometen la mayor parte de los delitos; por consiguiente, a estas horas deben procurar aparecer las parejas del Cuerpo en los sitios sospechosos.

Observa meticulosamente las huellas de equinos y decide beber en el pilón de agua estancada.

—¡Donde bebe un caballo, bebe un humano! Sin prestar mucha atención a los objetos flotantes que observa en la superficie del agua, sumerge la cantimplora, y el brazo entero, hasta que la ausencia de burbujas le advierten que el recipiente se encuentra totalmente lleno. Bebe con avidez un largo trago sin preocuparle que parte del contenido se vierta sobre su pecho. Cuando termina de beber, sin bajar la cantimplora, deja que el líquido sobrante le refresque la cara y empape el mullido bigote. Tras unos segundos de satisfacción, vuelve a sumergir la cantimplora hasta llenarla por completo, no quiere padecer más necesidades, la cierra y continúa la marcha al asalto de la carretera que une las dos grandes poblaciones de la comarca.

Camina lo más agachado posible y consigue llegar al desagadero del arcén de la carretera. Son las tres de la madrugada, a esas horas no circula ningún vehículo y accede al otro lado de la cuneta sin ser visto.

Una vez cruzada la vía, la preocupación de Lucena es no ser descubierto por alguna patrulla de los compañeros de Alcalá de los Gazules, de producirse este encuentro, supondría el abandono inmediato de la misión.

Con el alma en vilo, avanza sigiloso alejado de los caminos. Sin detenerse, prosigue su camino dirigiéndose hacia el Este, hacia el lugar donde cree puede encontrar la ruta del contrabandista. Su destino para esta noche continúa siendo el caserío de Patrite y el camino de Los Molinos. El nombre de esta pedanía de Patrite le viene de “Pan Triste”, ya que los molinos cercanos suministraban la harina para que los carboneros se elaboraran el pan.

Camina Lucena con el corazón a doscientas pulsaciones por minuto. Los temores son fundados, el Guardia Civil y el contrabandista viajan de noche y supuestamente por la misma ruta, aunque en direcciones opuestas.

—El Sevillita tiene que salir del bosque por aquí, ¡seguro! —afirma al divisar las cabañas de Patrite. A partir de ese lugar comienza lo que los árabes bautizaron con el nombre de “Camino de los Infiernos”, por lo complicado y dificultoso que supone moverse por estas casi inhóspitas tierras.

CAMPANO

Esa noche a todos les cuesta conciliar el sueño. El susto, el estrés y los momentos de angustia vividos en las cabañas ardientes de los pescadores, hacen muy difícil el descanso. Como un servicio más a la comunidad, el Cabo Chacón autoriza a todos los moradores de las viviendas afectadas; niños y adultos, que pasen la noche en el interior de la Casa Cuartel a resguardo del viento de levante. Las mujeres de los agentes acondicionan, como pueden, a las tres familias afectadas en la sala de armas, incluidos los cinco miembros de la familia Orellana. Mañana, Dios dirá.

Al amanecer, Santiago se afana en encontrar todos los huevos posibles. Hoy es un día especial y hay que atender a los “invitados” de la mejor manera posible. Todos menos Chacón, que permanece en cama con la cara cubierta por un emplaste de aloe vera que le ha preparado su mujer después de cortar dos hermosas hojas de una planta que le regalará alivio y evitará la aparición de ampollas. Las últimas instrucciones que da el jefe de puesto es que la guarnición recupere cuanto antes la normalidad. Ordena a los agentes libres de servicio que ayuden en la limpieza y recuperación de los objetos personales que hayan podido salvarse del incendio. Los hijos mayores de los agentes, deben acudir al colegio como si fuera un día más. Así lo hacen.

Santiago camina despacio y en silencio junto a Pilar, detrás de ellos, el hermano de Pilar; Juanito, un niño un año más joven que Santiago que siempre va detrás del grupo porque tiene una inexplicable obsesión por ir dando patadas a todas las piedrecitas que se encuentra en el camino. Hoy ni los Orellana, ni ninguno de los hijos de pescadores acuden a clase y Santiago está contento por ello. Más concretamente agradece la ausencia de los gemelos que tanto le incordian y, sobre todo, le privan de la compañía de Pilar.

Caminan con cierto retraso. Hoy es uno de esos días que no importa que se enoje don Bernardino.

—Tu padre es muy valiente —dice Santiago para iniciar una conversación.

—Bueno —responde Pilar sin querer darle importancia— él dice que no hace más que cumplir con su deber y... ya está. Anoche —continúa la joven— cuando fui a despedirme para dormir le pregunté que como estaba y el respondió —Siempre fiel a mi deber.

— ¡Jo! —Exclama Santiago— ¿Ves cómo es un valiente?

— ¡No sé! —responde Pilar encogiendo los hombros.

Cuando llegan a la puerta de la finca de Campano, el repicar de las campanas les anuncia que llegan tarde a misa. A ninguno de los tres parece importarle. No aceleran el paso, se dejan llevar por la interminable hilera de eucaliptos que flanquean el recto camino; una vereda que, a lo lejos, parece cerrarles el paso, pero no es así, saben que es un efecto visual al que ya están acostumbrados. Pero el trayecto de hoy parece diferente, algo raro ocurre, porque al final de la arboleda parece dibujarse una silueta oscura.

Pilar se detiene —¡Mira Santiago! —Exclama extendiendo el brazo— algo pasa, allí hay alguien.

— Es verdad —ratifica el joven. Vamos, que algo ocurre.

La pareja acelera el paso y rápidamente identifican al propietario de la figura. Por la altura y volumen, no puede ser otro que don Bernardino con su sotana negra. Y les está mirando.

Pilar se detiene a una decena de metros, se supone que el cura debería estar en el interior de la iglesia dando misa. No entiende nada y siente miedo. —¿Por qué nos está mirando? —Susurra muy bajito— y de manera instintiva acerca la mano hacia la de Santiago y se aferra a ella, momento en el que el joven siente como el corazón se le escapa del pecho y comienza a subirle por la garganta en loca carrera, siente que la sangre se le agolpa en las sienes.

—No sé, pero nos vamos a llevar una buena reprimenda —dice el joven omitiendo el miedo que tiene a los “capones” que suele repartir el párroco cuando haces algo malo.

—Acercaos hijos míos —dice don Bernardino abriendo los brazos como Jesucristo crucificado— Acercaos, hijos míos, que Dios os bendiga. La joven pareja no responde. Se miran cogidos aún de la mano e inician el paso. Juanito se coloca junto a la hermana.

—Os estamos esperando —dice don Bernardino generando más confusión y miedo. Santiago cierra los ojos y se prepara para recibir el primer capón, pero no, lo único que siente es la presión de la mano de Pilar que tira de él.

—Vuestros compañeros os esperan dentro.

Pilar y Santiago siguen los pasos del sacerdote y Juanito detrás. Cuando el párroco hace entrada en el templo, todos los asistentes, decenas y decenas de

alumnos, se ponen en pie y, sorprendentemente, les aplauden mientras recorren el pasillo central que les conduce hacia el altar. Santiago está acongojado. El corazón le bate en el pecho como si el alma quisiera abrirse camino y echar a correr hacia el patio del colegio.

— ¡Viva la Guardia Civil! —alza la voz don Gregorio, el profesor de matemáticas, cuando la pequeña comitiva llega a su altura.

— ¡Viva! —responden todos los asistentes.

El resonar de las palmas cesa cuando don Bernardino comienza la misa, dejando a los hijos de los guardias un lugar preferente en la primera fila. El capellán comienza la homilía, con una frase que a Santiago comienza a serle familiar...

“Premiar en los hijos las virtudes de los padres”

A continuación el párroco explica a todos los alumnos el significado de esa frase y detalla a los asistentes la valentía del padre de Pilar y de todos los Guardias Civiles, haciendo hincapié en lo importante que es hacer el bien por los demás, aunque en ocasiones, pongas tu propia vida en peligro.

Cuando don Bernardino lo indica, todos se arrodillan y permanecen en silencio durante unos largos segundos con las manos cruzadas en el rostro. Todos guardan silencio menos Santiago.

—Pilar —susurra temiendo que el mundo de espejismos que ha construido en torno a Pilar se acercase a su fin.

—Dime —responde la joven.

—Quiero ser un “polilla”.

EN EL PUNTO DE ESPERA

Horas antes del amanecer, Agustín Lucena llega a su destino, “las puertas del Camino de los Infiernos”, lugar donde comienza la estrecha vereda que une Patrite con la población de Jimena de la Frontera; a esta senda los lugareños la conocen como Ruta de los Molinos.

Agustín, cansado, sucio y sudoroso, se detiene unos instantes para beber agua de la cantimplora y mirar hacia atrás. A lo lejos, desde lo alto de la montaña, la luna ilumina las casas encaladas de Alcalá de los Gazules y una exigua iluminación artificial salpica el contorno del pueblo, destacando en lo más alto, vigilante, el perfil del campanario de la Iglesia de San Jorge y, junto a ella, la inconfundible “Torre del Homenaje”.

Al poco de reiniciado el camino, se aparta unos metros de la vereda, a refugio de inoportunas miradas. Descubre un buen lugar donde reponer fuerzas; una gran roca plana, de más de quince metros cuadrados, cuya inclinación es la perfecta para permanecer tumbado y observar el iluminado cielo. Aprovecha para quitarse la bota y observar que la rotura de la suela —a la altura del dedo meñique— continúa aumentando a un ritmo preocupante; la fisura mide ya varios centímetros de largo y por ella ha penetrado además de polvo, pequeños granos de arena que se acumulan en la puntera y le molestan al caminar.

Destapa el zurrón y, a tientas, tira suavemente de la

guita hasta que consigue sacar el trozo de chorizo que aún le queda por comer, abre la navaja y separa de un tajo el chorizo de la cuerda a la que va amarrada una chapa metálica, un marchamo, donde aparece grabado el nombre del fabricante del producto. —Esta chapa se la guardo a Santiago, para que juegue a las carreras.

— ¡Campeón de España! —repite en voz baja al imaginarse a Santiago luciendo la condecoración después de una reñida carrera con los gemelos Orellana. Cuando corre, muestra una destreza, un arrojo y una habilidad inexplicables que deja pasmados a todos los muchachos que corren con él. Tan veloz es el joven Santiago, que conserva varias de estas distinciones que guarda celosamente en una caja de corcho, a la cual el chaval denomina “la caja de los tesoros”.

Una vez repuesto, decide emprender la marcha y buscar un lugar más apropiado para efectuar una emboscada porque, en la zona donde se encuentra, la única ventaja es el factor sorpresa y eso, para capturar a un contrabandista como el Sevillita, no es suficiente. Necesita encontrar un buen lugar donde apostarse, pero no lo encuentra, ninguno le parece bueno, se ve obligado a realizar cuarenta minutos adicionales de dura marcha a campo través. No quiere transitar por la vereda y da interminables rodeos hasta que por fin consigue alcanzar el arroyo del Toro. El pie izquierdo no deja de molestarle y no aguanta más. Se despoja de la bota, se quita el calcetín y la tenue luz de la luna le devuelve el reflejo de su dolor: su dedo meñique está sangrando. Dolorido, toma la cantimplora y vierte la poca agua que le queda sobre la herida sintiéndose inmediatamente un poco más aliviado. Envuelve el pie en el calcetín, protegiendo así el dedo herido de las piedras y ramas secas, y limpia además el interior de la bota.

—¡No puedo continuar, nunca llegaré a tiempo al molino! —dice, apretando los dientes. El Molino Castro está cerca, apenas puede andar y no le queda mucho tiempo para preparar la emboscada; además, no tiene sentido internarse más en la Sierra, cada minuto que deja de estar oculto, pone en riesgo la misión. Por suerte, encuentra unas ruinas de lo que debió ser la vivienda de algún molinero o un almacén de grano. Las paredes, construidas con bloques de roca arenisca, están en parte derruidas, el tejado está hundido y en el suelo hay dispersas unas grandes vigas de madera de quejigo y muchos restos de brezo que servían, seguramente, para cubrir el techo.

Parapetado en uno de los muros, respira tranquilo y presta más atención al lugar donde se ha detenido. Delante de las ruinas hay una pequeña explanada —un claro en el bosque— esto anima a Lucena que, cojeando, lo inspecciona con atención, percatándose que la vereda que conduce a Jimena está cortada por una cancela que permanece cerrada para evitar que se escapen las reses bravas aunque se puede abrir para permitir el paso de personas y caballerías.

Lucena, interpretando el papel del Sevillita, se coloca detrás de la cancela, como si llegase de Jimena, la abre, entra en la pequeña planicie, anda unos pasos y se queda totalmente al descubierto. Cuando el contrabandista se encuentre en este lugar, el agente dispondrá de una perfecta visión para detenerle. Lo repite una vez más: el Sevillita debe abrir esa verja de ganado, pasar con las mulas de carga, volver a cerrar y encontrarse en una zona descubierta sin posibilidad de huir hacia atrás, un verdadero embudo y él ocupará la parte ancha para tener a tiro al Sevillita.

—¡Es el lugar perfecto! —se alegra de su buena

suerte, porque la suerte no llueve del cielo, le ha costado encontrar el emplazamiento ideal y se prepara para pasar el día escondido entre las ruinas. Con los restos de los materiales de la vivienda a su disposición y moviéndose sigilosamente, Lucena consigue mover una de las vigas que le sirve de asiento. Introduce el mosquetón entre un hueco de la pared y se cubre con la capa. Aún queda más de una hora para que amanezca. No puede cometer el error de dejar que le sorprendan ahora.

— ¡Ánimo, Lucena, aguanta, que mañana hay luna llena... Sevillita, no te me vas a escapar! —murmura mientras reposa la mejilla en el mosquetón y centra el punto de mira pero...

¡Zas! Un ruido llama su atención. Frente a él, el chasquido de las hojas secas de los alcornoques resuena en el silencio de la madrugada. Agustín aguanta la respiración, está sorprendido. Hoy no es el día, debía ser mañana.

Siente miedo, un temor que le estimula para aumentar las precauciones y activar todos los sentidos, ese miedo que te hace sentir que no eres inmortal.

— ¡Tranquilo, Lucena, tranquilo! —murmura y traga la poca saliva que le queda...

“Siempre fiel a su deber, sereno en el peligro y desempeñando sus funciones con dignidad, prudencia y firmeza...”

Unas sombras y unas voces susurrantes se mezclan con el ruido de la cancela. — ¡Tranquilo, Lucena, tranquilo!

Son varias las sombras en movimiento, una de ella es grande, la otra claramente es de una persona. ¿Será una mula y su arriero? Escucha otro murmullo de varias personas hablando. No puede ser una mula, no existen las mulas que hablen con sus amos.

La visibilidad es buena, y a medida que se acercan hacia donde el agente está apostado, comienza a ver con mayor claridad.

El sujeto y el bulto que le acompaña se acercan hacia él, traga saliva. A dos metros de distancia consigue distinguir e identificar perfectamente el bulto sospechoso, son tres hombres, tres cazadores furtivos que acarrean los restos de un cochino asilvestrado. Se trata de tres conocidos de la Guardia Civil. El primero, abriendo paso, es Faustino, a quién llaman Fausti, que lleva en el pecho un gran cable de “lazo” que ha servido de trampa mortal para el cochino. Los otros dos portan el puerco utilizando una rama de quejigo del que pende el animal al que han descabezado y eviscerado —eliminando así la cuarta parte del peso— atadas por las pezuñas transportan los pedazos más valiosas del animal; los jamones y los lomos. Cuando los furtivos pasan junto a Lucena, también los puede identificar: son el Ríos y el Trompeta.

Según cuentan en Alcalá de los Gazules, este último siendo adolescente, le contrataron un verano para ejercer de vigilante forestal; empleo que consistía en subir, un día sí y otro no, a una de las cinco casetas de vigilancia —en su caso la ubicada en el Puerto de la Yegua— a la que accedía tras un largo y duro ascenso. Con horario de sol a sol, su misión se limitaba a avisar en caso de incendio. El primer día de servicio, además de explicarle la importancia de su función, se le entregó la correspondiente trompeta que debería hacer sonar en caso de fuego; su sonido se escucharía en todo el valle. Allí acudió puntual los primeros días a su aburrido trabajo. Pero..., una tarde de agosto se levantó un fuerte viento de levante. En la distancia, observó una espesa nube de humo que comenzó a salir de entre un grupo de chaparros. Presto a cumplir su misión, cogió la trompeta... sopló... y... no funcionó. Por

mucho que soplabla y soplabla, el artilugio no era capaz de emitir el más mínimo sonido; estaba averiada, atascada, rota, inservible. Asustado, corrió a toda velocidad, descendiendo por los angostos caminos hasta que por suerte, se topó con una patrulla de la Guardia Civil a cuyos integrantes informó de la situación.

— ¿Cuánto tiempo llevas trabajando de vigilante? —le pregunta el más veterano de los agentes.

— Quince días —responde temblando y sacudiéndose la ropa ajada por las múltiples caídas y trompicones.

— ¿Durante quince días, has estado horas y horas sentado allí arriba, solo, con la trompeta a tu lado y no has sido capaz de probar si sabías usarla?

—Ya tienen el sueldo de toda la semana, —piensa Agustín, volviendo a respirar después de haber contenido el aliento durante sabe Dios cuánto tiempo.

— ¡Algo tenía que haber hecho, lo sé! Un sentimiento de amargura le envuelve, se lamenta de no haber cumplido el reglamento y no haberles detenido, pero la misión que le trae a la vereda de Patrite no es incautar un animal del que vivirán tres familias durante varios días. Sabe que no se lo van a comer, porque el inconfundible olor del guiso les delataría en todo el pueblo, además, un buen cerdo asilvestrado está muy bien pagado en la venta Los Gallos y con ese dinero comprarán comida enlatada que les será más fácil de conservar que la carne fresca.

— ¡La misión es la misión! —murmura para convencerse que ha actuado bien en no detenerles.

—Ahora toca dormir —susurra al ver los primeros rayos del crepúsculo.

Lucena se acurruca junto a los bloques de piedra de la edificación derruida que le sirve de cobijo y se ovilla.

DE JIMENA A PATRITE

—¡Vamos, Ronco! —Arrea el Sevillita al burdégano, iniciando la marcha en dirección al oeste, en busca del camino de Patrite— ¡Si nos damos prisa, esta noche dormimos en Los Molinos!

Ronco es un ejemplar digno de exponer en ferias ganaderas. Su amo siempre se ha preocupado de disponer de los animales mejor dotados para las tareas que les encomienda. En este caso, eligió el mejor caballo de todo Los Barrios y la más fuerte burra de Jimena de la Frontera para cruzarlos. Del padre, ha heredado la cabeza larga y delgada, con orejas más pequeñas que las de los burros pero más grandes que la de los caballos, y la cola larga y peluda en toda su longitud. No es un animal esbelto, más bien parecido a un asno. De la madre tiene la altura, posiblemente porque las burras tienen una matriz de menor tamaño que las yeguas, lo que limita el crecimiento del feto.

Toda esta ingeniería genética ha dado como resultado un fortísimo animal, capaz de cargar decenas de kilos sobre el lomo y de aguantar largas travesías por las zonas más abruptas. Sin su burdégano, el Sevillita no podría ejercer de contrabandista con tanta eficacia ni sería tan famoso en toda la provincia.

No ha anochecido aún cuando el más audaz y duro de los estraperlistas decide iniciar la marcha junto a Ronco y su inseparable perro Roque. Los dos animales, además de

ser de los mejores ejemplares de su especie, tienen en común que han sido adiestrados para el contrabando, también les han enseñado a atacar a la Guardia Civil, más concretamente a su uniforme. Cuando los perros son cachorros y las mulas potros, una persona desconocida para ellos, que no pueden identificar por el olor, se viste con la capa verde y se coloca en la cabeza el inconfundible tricorno. Así ataviada, les pega y maltrata durante un par de semanas hasta que logra inculcarles el rechazo y la desconfianza hacia el uniforme de la Guardia Civil.

La expedición parte siendo aún de día, con la seguridad que ninguna patrulla de la Benemérita les detendrá a las afueras de Jimena en dirección oeste. Muy próxima a esta localidad, el Sevillita tiene uno de sus campamentos donde pasar el día lo más oculto posible, protegiendo las mercancías de contrabando que acarrea desde La Línea de la Concepción. Este viaje que ha iniciado, es excepcionalmente valioso, no transporta como en otras ocasiones azúcar, leche americana, jabones olorosos, aceite... ¡No! Este viaje es especial, el valor de la mercancía transportada justifica renunciar el uso de varias caballerías porque cuantos menos animales necesite de transporte, menos complicaciones y por lo tanto, más rápido llegará a su destino.

En esta ocasión Ronco porta mercancía muy preciada, como son telas de seda, perfume francés y tabaco; los suaves y aromáticos puros “El Cubanito”, que tanto gustan al Sevillita, otras marcas de sabor más fuerte como el “Águila Verde”, los codiciados “La Medalla de Oro” y varias cajas de los mundialmente conocidos “Montecristo”. El fiel Roque, además de la función de perro guardián, también hace las veces de perro porteador, y para ello su amo hizo confeccionar en unas alforjas que, amarradas al cuerpo, le permiten transportar mercancía preciosa de poco

volumen. En este viaje carga penicilina, decenas de dosis de tan efectivo y escaso antibiótico. Todo el conjunto suma muchos miles de pesetas. Está seguro que, como en otras tantas ocasiones, entregará la mercancía en el lugar indicado a la hora precisa, pero... no sabe que mañana hay Luna Negra. Su destino ya está escrito, al igual que el de Agustín Lucena.

El trayecto es largo y agotador. Una hora después de partir del escondite de Jimena de la Frontera, deja a su derecha la ladera del monte Jateadero y un par de horas más tarde, a su izquierda, el cerro del Fraile. Cuanto más se acerca a Alcalá de los Gazules, mayor es el peligro y cuanto más se aleja de su “cuartel general” en Los Barrios, el número de contactos y espías va disminuyendo, pero aún así se siente seguro. Su objetivo es llegar a su guarida del Molino Castro antes del amanecer.

El plan es muy preciso: descansar durante el día en el molino y abordar a la noche siguiente el difícil tramo hasta Patrite. Para ello, necesita de la complicidad de la luna llena. Desde allí, preparará la etapa a su destino final en las proximidades de Medina Sidonia.

Es un camino duro, incluso para recorrerlo durante las horas de luz, pero el Sevillita, fuerte como sus animales, sabe que por aquí no les buscarán, solo otro loco como él se atrevería a transitar estos lugares de noche. Y es que, de no contar con la ayuda de la luna, sería difícil, por no decir imposible, caminar con las bestias por lugares tan angostos y pedregosos, por estos... “caminos del infierno” plagados de rocas, majestuosos y centenarios alcornocales, y quejigos que cierran el paso. Quizás la mayor dificultad se encuentra en las zonas un poco más abiertas; el sotobosque formado por palmitos, acebuches, madroños y laureles que obstaculiza el paso haciendo la marcha penosa. Hay que conocer el terreno como lo conoce el

Sevillita para adentrarse en este tan exuberante como maravilloso bosque mediterráneo de ciento setenta mil hectáreas que limita al norte con la población de El Bosque y Ubrique, al sur con Tarifa, al este con Jimena de la Frontera y al oeste con Alcalá de los Gazules. Además, ha de observar la predeterminada y estricta rutina de utilizar siempre la misma vereda y detenerse a descansar en los mismos emplazamientos. De esta manera, habitúa a los animales para que acudan a estos puntos a la espera de reencontrarse con su amo en caso de ser sorprendidos por la Guardia Civil.

Faltando unos minutos para que el reloj de cadena del contrabandista marque las cuatro de la madrugada, se aproxima a uno de los puntos de descanso; ese donde la vereda de Jimena-Patrite desemboca en el camino que une el monte Picacho con el caserío de Peguera, zona muy frecuentada por corcheros.

Cuando el avispa Sevillita avista este arriesgado sector, ata a Ronco a un chaparro, se cubre el rostro con una bufanda que le sirve para proteger la garganta de las frías noches, y permanece inmóvil durante unos minutos. Escucha hasta el respirar de los búhos. Cuando su oído y su instinto le aseguran que no hay personas cerca, desciende sigiloso hasta una gran fuente con grueso chorro de frías y limpias aguas. En esta pequeña explanada, ganada a la montaña a golpe de pico y pala, busca una de las señales que su compinche el Purri le tiene preparado. En esta ocasión, la marca, cuyo significado solo ellos dos conocen, es una piedra grande, más o menos achatada, del tamaño y forma de un melón y sobre ella, dos piedras menores, que le informan de la presencia o no de peligros en la ruta.

— ¡Bien! —Dice el Sevillita— La noche de luna llena y dos noches más, el camino estará libre de guardias porque mañana estarán muy entretenidos, sofocando un incendio

en el pinar de Barberte.

Continúa con el código de señales; arroja a un lado las dos piedras pequeñas, levanta la grande y deposita unas monedas como pago por los servicios prestados.

Más relajado, acarrea a Ronco hasta la fuente para que beba, sin dejar de mirar a su alrededor. La luz de la luna le muestran esparcidas por el suelo otras piedras — algunas de ellas verdaderos petroglifos— cuyo significado conocen únicamente sus propietarios, sean carboneros, arrieros, furtivos, leñadores, contrabandistas...

Ya son cerca de las cinco de la madrugada cuando la pequeña caravana se aproxima al exiguo cauce del río Rocinejo, muy cerca de su destino en el deshabitado Molino Castro. El fiel Roque, que conoce a la perfección estos parajes, lanza dos ladridos secos y cortos. Él también está deseando llegar porque, además del merecido descanso, podrá ver a su cachorro, un estupendo macho de seis meses fruto de su relación con una loba domesticada por un ganadero de Ubrique y que está siendo instruido para convertirse en su digno sucesor.

El hijo de Roque —aún no le han puesto nombre— permanece oculto en el molino desde que fue destetado, alejado de otros seres humanos amarrado con una cuerda a una gran piedra de molino. Una pequeña caseta de madera es su hogar y un par de veces a la semana, El Purri le lleva algo de comida a la vez que coloca las correspondientes señales pétreas para mantener informado al Sevillita.

El futuro del hijo de Roque parece que ya está escrito; en unos días, a su regreso a Los Barrios, recibirá la misma “instrucción” que ha recibido el padre, le ha llegado la hora de ir conociendo los caminos y veredas transitados por el amo. El plan del Sevillita contempla que cuando Ronco y Roque entreguen la preciada mercancía en las cercanías de

Medina Sidonia, el cachorro les acompañará en el viaje de regreso. Pero antes, el Sevillita visitará a varias meretrices que prestan sus servicios en alguna de las ventas que hay apostadas en la cuneta de la carretera que une Jerez con Los Barrios. Allí se emborrachará y contará que ha tenido suerte con un par de manos de cartas; dos días después — siempre amparado por el anonimato— desaparecerá y no se sabrá nada de él hasta que se le acabe el dinero y decida realizar otro “trabajito” atravesando las sierras gaditanas.

Ya en el Molino Castro, se siente a salvo. Como en otras muchas ocasiones, descarga la mercancía, da de comer a los animales y lo prepara todo para pasar el día oculto a la espera que llegue la luna llena y acometer entonces la última y más arriesgada parte de su viaje.

MISIÓN: SALVAR A LOS PARACAS

—¡Apague las luces! —ordena el capitán Molero al conductor del Vauxhall unos metros antes de llegar a lo más alto de la Loma del Puerco. Acaba de amanecer y la luz del sol comienza a iluminar toda la costa, en un par de minutos llegarán a la casa cuartel de la Guardia Civil en la Torre del Puerco.

La visita del capitán es inesperada, pero no casual; según todas las informaciones llegadas a la Comandancia de Cádiz, en los últimos meses han aumentado considerablemente el número de desembarcos de contrabandistas en las playas gaditanas, pero la cantidad de aprehensiones de este pequeño destacamento de la playa de la Barrosa es, en comparación, irrisoria. El capitán, amigo de las ordenanzas y las estadísticas, quiere regresar a Cádiz con una explicación tanto del jefe de puesto como del resto de los agentes que componen la unidad.

—¡Deténgase aquí! —Molero recorre con paso firme los escasos cincuenta metros que separan su vehículo del cenit de la Loma. Es pronto aún para iniciar una revista de pabellón en la Casa Cuartel y decide hacer tiempo hasta que amanezca. Enciende un cigarrillo. Sus pensamientos retroceden siglo y medio en el tiempo. En ese mismo lugar, exactamente allí, en la Loma del Puerco, un ejército extranjero compuesto por tropas inglesas al mando del General Thomas Graham, lucharon por la libertad del pueblo español contra el ejército francés.

Un sentimiento de nostalgia hace girarse al capitán hacia el sureste, en dirección a África, donde hace unos pocos años, otro ejército, el español, luchó por la defensa del Sáhara.

— ¡Por vosotros, compañeros! —dice en voz alta saludando al astro rey que tímidamente comienza a levantar. —¡Por vosotros, compañeros! —repite ahora susurrando.

Los recuerdos aún calientes de Ifni le atenazan el corazón y su mente se retrotrae un par de años en el tiempo, hasta el amanecer de una mañana en la comandancia de aquella pequeña ciudad africana en la calle General Mola esquina con la calle Málaga, donde la Guardia Civil realizaba servicios de Resguardo Fiscal en el aeropuerto. Recuerda esa mañana que, con un puñado de guardias, partió al auxilio de sus compañeros paracaidistas asediados.

— ¡Muy atento, Lobo! —Dice el entonces el teniente Molero dirigiéndose a su sargento— Usted conducirá el camión, yo le precederé en el Vauxhall.

— ¿Va a ir al frente con su coche particular?

—¡Qué remedio, Lobo! Hasta mañana no tendremos más vehículos operativos que este viejo Pegaso y mi Vauxhall. ¡Acérquense! —Dice a su reducido grupo de agentes, alguno de ellos heridos levemente que le acompañarán como voluntarios en esta misión— Estoy seguro que los paracas están siendo atacados en la colina de la Luna Negra. Cuando lleguemos aquí —señala un punto exacto del mapa—, los hombres que no puedan andar o tengan limitados los movimientos, que se queden protegiendo los vehículos. El resto nos desplegaremos una vez sepamos cuál es la posición del enemigo. Es posible que nos estén aguardando, así que tendremos que estar muy atentos.

— ¿Cómo puede estar tan seguro el teniente del lugar donde están emboscados los paracaidistas? —susurra uno

de los guardias al Cabo Sánchez.

—No lo sé, tú calla y si quieres salvar la vida y la de los paracas, obedece.

El pronóstico se cumple: dos horas después de partir, el Vauxhall del teniente se adentra en la garganta de la Luna Negra, mientras el camión del sargento Lobo permanece detenido a una distancia prudencial para visualizar el posible ataque sin ser visto por el enemigo. Se escuchan los primeros disparos. Siguiendo al pie de la letra la estrategia preparada por el joven teniente, la escuadra de agentes desciende del viejo camión y toma posiciones. Molero y otros tres guardias han llegado a los pies de la colina. Apresuradamente, abandonan el Vauxhall y abren fuego concentrado sobre la posición enemiga, pero la ubicación dominante del enemigo y una coordinada cadencia de fuego de fusilería les hace retroceder unos metros hasta una zona desenfilada, allí cargan munición e intentan identificar fuegos para organizar la maniobra.

La situación es mala, no tienen posibilidad de retroceder ya que supondría la muerte segura de los agentes, no están adiestrados ni acostumbrados a guerrear, tampoco pueden abandonar a los paracas a su suerte. Molero, confiando que Lobo ejecutará las órdenes con total exactitud, ordena a la escuadra calar bayonetas y a la voz de “¡Por España!”, avanzan alternativamente apoyándose en su propio fuego.

Siete minutos después, sobre la colina de la Luna Negra, yacen los cadáveres de ocho enemigos abatidos por los disparos del grupo del sargento Lobo.

— ¡Una baja y dos heridos, mi teniente!

—¡Regresemos a los vehículos! Los paracas deben estar un poco más adelante, confiemos que hayan podido aguantar.

Lobo está ayudando a subir a los heridos al camión,

cuando recibe una ráfaga de una ametralladora enemiga. El grupo de insurgentes, que tiene acorralados a los paracaidistas, alertado por el fuego de los hombres de Molero, ha acudido tarde a apoyar a sus compañeros, pero han abierto fuego contra los Guardias Civiles españoles.

El experimentado sargento yace en el suelo boca abajo, aparentemente sin vida. El teniente ordena municionar a los cinco agentes restantes que se han refugiado detrás del camión e identifica el puesto enemigo.

Ordena al Cabo hacerse cargo de la defensa de esa posición con la misión de intentar distraer el fuego de la ametralladora, exponiendo al personal lo imprescindible, siempre procurando posiciones desenfiladas; mientras tanto, él tratará de realizar una maniobra individual envolvente, peligrosa, de escasa probabilidad de éxito. Sincroniza con el Cabo intervalos exactos de tiempo para establecer una secuencia de fuego. La vida o la muerte de los paracas que pudieran quedar, la de sus hombres y la suya propia dependen de la exactitud del cumplimiento de las órdenes.

Aprovechando sus aptitudes atléticas, instrucción individual de combatiente y su espíritu guerrero, el teniente Molero comienza la aproximación envolvente al puesto de ametralladora enemiga. Los fuegos de distracción de la unidad del Cabo son ejecutados con precisión. Cuando los agentes abren fuego, el teniente avanza en la posición. Esta disciplina de fuego le permite aproximarse hasta escasos veinte metros del enemigo; decide recorrer ese tramo reptando, empuñando su pistola reglamentaria de 9 mm, y aparece detrás de los tres hombres que sirven la ametralladora.

— ¡Alto a la Guardia Civil!

LA CHUMBERA

Una brisa fresca peina el Parque Natural de los Alcornocales. Agustín se siente seguro y tranquilo, no ha conseguido enlazar un sueño profundo que durase más de una hora, pero una extraña sensación de satisfacción le mantiene con la moral muy alta; ha llegado al final del trayecto y ahora únicamente queda culminar la misión.

Oculto tras las ruinas de la vivienda, la espera se le hace interminable. Se levanta para desentumecer los músculos porque se le ha dormido la pierna derecha y, para recuperar la circulación, da unos golpes con el pie contra el suelo. Al hacerlo observa que se le ha caído el cromó que guarda para su hijo Santiago, una estampita que muestra al rey de la selva.

—¿Qué puedo regalar al chiquillo para su cumpleaños?, piensa al recordar que en unos días, Santiago cumple los trece años.

El chirriar de las chicharras se vuelve atronador cuando el sol ha pasado su cenit. Ese monótono y estridente sonido le garantiza que no hay nadie por los alrededores y decide entonces salir del escondite para inspeccionar el pequeño claro de bosque donde tiene preparada la emboscada. Una vez más verifica in situ que el bandolero, cuando traspase la cerca del ganado, no podrá huir hacia atrás, ni tampoco a izquierda o derecha, porque un tupido muro de chumberas se lo impide. Estos cactus forman un compacto e infranqueable muro vegetal

de miles de púas, salpicado por decenas de higos, unos son de color verde —porque aún no han madurado— otros son amarillentos y por último los anaranjados, tonalidad que delata el óptimo estado de madurez. Lucena se acerca a la chumbera y al mirarla no puede dejar de escuchar sus propios borborigmos recordándole que es hora de comer.

—Tengo hambre —piensa, al contemplar ese regalo de la naturaleza.

Con el mayor sigilo, y sin dejar de prestar atención a los sonidos de la naturaleza, busca por los alrededores una rama que le sirva de herramienta con la intención de arrebatarse a la punzante propietaria tan extraordinarios frutos. Tras unos minutos de búsqueda encuentra el utensilio perfecto, una rama de quejigo que, por su longitud y firmeza, es apropiada para estos menesteres, ya que uno de sus extremos finaliza en forma de V —antiguo nudo de dos ramas más pequeñas— que sin duda le será de la máxima utilidad. Estar solo, como se sabe, tiene ciertas ventajas por ejemplo, hacer lo que a uno le dé la gana sin dar explicaciones a nadie.

El agente comprueba una y otra vez que las chicharras no dejan de chirriar y después de verificar que todo está tranquilo y nadie se aproxima por los alrededores, procede a iniciar el “asalto a la higuera de los cristianos”, después de haber elegido a la más grande de las chumberas. Se quita la capa y el tricornio, apoya el arma en una gran piedra y alarga la rama hasta uno de los higos aparentemente más maduros. Con precisión de cirujano, coloca el extremo en forma de V debajo del higo y, suavemente, lo desprende de la chumbera, con la precaución de que se quede encajado en el vértice y no se caiga al interior de la higuera. De ser así, las largas espinas que protegen las carnosas hojas harían irrecuperable el fruto caído. Repite, con gran maestría, al menos una

docena de veces esta quirúrgica operación de capturar alimento con saldo muy positivo, porque de todos los intentos solo dos han fracasado.

Una vez sorteadas las enormes púas de la higuera, Agustín se enfrenta al peligroso reto de primero, limpiar de pinchos el exterior del higo; segundo, quitarle la carnosa envoltura; y por último, comerse el fruto. Todo ello ha de hacerlo sin tocar el higo con los dedos. ¿Por qué? Porque está recubierto por miles de pinchitos tan finos como pelillos. Cuando el fruto está verde, las púas están duras y no se pueden desprender, pero cuando han madurado, se vuelven suaves y solo con rozarlos se clavan en la piel, resultando después difícil la extracción al ser prácticamente invisibles.

Con todas las precauciones, hace uso de los pies para hacer rodar suavemente los higos por el suelo, de tal forma que golpeándose los unos con los otros o rozándose con el suelo y las piedras, se desprendan las púas. Esta operación la realiza muy despacio, hasta que consigue acarrear la docena de higos a un lugar con sombra. Al resguardo del sol, sentado en una piedra, recoge las prendas y el arma, y saca la navaja. Con la ayuda de un palito, a modo de tenedor, sujeta el higo mientras corta la parte superior e inferior de un hermoso ejemplar —casi del tamaño de un limón— A continuación, le hace varios cortes longitudinales en la piel y, con mucho cuidado, separa esta del húmedo y sabroso fruto. El higo aparece ante sus ojos desnudo de la coraza natural, momento en el que lo trincha con la navaja y le pega un primer bocado llenándose la boca de frescor, sabor y también de pipos que intenta no masticar —algunos son del tamaño de las pepitas de las uvas— para no lastimarse las muelas, permite que todo el trabajo lo haga la lengua, los labios y el paladar, hasta que una vez deshecho en la boca, lo traga. Los granos también.

— ¡Uhhmmmm! ¡Gracias, Virgen de todos los Santos, por permitir que Colón descubriera las Américas!

La operación la realiza tantas veces como higos ha capturado a la chumbera y decide no tomar más, no porque no tenga más hambre, que la tiene, sino porque la experiencia le ha demostrado que ingerir muchas semillas de higo le ocasiona un “atasco intestinal”, cuyas consecuencias puede sufrir durante una semana.

—¡Gracias, preciosa! —susurra a la higuera en agradecimiento a tan extraordinario alimento que su maltrecho cuerpo ha recibido como salvador reconstituyente.

Saciado en parte el estómago, decide uniformarse de nuevo y regresar al puesto de vigilancia, oculto y a cobijo. Desde la sombra que le ofrece el alcornoque, observa la quietud de las ramas, parece como si los árboles estuvieran pintados. El monótono canto de las chicharras le garantiza que no hay nadie en los alrededores. Tanta calma le hace caer en un profundo sopor y, apoyándose en su mosquetón Mauser, se queda dormido.

EL PEZ ARAÑA Y EL POLILLA

Esa misma mañana, a no muchos kilómetros de allí, en la playa de la Barrosa, su hijo Santiago está participando en las labores de extracción de la pesquería, con tan mala suerte que, habiéndose introducido dentro de la red para sacar un par de grandes peces no comestibles, pisa un pez araña que le pica en la parte posterior del tobillo. Los gritos de dolor del crío apagan las voces de los pescadores y hace enmudecer al resto de los pequeños compañeros de faena. Por suerte, la mujer de Orellana, que está preparando la comida en la arena seca, se acerca presurosa. Sin mediar palabra, coge a Santiago en volandas y con paso firme lo traslada al lugar donde está cocinando a fuego lento una olla de chocos con papas. La señora Orellana, al apreciar cómo se ha inflamado el tobillo a causa del veneno inoculado por el pez, con cariño pero sin miramientos y ante los ojos de la chiquillería que no quiere perderse detalle, protege su mano con un trapo, coge varios trozos de leña quemada y, directamente, los comprime contra el tobillo dañado con la intención de cauterizar la herida.

Santiago no llora, Santiago no grita, mira desconcertado a la señora Orellana, e intenta comprender por qué le infringe tamaño dolor. Santiago pierde el conocimiento.

La pobre Mari casi muere de un un infarto al ver cómo

Orellana padre porta en brazos a su hijo que, inconsciente, mueve la cabeza como un péndulo, como si yaciera muerto.

Un par de horas después la inflamación del tobillo se ha reducido considerablemente y los besos de la madre, junto a una buena ración de boquerones fritos, reaniman al niño por completo.

De no haber actuado con esa celeridad y contundencia la señora Orellana, la neurotoxina que le inyectó el pez araña —dada su corta edad y su bajo peso— habría podido acabar con su vida. Esta mujer sin conocimientos médicos aplicó calor —como de joven le habían enseñado— a la zona inflamada, consiguiendo que el veneno, al ser termolábil, alterase su composición química y minimizara la toxicidad salvando la vida del joven.

El caso es que, después de transcurridas doce horas desde la picadura del pez araña, Santiago ha mejorado ostensiblemente y la inflamación ha desaparecido casi por completo, pero la madre le obliga a mantenerse inmóvil el mayor tiempo posible.

Ante esta inesperada situación de convalecencia, se sienta en una silla a la puerta del cuartel junto al agente Galván haciéndole compañía en la aburrida tarea de vigilar las entradas y salidas del acuartelamiento.

— ¡Quiero ser un polilla! —dice Santiago así, de sopetón.

— ¡Ja, ja, ja! —Ríe Galván— ¿Un polilla? ¡ja, ja, ja! ¿Y tu padre qué dice?

—No sé —responde encogiendo los hombros.

—¿Quieres ir al Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro?

—No sé, pero de mayor quiero ser Guardia Civil.

— ¡Ja, ja, ja! —Vuelve a reír Galván, ante la sorpresa

del joven que no le ve la gracia.

—Primero, deberías hablar con el Cabo, si no cuentas con su autorización, no podrás iniciar todos los trámites necesarios.

Atraída por las carcajadas de Galván, aparece ella, la más bella. Se acerca caminando muy despacio hacia la entrada del acuartelamiento. Pilar, vestida con un precioso vestido estampado de flores primaverales, se acerca a ellos antes de entrar al patio a beber agua. Dulcemente, la jovencita mira y pregunta al nervioso muchacho por su pie, se agacha, retira la negra melena que le cubre parte de la cara, y Pilar le concede un corto pero dulce beso en la mejilla. Hecho maravilloso y, sobre todo, inolvidable.

Este gesto de “amor” es el impulso que necesita Santiago para armarse de valor y, cojeando, llegar hasta la puerta abierta del despacho de Chacón.

— ¿Da usted su permiso señor Cabo? —pregunta muy digno, en una graciosa y exagerada posición de firmes.

— Pasa, pasa. ¿Cómo va ese pie?

Santiago se sorprende por la pregunta del Cabo interesándose por su salud, cuando él, tiene el rostro irreconocible, brillante como el charol de un tricornio por la cantidad de emplaste de aloe vera que su mujer no cesa de untarle, y una expresión del semblante extraña para el joven. A Santiago se le hace difícil identificar al Cabo ante la ausencia de bigote, cejas y pestañas.

— ¡Quiero ser un polilla!

Chacón no responde, queda sorprendido por la determinación de las palabras del joven que mantiene la posición de firmes.

— ¿Tu padre que dice? —pregunta después de unos interminables segundos.

— No sé —responde encogiendo los hombros.

—¿Cómo vas en el colegio con la lectura y la escritura?

— ¡Muy bien señor! —Responde Santiago con la barbilla exageradamente elevada forzando la posición de firmes. Mi madre me hace leer y escribir todos los días. Escribo muy bien señor.

— ¡Bien, bien, bien! Entonces, esperaremos a que tu padre regrese del servicio. Mientras, antes de que te arrepientas, te vas leyendo esto —Chacón se levanta y busca en el interior de un armario abarrotado de informes y legajos. Toma —le entrega un pequeño librito, de menos de cien páginas en cuya cubierta aparece un escudo y lee en voz alta

— Guardias Jóvenes, Reglamento de 1864.

Santiago lo recibe con las dos manos abiertas, como si de un verdadero tesoro se tratase. Regresa a la posición de firmes y, girando su cuerpo ciento ochenta grados, da media vuelta aguantando sin pestañear el dolor del pie.

— ¡Santiago! —dice el Cabo para que el joven regrese— Si te esfuerzas, puedes llegar a ser un gran Polilla, por tus venas corre sangre de Guardia Civil, ya sabes lo dura que es esta vida y nuestro honor nos obliga a grandes sacrificios hacia los demás —el Cabo mueve ligeramente el dedo índice de la mano derecha señalando al rostro. No olvides nunca el artículo uno de la Cartilla del Guardia Civil, es lo primero que aprenderás si decides ir al “Corralillo” que es como familiarmente denominamos al Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro...

“El honor ha de ser la principal divisa del Guardia Civil; debe por consiguiente conservarlo sin mancha. Una vez perdido no se recobra jamás.”

Santiago no dice nada, asiente con la cabeza y sale de la dependencia. En el exterior los amigos juegan. Santiago decide sentarse en uno de los poyetes del patio, está ensimismado observando la cubierta del pequeño libro del

tamaño de un catecismo de la primera comunión; no se atreve a abrirlo, sabe que, si lo hace, su vida no volverá a ser la misma. Respira hondo y apoya los codos en las rodillas mientras sostiene el reglamento con las dos manos; lo abre por el final. Ochenta y seis páginas, no es mucho —piensa. Las dos últimas están dedicadas al índice, que comienza con Reales Órdenes y Reglamentos, detallando las funciones de los sargentos, los Cabos, los maestros, el médico, el capellán etc... y parece no interesarle. Con sumo cuidado, pasa hasta la última página del índice, y el corazón le da un brinco... Capítulo III Reglas para la admisión de Guardias Jóvenes página 39. Con la mano izquierda sujeta con firmeza el documento y con el pulgar derecho, deja que las hojas aleteen con cuidado deteniéndose en la página deseada. Lee en voz alta:

*“Capítulo III Reglas de admisión de Guardias Jóvenes. Artículo 71:
Para ingreso en la compañía de Guardias Jóvenes se observarán las reglas siguientes: 1ª Serán preferidos los hijos de los Subalternos del Cuerpo muertos en función del servicio, que lo soliciten. 2ª Los hijos de las clases de tropa que también hubiesen perdido a su padre en funciones propias de su servicio...”*

El desánimo invade el corazón de Santiago. No cumple ni el primero, ni el segundo de los requisitos, pero tampoco el tercero y el cuarto. Triste y abatido cierra el Reglamento. No entiende que nadie le haya advertido de este infortunio, porque Galván y el Cabo Chacón saben que él no es huérfano. ¿Será que su padre ha muerto y no se lo quieren decir? Un escalofrío le recorre el cuerpo. Apoya la espalda en la fría pared y cierra los ojos. En ese momento recuerda las palabras de su madre “...hay ocasiones en las que aceptan a hijos de Guardias Civiles aunque no hayan fallecido, por ejemplo, si quedan plazas vacantes sin cubrir”.

— ¡Claro! —exclama exaltado, para a continuación, regresar a su abatimiento.

— Tiene que haber plazas libres y que mi padre sea un héroe o realice una gran hazaña y ninguna de ellas depende de mí. Decepcionado, pero no vencido, regresa a la página 39 y relee el punto 1º del artículo 71 “...1ª Serán preferidos los hijos...”

— ¡Qué bien! —vuelve a crecer su ánimo— si en 1864 dicen esto, entiendo que tengo muchas posibilidades de encontrar plaza. Lo demás, depende de mi padre.

LA CAPTURA

Agustín no puede calcular cuánto tiempo ha estado durmiendo, pero no han debido de ser más de tres horas porque cuando despierta, sobresaltado por el trinar de los pájaros, aún siente en la boca el dulce sabor de los higos chumbos.

Por la inclinación del sol, deduce que aún quedan varias horas para que anochezca. Aburrido, se levanta para desentumecer las piernas y decide que es mejor no salir de su escondite para coger más higos, prefiere pasar un poco de hambre antes que sufrir una indigestión o un atasco intestinal de primer orden. Apura lo poco de pan que queda en la cartera de camino y, de postre, tres trozos de chocolate derretido que aún conserva. Ha sido tanto el calor durante la jornada que, para comérselo, debe hacer uso del dedo —a modo de cucharilla— y rebañar tres de las cuatro porciones, conservando la última para más tarde.

La calma es total. Un tenue olor a humo comienza a invadir la sierra gaditana.

—Huele... uff, uff... a pino quemado, seguro que ya han prendido fuego al Pinar de Barbate. —¡Sé que estás ahí, Sevillita!, piensa, mirando la espesura del bosque.

La noche se adueña de los Alcornocales. La luna ilumina tenuemente el claro del bosque al que Agustín no le quita ojo. Las chicharras hace tiempo que guardan silencio y ahora son los grillos machos los centinelas de la

oscuridad. A lo lejos se escucha el ulular de un búho.

— Debe ser cerca de media noche, piensa, mientras bebe un sorbo de la cantimplora. Un ruido extraño llama su atención. Ha oído algo. Los grillos han dejado de chirriar. Inmóvil espera a que se repita algún sonido para intentar identificarlo. Silencio.

Lucena —cual perro de presa— mueve ligeramente la cabeza para dirigir los órganos auditivos de izquierda a derecha.

— ¡Ya está! —piensa con la alteración de la sorpresa al volver a escuchar ese sonido extraño. — ¡Ha sido un bufido!

El guardia intenta mantener la calma, se le empieza a nublar la vista y no consigue enfocar con nitidez la verja que ha de cruzar el bandolero. Vuelve a escuchar otro sonido extraño, ahora más parecido a un pequeño rebuzno. Está confuso. Por momentos, la noche parece cerrarse. Las manos comienzan a sudarle y, con cuidado, carga el arma dejándola dispuesta para, si fuera necesario, abrir fuego. Se frota los ojos, ya no distingue la cancela.

—¡Por Dios, no desaparezcas ahora! —susurra Agustín mirando hacia la luna— ¡Dios! —descubre atónito cómo está siendo engullida por una sombra. Los grillos se han callado y el búho ya no ulula. —¡Luna Negra!

Su corazón se dispara y la adrenalina comienza a fluir a borbotones por las venas, está escuchando los resoplidos del animal. La oscuridad es total. La noche se ha cerrado.

—¡Ya está aquí!, grita para sus adentros, pero no consigue ver nada. Únicamente vislumbra cómo un gran bulto negro abre la verja.

Debe, inmediatamente, modificar todos sus planes. Ya no puede permanecer oculto, los quince metros desde su puesto de vigilancia hasta el lugar donde se encuentran, se han convertido en una distancia inmensa sin visibilidad. No

puede permitir que se aproximen demasiado porque su plan peligraría. Observa, por la forma y el tamaño del bulto, que se trata de una persona con un gran animal que le acompaña. Escucha cómo cierra la cancela.

Agustín está a unos diez metros... decide salir al encuentro para, por lo menos, no perder la ventaja del factor sorpresa.

—Gruuuuuuuuuuuu —un perro gruñe. Se asusta porque no se ha percatado de su presencia, pero reacciona inmediatamente.

— ¡Alto a la Guardia Civil!

Agustín siente cómo le tiemblan las piernas. El perro no deja de gruñir. Sostiene con firmeza su Máuser y, aunque nunca ha disparado contra nadie, tiene muy claro que si ha de usarlo, lo usará. Por instantes, nota cómo las glándulas salivares dejan de funcionar y la boca se le queda seca, seca y áspera, no encuentra saliva para tragar. No puede articular ninguna palabra.

El Sevillita se percata de que está acorralado, no tiene escapatoria...

— ¡Mata, Roque! ¡Mata!

El mixtolocho, obediente y perfectamente adiestrado, inicia la carrera para lanzarse sobre el cuerpo del guardia. Agustín permanece inmóvil y, cuando la sombra del perro comienza a transformarse en un animal real —surgido del infierno— sin pensárselo dos veces, dispara el arma y el fiero animal cae fulminado a sus pies al haberle atravesado el cráneo el certero proyectil.

El Sevillita comprueba que Roque ha fracasado en el intento de anular al guardia; Roque no ha conseguido clavarle sus afilados dientes en el brazo o en la pierna, de haberlo logrado, el Sevillita hubiera podido sortear al guardia. Desesperado ante la dificultosa situación y sin intención alguna de entregarse a la autoridad, sube de un

salto a la grupa del animal y le sacude un fuerte manotazo en uno de los flancos e inicia la galopada.

— ¡Aaaaaaaaah! —arremete contra Agustín. Si el guardia no se aparta o huye, le arrollará con el pecho de la mula. Está acorralado y debe huir.

Agustín, en un rápido movimiento, carga de nuevo el mosquetón, no entiende por qué el Sevillita no se entrega.

— ¡Alto! —repite, mientras observa cómo la masa negra se le echa encima.

Ronco, que con el primer disparo parece haberse desbocado, se lanza ciego de odio hacia el guardia espoleado por el amo. Agustín permanece inmóvil, siente el calor del cuerpo de Roque en los pies. Está decidido a echarse a un lado para evitar ser golpeado por el animal. No encuentra el sentido, no tiene por qué haber más víctimas, si hoy no puede detenerle, no importa, ya tendrá otras ocasiones. Para apartarse de la dirección que ha tomado la mula, da un paso hacia la derecha, pero el animal, fuera de sí, parece no conocer las intenciones de huir y le enfila de nuevo con propósito de embestirlo tal y como le enseñaron siendo un potrillo. Agustín, sorprendido por la reacción del contrincante, hace amago de dar otro paso lateral hacia la derecha cuando se percata que el Sevillita, con el rostro cubierto, saca la mano izquierda de la alforja empuñando un objeto, que el guardia piensa puede ser una pistola.

Lucena, temiendo por su vida ante la amenaza de recibir un disparo, levanta el arma y dispara de manera instintiva, ya sin tiempo de apuntar. En ese instante siente un golpe en el pecho, otro en la cabeza y cae al suelo sin sentido.

LA HUIDA

La luna llena ha regresado para mostrar todo su esplendor e iluminar la explanada donde yace Agustín Lucena tumbado boca arriba. Aturdido, comienza a incorporarse. El dolor en el pecho y en la cabeza le obligan a moverse muy despacio hasta que consigue sentarse en el suelo. Intenta recordar lo que ha ocurrido hace, según él, unos minutos, aunque en realidad han sido varias horas las que ha permanecido en el suelo sin sentido. Intenta reponerse de esta curva inesperada del destino.

— Hoy es mi día de mala suerte.

Entre las piernas está el Máuser apuntando hacia los pies; mira a la izquierda y descubre el cuerpo inmóvil de Roque, que continúa tal y como él recuerda. No quiere levantarse aún, se encuentra mareado y no se siente con fuerzas para mantener el equilibrio. El dolor de cabeza es insoportable y los chirridos de los grillos le retumban en las sienes. Se toca en la frente y descubre, por el intenso dolor que siente al rozarla, que está herido.

Poco a poco, muy lentamente, allí, sentado en mitad del pequeño claro del bosque, va tomando conciencia de todo lo que ha ocurrido, de la situación actual y lo maltrecho de su cuerpo. Se toca la cara y palpa la sangre seca que le cubre toda la parte izquierda del rostro. Vuelve a tocarse la herida, se mira los dedos y se percata que ya no sangra. Se lleva las manos al pecho, que también le duele, aunque tiene la impresión de que Ronco, más que

cocearle, se ha limitado a empujarle, porque si realmente le hubiera golpeado como golpean estos animales, la patada del pecho o la de la cabeza bien podían haber sido mortales. Se siente extrañamente aliviado y feliz, como si algún designio superior hubiese obrado un pequeño y oportuno milagro. Consciente de ello, mira hacia el iluminado cielo y se santigua, dando gracias a la Virgen por no haber muerto en el estúpido intento de detener al Sevillita para, a continuación, maldecir su mala suerte al no haber realizado ni siquiera la aprehensión de la mercancía. Ni contrabandista, ni mercancía... ni ascenso.

Pasados unos minutos siente que se va recuperando. Usa el arma larga como garrota, se ayuda y se pone en pie. Por el dolor cree que puede tener rota alguna costilla. Aunque aún es de noche, decide bajar al arroyo para lavar y refrescar la cara. Sumerge la cantimplora y una vez llena, vierte el contenido sobre el dolorido rostro, mientras que con la otra intenta limpiar la herida, pero el fuerte dolor en el pecho le impide levantar el brazo derecho más arriba de la frente vertiéndose la cantimplora sobre el pecho. Resopla dolorido, mientras espera que la pequeña corriente de agua arrastre el lodo que ha removido al llenarla. Cuando el agua vuelve a estar limpia, toma de nuevo la cantimplora y bebe abundantemente de ella, a continuación, limpia la herida de la frente ayudado con el sufrido pañuelo blanco, que enjuaga y coloca en la cabeza a modo de vendaje para que proteja la brecha, evitando así la entrada de suciedad y polvo.

Penosamente, regresa a la explanada, no hay rastro del Sevillita ni de la mula. Cabizbajo, se acerca al cuerpo sin vida de Roque, le descubre la manta que tapa el género de contrabando y observa, para su sorpresa, que el perro transporta una gran cantidad de penicilina en pequeñas cajas de madera. De rodillas, haciendo uso de la mano

izquierda —el brazo derecho lo tiene inutilizado por el dolor— abre con la navaja una de éstas y descubre los frascos del antibiótico protegidos con algodones; aparentemente todas las dosis están en buen estado y ninguna se ha roto. No sabe cómo, pero tiene que buscar la manera de transportarlas hasta el cuartel de Alcalá de los Gazules y dar parte de todo lo ocurrido, pero está muy cansado y herido. Súbitamente, cae en la cuenta que el Sevillita puede regresar a recoger tan valiosa mercancía, así que decide arrastrar la penicilina y esconderla. Más tarde regresará con otros guardias y la recuperará.

Antes de ponerse en pie y marchar, observa que en el cuello del perro hay una chapa metálica donde está escrito el nombre: Roque. Desata el collar de cuero del cuello y se lo guarda en el carniago, necesita la identificación para realizar el correspondiente atestado. Entristecido, decide retirar el cadáver de la explanada para que los buitres no devoren lo que puede ser una prueba judicial de su intervención. Para esconderlo, arrastra el cuerpo del animal por el rabo hasta ocultarlo bajo la chumbera, la misma que la tarde anterior le había regalado los frutos. A duras penas, cubre el cuerpo con piedras que encuentra en los alrededores y lo abandona allí. La penicilina incautada la deja escondida entre las ruinas que le han servido de cobijo durante un día entero.

Agustín, impulsado por el deber, parece repuesto del susto y de las heridas. Recoge con dificultad la pesada capa, e inicia la marcha hacia Alcalá de los Gazules cuando, a una decena de metros, escucha un ruido entre el sotobosque. Se detiene y carga de nuevo el mosquetón. Permanece atento a cualquier movimiento a su alrededor.

— Purrrrrrrrrrrrssss, escucha detrás de un madroño: es el resoplido de un caballo. ¿Será la mula del Sevillita?

— ¡Alto o disparo! —Grita contundente— ¡Salga con

las manos en la cabeza! ¡No lo repito más, salga o disparo!

No hay respuesta, únicamente otro bufido del animal.

Muy lentamente, con el arma cogida con firmeza y aguantando el dolor del pecho, bordea el madroño hasta alcanzar a ver los cuartos traseros de la mula, se detiene y retiene durante unos segundos la respiración. Muy despacio la rodea. Está sola y tiene toda la mercancía sobre el lomo. No es una mula, es un burdégano y no hay rastro del Sevillita. Con cautela se acerca por detrás. El animal, que le ha escuchado, gira la cabeza y al verle, relincha y le rehúye, pero no puede escapar porque está atrapado en el frondoso sotobosque.

Agustín presiente que será difícil hacerse con el animal y con la mercancía, porque cada vez que le ve, intenta huir. Para solucionar ese problema, el guardia regresa al camino, deja apoyado el mosquetón en el tronco de un enorme quejigo, se quita el tricornio que sujeta el pañuelo sobre la herida, se despoja de la capa, de la pistola, de la guerrera y, por último, se quita la camisa, mostrando un torso blanco, casi enfermizo, un pecho al que hace años no le llegan los rayos del sol y parcialmente colorado del impacto de la bestia. Un color de piel que contrasta con el de su hijo Santiago quien, gracias a las horas que pasa en la playa al pie de la Casa Cuartel, exhibe un moreno oscuro, casi gris, igual al que tenía Agustín a esa edad.

Así, medio desnudo, con la camisa en una mano, se aproxima al burdégano que ahora parece más tranquilo; suavemente, coge las riendas y, con mucho cuidado, le cubre la cabeza con la prenda tapándole por completo los ojos y usando las mangas para atar la camisa por debajo del cuello. Con suavidad, coge las riendas a la altura del bocado y dirige al animal hasta el difícil sendero, y bajo un

quejigo le ata. Una vez uniformado pero sin camisa y debidamente armado, se coloca junto a la cabeza del animal y ase las cintas de cuero hasta el bocado con la intención de dirigirse cuanto antes hacia la Casa Cuartel de Alcalá de los Gazules.

De repente, duda. No sabe si regresar a la explanada y recoger la penicilina ahora que dispone de un medio de transporte. La distancia hacia el claro del bosque donde yace Roque es corta, pero el camino que ha recorrido es de difícil acceso, no tiene fuerzas para regresar, está muy cansado para rehacerlo y además la herida del dedo del pie está sangrando de nuevo. Demasiados impedimentos, prefiere iniciar la marcha tirando de las riendas y más tarde, con ayuda de otros guardias, culminar la misión.

HACIA LAS CUEVAS DE MARTÍN

—¡Lo he matado!, piensa el Sevillita, viendo al Guardia Civil tumbado en el suelo boca arriba, inmóvil y con la cara ensangrentada.

Presa del pánico, toda su arrogancia se desvanece en un instante y no piensa en otra cosa que huir. Ronco le ha derribado al encabritarse y ahora corre despavorido, asustado por el tronar del segundo disparo que ha realizado el agente a bocajarro.

— Nunca he matado a nadie —se repite una y otra vez.

El Sevillita puede ser un fanfarrón, un mujeriego, un holgazán y un jugador, pero no es un asesino. Hoy, sin embargo, en noche de Luna Negra, su suerte parece haber cambiado.

En la precipitada fuga, no se ha percatado que está herido en la pierna izquierda. Un profundo dolor le obliga a detenerse y recostarse en una gran piedra bordeada por el sendero que va hacia Patrite. El último disparo del Máuser del guardia le ha atravesado el muslo izquierdo; no le ha roto el fémur pero sangra abundantemente. Las manos le tiemblan de miedo y dolor, impidiéndole tirar con fuerza del pañuelo que coloca a modo de torniquete para intentar frenar la hemorragia.

— Dios mío, ¿Qué hago ahora? — se dice, pensando en el compañero del Guardia Civil que no debe estar muy lejos.

—Si me detienen, me condenan a pena de muerte o me meten en una cárcel el resto de mi vida. ¡Yo no quería matarle, ha sido el burdégano!, se lamenta para justificar la desgracia.

Asustado, mira a uno y otro lado intentando encontrar a Ronco, pero este no ha podido regresar al molino porque la cerca está cerrada. ¿Dónde estará? Si le busca, se expone a encontrarse con el otro guardia, no puede perder tiempo, solo quiere huir, alejarse de allí... Decide abandonar la vereda y dirigirse al cauce del arroyo Toro para luego intentar alcanzar el río Rocinejo.

Cuando consigue llegar al arroyo, tiene que detenerse, el dolor en la pierna comienza a ser insoportable. Allí, entre los enormes cantos rodados del cauce, busca alguna pequeña charca de agua limpia donde lavar la herida. Cuando la encuentra, se sienta, afloja un poco el torniquete y con la navaja se rasga la pernera del pantalón, desde la rodilla hacia arriba, hasta la ingle. Instintivamente, se gira para que la luna —que ahora se muestra en todo su esplendor— pueda iluminar el remanso de agua y, con la claridad, evaluar la gravedad de la herida de bala.

— ¡Dios mío! —exclama de dolor e impotencia cuando vierte agua sobre la herida. El proyectil le ha producido un orificio de entrada y otro de salida y la sangre no deja de manar. Con mano temblorosa, saca del bolsillo derecho del pantalón un pañuelo limpio y comprime el agujero. Con el cinturón sujeta la compresa con fuerza e intenta reducir el caudal de sangre hasta que siente que está bien amarrada y se guarda la navaja. Asustado, mira hacia uno y otro lado del cauce del arroyo, se siente vigilado, se siente perseguido y cada sonido que sale del bosque le produce un sobresalto en el corazón... un reptil, un ratoncillo, todos los conocimientos que tiene el Sevillita sobre los animales

que habitan en Los Alcornocales no le sirven para nada, el miedo le nubla la mente.

Sediento, se agacha para introducir las manos en el remanso del arroyo donde se refleja la luz de la luna llena, pero cuando los dedos entran en contacto con el agua, esta se vuelve turbia, se enrojece hasta hacer desaparecer el reflejo, y una luna roja le devuelve la imagen de la muerte dibujada en el rostro.

— Me voy a desangrar vivo piensa, mientras espera a que la exigua corriente limpie las teñidas aguas... y cuando la luna regresa para dejarse ver en el reflejo ondulante del charco, el Sevillita sacia la sed reponiendo parte del líquido vital que ha perdido por la herida de la pierna.

—¿Qué hago, Dios mío? —Pregunta en voz alta esperando que una voz del cielo le marque el camino a seguir— ¡Antes muerto que entregarme! —Se responde él mismo— No puedo ir a Alcalá en busca de un médico, porque seguro que me denuncia, tengo que buscar a alguien cercano que me ayude.

Le cuesta pensar, la gran cantidad de sangre que ha perdido hasta ese momento hace estragos en sus fuerzas, siente que se marea.

— ¡El Cafetera! —Exclama— Él podrá ayudarme.

Jesús Yuste, el Cafetera, es un carbonero que vive prácticamente todo el año en las cuevas de Martín, un extraño lugar —no muy lejos de los molinos— donde los más desposeídos viven en un hueco de tres por tres metros excavados en la sólida roca, sobreviviendo así en los meses de invierno. Este extraño personaje —en varias ocasiones compinche del Sevillita—, castigado por la vida, ha conseguido el sobrenombre del Cafetera por méritos propios, porque siempre que es detenido por contrabando, transporta ilegalmente la misma mercancía: café. En todas las ocasiones el argumento de su defensa es

el mismo: los kilos que acarrea son para “consumo propio”.

Dadas las circunstancias, el Cafetera es la única oportunidad que tiene el Sevillita. Su única opción es un carbonero acostumbrado a vivir alejado de la civilización, quien como otros muchos, ha debido adaptarse a un medio hostil y aprender todo tipo de oficios, desde confeccionar ropa hasta hacer pan. Pero al Sevillita lo que le interesa de él son los conocimientos de plantas y hierbas medicinales, necesita que le cure la herida.

— ¡Quien nada tiene, nada teme perder!

Decidido, se dirige a la finca Martín en busca de las cuevas cuando las primeras luces del alba comienzan a reflejarse en las copas de los alcornoques. El fugitivo ya no es capaz de levantar la pierna izquierda al caminar y la arrastra. A cada paso, un estremecimiento de dolor y un escalofrío causado por la debilidad y la pérdida de sangre le obliga a detenerse.

— ¡De esta no sales, Sevillita! —murmura, mientras cae derrumbado en los primeros metros del ligero ascenso antes de llegar a la cueva del carbonero.

TRISTE FINAL DEL SEVILLITA

— ¡Cafeteraaaa! —susurra, para no asustar a quien puede ser su salvador. Permanece en silencio a la espera de algún tipo de respuesta. Se acerca un poco más y vuelve a repetir la llamada anterior— ¡Cafeteraaaa!

Cuando consigue alcanzar la boca de la cueva, descubre que la cavidad está desierta, su morador debe estar colocando cepos —o perchas, como dicen por aquí— cerca del río Barbate, esa es la manera habitual de procurarse algunos pajarillos con los que alimentarse ese día.

El Sevillita, frustrado, se sienta en el suelo de la puerta con la espalda apoyada en la fría roca y comienza a llorar. Aquel lugar es una tumba.

—¡Antes muerto que entregarme! —No deja de repetir una y otra vez al recordar el cuerpo del Guardia Civil tumbado— ¡No ha nacido quien tenga cojones para detener al Sevillita! ¡Una sog a y al pescuezo!

Sin poder levantarse por el dolor de la pierna, se arrastra y rebusca en el camastro del Cafetera un cable de lazo para cochinos o alguna sog a, algo que le pueda ayudar, pero no encuentra nada.

—¡Maldita sea mi suerte, pasarme esto a mí, una noche de Luna Negra!

El dolor de la pierna es insoportable, cualquier movimiento, por ligero que sea, le ocasiona un tremendo sufrimiento, pero no quiere morir aquí, no quiere morir

así. Apretando los dientes, consigue ponerse de nuevo en pie, ayudado por una pala que usa a modo de muleta.

Ya es de día. Desde la puerta de la cueva mira hacia abajo y, a unos veinte metros, observa que bajo un frondoso alcornoque centenario hay una paca de alfalfa. El majestuoso árbol muestra orgulloso su tronco rojizo que, esa misma primavera los corcheros han despojado de la corteza. Esos mismos corcheros han construido un “ruedo”, una vez que limpiaron de helechos y palmitos varios metros alrededor. Y allí, al resguardo del alcornoque, hay una gran paca de alfalfa, alimento para las bestias, que los muleros de la última corchada han dejado en olvido. Allí está, como un improvisado altar preparado para ser usado en sacrificio.

Apoyándose en la pala, consigue llegar con dolor y paciencia hasta la paca. Con la ayuda de una piedra, la navaja y varios minutos de trabajo, el hábil contrabandista corta el cable metálico que mantiene compacto el bloque —con la apariencia de un gran terrón de alfalfa. El cable, de varios metros de largo, es más que suficiente para las pretensiones del desdichado estraperlista. Somnoliento, sediento, mareado, pero con la destreza que da haber fabricado lazos para cazar venados y jabalíes, prepara su última trampa mortal. Sabe que solo dispone de unos segundos y ha de hacerlo en un único intento.

Antes de subirse a la paca de alfalfa, saca del bolsillo de la camisa un puro a medio terminar; “Genio y figura hasta la sepultura”, piensa, mientras consume el último cubanita, que apaga a la mitad contra el reseco suelo. Con la mano ensangrentada, abre la tapa metálica del reloj.

— ¡Las ocho en punto de la mañana, buena hora para morir!

Con la ayuda de la improvisada muleta y apoyándose en el grueso tronco, se encarama encima de la paca sin

que esta se desmorone. Sobre la cabeza, a casi dos metros del suelo, una gran rama, de unos veinte centímetros de grosor, ha crecido paralela al suelo en busca de la luz del sol que las hermanas superiores le han negado durante décadas.

El Sevillita respira hondo, ata un extremo del alambre a la rama y se ciñe el lazo al cuello. Una lágrima cae por su rostro, piensa que nadie llorará su ausencia. No le queda nadie, la poca familia hace tiempo que no quieren saber de él, hartos de sus fechorías y trastadas.

El Sevillita sabe que ha llegado la hora de la verdad.

—No quedará nada de mí, ni el alma, porque el alma no es inmortal, es tan mortal como el cuerpo y, a veces, se muere antes que el cuerpo. Este es mi caso, nunca tuve alma, tal vez nació desalmado, no lo sé. Pero si tuve alma, la mía es mortal y parece que murió hace mucho tiempo.

Con los ojos cerrados espera la muerte con gallarda resignación y hasta con gratitud, porque no podría imaginar una manera más bella y perfecta de morir.

Siente en la nuca un frío seco, un frío polar, la boca exhala un espeso vaho. Aterido de frío, abre los ojos...

— ¡Hoy muere el Sevillita!

Levanta la pala y confiere un golpe fuerte y seco entre los pies. El sólido bloque de alfalfa se desmorona.

LA REVISTA DEL PABELLÓN

El vehículo del capitán Molero frena bruscamente junto a la verja de la casa cuartel de la Torre del Puerco, dejando tras de sí una densa nube de polvo, formada por la violenta fricción de los neumáticos contra el reseco suelo. El capitán, que ha pasado en La Loma casi una hora recordando a sus compañeros de África, desciende del vehículo. Ya es de día.

— ¡Barberá! —Dice Molero al chófer— No le quite ojo a la parte trasera de las viviendas, por si acaso.

El agente Galván —que hoy tiene servicio de puerta— ve descender a Molero del automóvil. Es la primera vez que el oficial se presenta en el cuartel en un vehículo de cuatro ruedas, normalmente lo hace en moto con sidecar propiedad de la Benemérita. Sorprendido, apenas tiene tiempo de tirar la colilla al suelo y gritar nervioso para que todos en el cuartel le escuchen:

— ¡Guardias, el capitán de la compañía!

El grito del Puertas retumba en las silenciosas paredes del pabellón.

— ¡Joder, el capitán! —se lamenta Chacón a su mujer, soltando la taza de café del desayuno y levantándose bruscamente a la vez que se abotona la guerrera. Presuroso, se dirige hacia la cancela de entrada. Cuando llega, se sorprende al ver el coche.

El resto de agentes que no están de servicio forman atropelladamente frente a la puerta del recinto, debajo del

lema de “Todo por la Patria” mirando hacia el mar en posición de firmes.

— ¡A sus órdenes, mi capitán, formada la fuerza sin novedad! —dice Chacón con saludo militar saliendo al paso del oficial. Tembloroso, observa que el gesto del rostro de Rafael Molero no es el habitual, intuye que no es una visita de cortesía ni de inspección rutinaria.

— ¡Vaya puro que me va a caer!, piensa simplemente, observando la cara del superior y mirando de soslayo el extraordinario automóvil.

Chacón realiza el correspondiente protocolo castrense de información de acontecimientos y vicisitudes acaecidas. Molero —con voz firme— se dirige al jefe de puesto y a los agentes formados; les expone brevemente el motivo de la visita y su malestar por los escasos resultados en el decomiso de efectos de contrabando. El capitán dirige unas frases de elogio al Cabo por el rescate del bebé de los Orellana mientras observa al detalle el rostro exento totalmente de vello y colorado como un cangrejo. Palabras que enaltecen el servicio de la guarnición por el amor al servicio y abnegado sacrificio para los civiles que viven cerca del cuartel.

Cuando finaliza la intervención, se dirige a Chacón y le pide que ordene posición de descanso.

—Comunique a sus hombres que hay revista de pabellón.

— ¡A sus órdenes, mi capitán!

Chacón, con paso rápido y firme, se dirige hacia los agentes, les comunica las intenciones del oficial y ordena romper filas. Todos parten rápidamente hacia la puerta de las viviendas. Molero, para conceder unos minutos a las mujeres de los agentes a fin de que recojan los trastos, marcha hacia el coche a por la carpeta donde consignar las incidencias si las hubiere, que las habrá.

El capitán está tranquilo porque sabe que Barberá vigila las inmediaciones del cuartel. Se enciende otro cigarrillo mientras contempla los diez kilómetros de playa de fina arena que separan el acuartelamiento de la isla del Castillo de Sancti Petri. Esta fortaleza es una construcción que ha nacido, crecido, cambiado y renacido varias veces durante los últimos siglos. La isla no nació isla, originariamente se encontraba unida a Cádiz por una vía terrestre que en la actualidad se encuentra cubierta por el mar. A los vestigios de dicha unión, los lugareños lo llaman “el rompeolas”. Tampoco nació castillo, sino como uno de los santuarios más importantes de la antigüedad. Los historiadores afirman que el templo se fundó durante la guerra de Troya allá por el siglo XII a.C., como Templo de Hércules —también llamado Herakleion, proveniente del fenicio Melkart. La leyenda refiere que el mismísimo Hércules está enterrado bajo los restos de la actual fortaleza. Cuentan los estudiosos que los navegantes arribaban a este lugar para realizar ofrendas y sacrificios a los dioses y que en el interior del santuario abundaban los altares de bronce con el fuego sagrado, mostrando escenas de la vida de Hércules. Fue durante la época romana cuando el templo alcanzó su máximo esplendor, obteniendo el mayor prestigio bajo el mando del emperador Trajano, que nació en Sevilla, a pocos kilómetros de este mágico lugar. Por Sancti Petri han pasado personajes ilustres como Julio César o Aníbal, que llegó a la isla para ofrendar votos a su dios antes de partir hacia la conquista de Italia.

Hoy, la marea está siendo más virulenta que en otras ocasiones y han quedado al descubierto muchos metros a lo ancho de la playa con la bajamar. Molero es consciente que se encuentra en un lugar muy hermoso.

—Con esta marea tan grande —piensa el capitán, al

contemplar cómo han retrocedido las aguas —casi se podría llegar a pie hasta el castillo.

A su izquierda, hacia el sur, más kilómetros de playa hasta las calas de Roche.

El capitán entra en el patio por la verja y allí, junto a la boca del aljibe, se encuentra al Cabo en posición de firmes, esperando el inicio de la revista. Es, en ese momento de privacidad cuando Chacón, quitándole importancia a lo sucedido en las cabañas de los pescadores, consigue el arrojo y la serenidad suficiente para abordar al capitán sobre la ausencia del agente Agustín Lucena.

— Hoy es el día que Lucena debería encontrarse con el Sevillita.

— Lucena y usted están locos, más nos vale que salga todo bien, ahora vamos a comenzar la revista por el pabellón que alberga las viviendas de las familias, veremos qué sorpresas nos encontramos. —Acompáñeme, Cabo.

LOS MALOS A LA CÁRCEL

El capitán Molero comienza la revista de pabellón por la derecha, portando carpeta y lapicero —posteriormente, cuando esté en la oficina usará pluma y tinta para que el acta quede perfectamente redactada; en lo técnico y en lo formal.

La primera estancia en visitar corresponde al lavadero. Realiza un barrido visual por toda la habitación; empieza por el suelo, comprobando que ninguna de las losas están sueltas o deterioradas, después se da una vuelta alrededor de la pila que se encuentra en el centro y levanta la vista a media altura. Verifica el fregadero, las paredes... y por último, examina todo aquello que queda más arriba de la altura de los ojos, fijándose más detenidamente en las esquinas de los techos —de cuatro metros de altura—para verificar que no presentan humedades.

Cuando concluye, efectúa unas anotaciones en la carpeta y prosigue hacia la siguiente estancia —la vivienda de la familia Lucena— en cuya puerta se encuentra esperando Mari, la mujer de Agustín que sostiene en brazos a Pablito. Junto a ella Santiago, y entre sus piernas, medio escondida, la pequeña María, aún con cara de sueño y adormilada.

—Buenos días, señora Lucena —dice amablemente el capitán, a la vez que saluda militarmente a la nerviosa esposa. Mari está angustiada, espera que todo esté del agrado del oficial, porque ella se siente responsable de

todo lo que ocurre de puertas adentro en la vivienda aunque no sea de su propiedad.

Molero, acompañado por el Cabo Chacón, entra en la primera estancia, la que corresponde al comedor y cocina con chimenea y alacena de fábrica. En este lugar se desarrolla la vida diaria de la familia. El oficial examina el suelo, todo lo que hay a media altura y por último el interior de la chimenea y el techo.

—Tengo la cocina “patas arriba”, piensa Mari, al recordar que sobre la mesa permanece aún la taza de café con leche a medio tomar y unas cuantas galletas.

Se hace el silencio en el interior de la casa, Mari deduce que el capitán está ahora inspeccionando el dormitorio y el de sus hijos. Escucha el chirriar de las bisagras de la ventana. Otra vez se hace el silencio, Cuando Molero sale, saluda cabizbajo a Mari como pidiéndole perdón... A él no le gusta tener que realizar este tipo de inspecciones pero el reglamento así le obliga.

— ¡Capitán, capitán! —Se escucha desde el exterior del recinto la voz de Barberá, el conductor que acompaña a Molero — ¡Mire, mi capitán! —insiste.

Molero, rápidamente, entra de nuevo en la vivienda de Lucena y, desde la ventana abierta del dormitorio, observa a Barberá, que en una mano tiene varios cuarterones de tabaco y, en la otra, un sobre a medio abrir con lo que parece una importante cantidad de dinero. El guardia, sin bajar las manos, hace un gesto con la cabeza levantando la barbilla e indicando al superior que esos objetos han sido arrojados por la ventana de la vivienda contigua a la de Lucena.

Molero, con la cara desencajada, con mirada de León fiera y viva, sale precipitadamente hacia la siguiente vivienda, la de Luque, quien, al igual que la familia Lucena, permanece en la puerta con la esposa y la hija, esperando

su turno. Luque acompaña al oficial en el reconocimiento, momento que aprovecha Mari para entrar de nuevo en la cocina y comenzar a calentar la leche para que desayune Santiago. Prefiere comportarse con normalidad para que el niño no se asuste. Intuye que el jaleo será inminente.

Santiago, entretenido cogiendo la nata con un trozo de galleta, se sobresalta cuando escucha la potente voz del capitán, llamando al Cabo Chacón.

— ¡Cabo! ¡Arreste a este agente inmediatamente!

“El Guardia Civil debe ser prudente sin debilidad, firme sin violencia y político sin bajeza. No debe ser temido sino de los malhechores, ni temible sino a los enemigos del orden.”

El silencio en todo el recinto es absoluto. Mari permanece quieta, mientras Santiago le mira con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. El chiquillo no dice nada, sabe que algo grave está pasando y tampoco se atreve a moverse de la silla. Ahora escucha llorar a la mujer de Luque, asustada por las voces y, sobre todo, por el desconsolado llanto de su bebé.

Las carreras y los rumores se suceden en el patio sin que nadie, ajeno a los hechos, pretenda intervenir. Ahora las voces se trasladan un poco más lejos, a la vivienda que ocupan Galván y su familia. Minutos después, la revista llega al pabellón de enfrente y la vivienda del Cabo Chacón que no se libra de ser inspeccionada.

La familia Lucena termina el desayuno pero permanecen inmóviles. Mari, con las manos sobre la cara, muestra su desconsuelo por todo lo que está ocurriendo. A la familia Luque le espera lo peor: la expulsión inmediata del cuerpo, la deshonra y para Antonio, casi con total seguridad, la prisión militar.

En la sala de armas, el capitán interroga a un

desafiante Luque. El tono es acerado, de pura rabia contenida. Mientras, el Cabo escribe apresuradamente para confeccionar las diligencias previas. Una hora después, fuera del recinto, el golpeteo de las puertas del vehículo al cerrarse y el ruido del motor acelerando en dirección a la Loma, anuncia que todo ha pasado, la pesadilla ha terminado. El delincuente y colaborador de los contrabandistas ya está detenido.

REGRESO A ALCALÁ DE LOS GAZULES

Con agotador esfuerzo, Lucena llega a las cuatro casas que conforman el caserío de Patrite. Ronco, que ha caminado lentamente cegado por la camisa de Agustín, ha conseguido salir del bosque y ahora transita más rápido y cómodamente por un camino de carros y carretas.

El dolorido Agustín no tiene más remedio que continuar a pie tirando y guiando al animal; prefiere sufrir dolor a cada paso que despojarse de la capa y el tricorno para evitar que la mula se encabrite al reconocer el uniforme de la Guardia Civil. Así, entre las maldiciones de uno y los relinchos de otro, ya es de día. A lo lejos, el sol ilumina las viviendas más altas de Alcalá, a cuyos pies, decide descansar unos minutos mientras bebe un poco de agua en el Pozo Abajo, una de las fuentes que construyó el califa Yazula para evitar a los súbditos tener que recorrer grandes distancias en busca de agua potable. De, Yazula, le viene el nombre a esta preciosa localidad gaditana de Alcalá de los Gazules. En tiempos de la ocupación árabe se llamaba “*Qalat Yazula*” —el Castillo de Yazula— y con la reconquista, se cristianizó el nombre con el que actualmente se le conoce; “Alcalá de los Gazules”.

Una vez en la fuente, Agustín introduce la mano en el abrevadero hasta que el morro del burdégano siente la frescura del agua cristalina y comienza a beber. Cuando concluye, el guardia le amarra bien amarrado a una gran

argolla, se quita el tricornio y remoja el pañuelo para volver a ceñírselo a la frente, salvaguardando la herida del duro cuero. Instantes antes de partir, comprueba que los fardos de la mercancía incautada están bien asidos y ajustados al cuerpo del animal.

Examina la parte derecha, que parece estar correctamente. Cuando revisa el costado izquierdo, repara en los magníficos repujados de la silla de montar jerezana. Además de los dibujos sobre el duro y marrón cuero, descubre una mancha que afea el conjunto. Sorprendido, la tienta con la yema de los dedos —parece reciente— Sin lugar a dudas, la mancha es de sangre.

— ¿Habrá sido el segundo disparo que ha impactado y herido al animal?

Desconcertado, levanta la superficie de cuero y observa la zalea de piel de borrego que protege de las rozaduras el lomo del equino; no está manchado, la sangre no es de Ronco. Sorprendido por el hallazgo, una sensación de pesar nace en su corazón.

—Si la sangre no es del burdégano, tiene que ser del Sevillita —Yo no quería disparar a nadie, ha sido en legítima defensa, ha sido el contrabandista quien arremetió contra mí, causándome unas heridas que podían haber sido mucho más graves, incluso mortales —se repite varias veces mientras recompone la vestimenta y tira del bocado para que el animal suba por la carretera de acceso a Alcalá de los Gazules.

Hace mucho tiempo, más de un año, que no regresa a su pueblo natal y lo hace con paso lento, se siente como un muerto que puede caminar. El uniforme brilla de puro sucio y viejo, el pañuelo que le cubre parte de la frente se deja ver por debajo del negro tricornio sin funda protectora y con barba de varios días. Es consciente que está incumpliendo toda la normativa referente al aseo

personal que obliga la Cartilla; está sin afeitarse, con la cara y las manos sucias, las uñas manchadas y las botas en pleno proceso de descomposición.

Arriba, en el campanario de la iglesia mayor de San Jorge, están sonando las campanas en una apacible mañana de verano. Agustín se detiene unos instantes para recobrar el aliento y mira hacia el noreste, al majestuoso monte Picacho. A sus pies, se aprecian los efectos sobre el paisaje del bosque de niebla, un manto de espesa bruma que cubre la copa de los árboles más grandes y crea un microclima subtropical a ras del suelo que ayuda a la proliferación de las lianas, musgos y líquenes.

—Pobre animal. Piensa al escuchar un relincho de enfado. Agustín sabe que el burdégano, por culpa del adiestramiento recibido para rehuir a la Guardia Civil, será sacrificado como lo hubiera sido Roque de no haberle abatido.

Pero Lucena está en su pueblo; Alcalá de los Gazules, un lugar que ama inexplicablemente. A la altura de “la playa”, los paisanos que se cruzan con él le miran con asombro, pero ninguno le reconoce. Es difícil encontrarse a un Guardia Civil con esas trazas. En ese momento es consciente de su propia decadencia, de su creciente abandono higiénico, parece un hombre derrotado, sin ambiciones, resignado a una suerte mediocre, pero esto no puede ser así y se detiene. Respira hondo, sube los hombros estirando la espalda, ensancha el pecho, y con la mano izquierda desliza el tricornio por la cabeza haciéndolo retroceder hasta mostrar tres dedos de su blanca frente. Agustín Lucena ha entrado en el Parque Natural de los Alcornocales como un “Isidro” y ha salido convertido en un “caimán”.

En la esquina del bar Jamón, un grupo de cinco hombres hacen corro mientras fuman y charlan, están

esperando que les recoja un vehículo para participar en la extinción del incendio del Pinar de Barbate. Uno de ellos señala hacia el lugar por donde llega Lucena. El grupo al completo, ahora en silencio, le miran descaradamente.

Agustín, lejos de amilanarse, digno como una bandera, saca pecho y al acercarse advierte la presencia del Trompeta y el Fausti. Les mira sin pestañear, como quien mira a un objeto desconocido. Un ramalazo de euforia le recorre la espalda. Se siente orgulloso de ser quien es.

—Buen provecho con el cochino —dice el agente al llegar a su altura.

—Gracias —se le escapa al Trompeta.

—Hablaemos otro día, hoy estoy muy ocupado.

Los furtivos ya saben que si no son detenidos, es porque el guardia no ha querido, pero conoce sus fechorías.

Con una sonrisa bajo el espeso bigote negro, Lucena continúa camino hacia el cuartel, portando la valiosa carga, pero, una decena de metros antes de llegar al destino, una visión le hace olvidar el dolor y el sufrimiento durante unos instantes.

— ¡Vaya cochazo! —exclama sorprendido.

En efecto, a la entrada del acuartelamiento, Agustín observa un vehículo singular, de color marfil, diferente a todos los coches conocidos. Sin soltar las riendas de Ronco, circunvala el automóvil muy lentamente, imaginándose lo espacioso que debe ser su interior.

— ¿Le gusta? —pregunta un joven guardia que, apoyado en la puerta del conductor, parece estar custodiándolo. —Es un Vauxhall, propiedad del capitán Molero.

— ¿El capitán?

—Sí, se lo ha traído desde Ifni.

Lucena, que no termina de fiarse, da unos pasos y se fija en la matrícula trasera; IF-58. En la parte lateral derecha observa varios impactos de bala aún sin reparar.

Todo lo que cuentan del capitán es cierto, ha ocurrido de verdad —piensa, al recordar haber escuchado que, estando el entonces teniente Molero en Ifni, partió en dirección a Tiliuín al rescate del grupo de paracaidistas emboscados. Cuentan, que únicamente disponía de un viejo camión como unidad mecanizada de guerra y por eso decidió usar su propio coche, el Vauxhall. Hubo muchas bajas en ambos bandos, como el sargento Lobo y el guardia Francisco Amador, “Paco Cai”. También hubo heridos, contándose entre ellos el propio Molero, que perdió el dedo meñique de la mano izquierda por un disparo de ametralladora.

— ¿Y la Sanglas 400? —pregunta Agustín regresando a la realidad, moviendo el cuello de izquierda a derecha para desentumecerlo y relajar la dolorida espalda.

—Tiene el pedal de arranque destrozado y con el sidecar es muy difícil arrancarla a empujón. El capitán ha preferido usar su propio coche antes que dejar varios días sin poder pasar revista.

—Me gusta mucho. Aunque... ¡Da miedo! —añade, al observar la parte delantera y fijarse en los dos grandes faros que, separados del chasis, parecen los enormes ojos de una gamba gigante. El monstruo mecánico tiene por orejas dos grandes guardabarros y el radiador a modo de boca, está formada por decenas de varillas metálicas perfectamente pulidas y abrillantadas, que le recuerdan las barbas de una ballena.

— ¡Tiene un motor de 1.781 cc de seis cilindros! — dice en voz alta el joven agente, mientras Agustín Lucena, agotado y dolorido, se dirige al puesto de entrada de la casa cuartel de la Guardia Civil de Alcalá de los Gazules.

— ¡Sin novedad pero con novedad, mi sargento! —se cuadra y saluda al superior quien, alertado por “el puertas”, ha salido a recibir a tan inesperado visitante.

En el despacho del comandante de puesto, Agustín permanece sentado frente al escritorio del sargento que se ha ausentado en busca de algo o de alguien. En la pared central, una foto del general Franco parece vigilar toda la habitación. Flanqueándolo, una descolorida bandera de España, un estandarte con el escudo de la Guardia Civil y... poco más. La austeridad manda.

Recostado en la silla, Lucena hace un corto recorrido visual por la estancia y descubre, en la parte superior de un armario, la foto del capitán Cortés, héroe donde los haya, que le está mirando.

— ¿De qué te quejas Lucena? —parece decirle el capitán.

Agustín se yergue sobre el asiento, no sabe si en señal de respeto, de miedo o de ambas, pero una placentera sensación de bienestar se apodera de él. Es cierto, Lucena no tiene motivos para quejarse.

De súbito, la puerta se abre tras de sí y Agustín se levanta de la silla como movido por un resorte; se cuadra, se gira y permanece en silencio; no sabe que decir, es incapaz de articular una sola palabra. Ante él —sin soltar el pomo de la chirriante puerta— se encuentra el capitán Molero, alto, de anchos hombros y pelo castaño muy corto y rizado.

— ¡Por el amor de Dios Lucena, cuánto me alegro de verlo! Exclama el oficial aliviado después de haber permitido que se incumplieran una montaña de Ordenanzas de la Benemérita.

— Agustín Lucena a sus órdenes.

— Siéntese, le veo maltrecho, maloliente y herido en la cabeza. Explíqueme cómo le ha ido con el Sevillita.

Ante Agustín, un oficial que tiene constitución de

luchador, hombros de gladiador y una mirada dura y penetrante. Los minutos siguientes los dedica a explicar todo lo acaecido: desde la charla con el Pateja hasta la llegada a Alcalá.

— ¿Sabe usted Lucena que han podido matarle?

Agustín se ve a sí mismo reflejado en las pupilas negras del capitán, que se contraen lentamente.

— Sí, mi capitán, soy consciente.

— ¿Ha reconocido al delincuente?

— No, mi capitán, pero creo que le he herido — Agustín responde sin dudar — Todo ocurrió muy rápido y había Luna Negra.

— Luna Negra, Luna Negra... no me hable, menuda novecita que hemos tenido por la dichosa Luna Negra.

— ¿Más contrabando, mi capitán?

— ¡No solo eso! Esta noche se ha declarado un incendio en el pinar de Barbate. Ahora mismo partimos con dos unidades, tenemos el pinar en llamas.

—Perdone, señor, con todos los respetos, la penicilina habría que recuperarla y llevarla de inmediato a la Comandancia de Cádiz, ha de entregarse cuanto antes a los servicios médicos para su conservación. Si se malogra, el Teniente Coronel puede enfadarse y ya sabe como se las gasta.

—Tiene razón, Lucena. Cuando se haya lavado y curado la herida, hable con mi asistente el agente Barberá, le encontrará junto al coche. Le voy a dar instrucciones para que le acompañe hasta Patrite, recojan la penicilina, marchen a Cádiz y le deje a usted en La Torre del Puerco. Por cierto, allí también la luna negra ha hecho de las suyas.

— ¿Qué ha pasado? —pregunta preocupado por la familia.

Ha pasado de todo; el Cabo Chacón casi se nos quema vivo al rescatar un bebé de la vivienda de los pescadores, y en Revista de Pabellón cacé un “buitre”. Ya le contarán a

usted lo que pasó. También le diré al servicio de puerta que le ayude a rellenar el Acta de Aprehensión de Efectos de Contrabando y que le preparen agua caliente, además... esa herida tiene que verla un médico —finaliza señalando el mugriento pañuelo que con dificultad se mantiene ajustado a la frente.

— Muchas gracias, mi capitán —responde Agustín, poniéndose dolorosamente en pie. Cuando Molero sale del despacho, deja la puerta abierta para que se ventile. El oficial siempre tiene la primera palabra pero también la última. Agustín no sabe qué hacer, no ha entendido las palabras del capitán referente al cuartel de la Torre del Puerco. Se sienta de nuevo y, apoyando el codo en el escritorio, se sujeta con la mano la dolorida cabeza.

— ¡Lucena! —escucha tras él la voz de Molero.

— Sí, mi capitán —responde sin poder levantarse.

— ¡Buen trabajo, bien está lo que bien acaba! Cuando llegue a Torre del Puerco, dígame al Cabo Chacón que le dé tres días francos de servicio para que descanse, que bien merecido se lo tiene.

— Gracias, mi capitán.

El sargento del puesto pide al maltrecho agente que le acompañe al pabellón, donde podrá asearse y ponerse ropa limpia cedida por los compañeros.

— Acompañeme, Lucena, podrá lavarse un poco mientras llega el médico. Entretanto, nosotros redactaremos el Acta de Aprehensión.

Agustín se detiene un instante en el vano de la puerta antes de abandonar la habitación. Se gira y busca la mirada del capitán Cortés. Recuerda la frase que el propio capitán escribió en la entrada del improvisado cementerio donde se acumulaban los cadáveres de guardias, paisanos, mujeres y niños durante el asedio al Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza y, en posición de firmes dice para sí:

El grueso de la fuerza parte en un camión requisado y cargado con algunos civiles que han sido “invitados” a la extinción del incendio en Barbate.

— Ya tenemos carne de mula o lo que sea, para una temporada —se escucha en el patio de la casa cuartel.

— ¡Es un burdégano, cateto! —se escucha decir al sargento de puesto. Engañan a un caballo colocándole una yegua en celo y cuando quiere montarla, le colocan una burra y... ya está —explica a varios agentes jóvenes que se han acercado a contemplar al extraño animal.

En un rincón de las letrinas, los compañeros le han dejado dos cubos de agua —uno de ellos con agua templada— y sobre una pequeña mesa de tijera alguien ha colocado una toalla, una pastilla de jabón, un espejo y, junto a este último, una navaja de afeitar con el correspondiente jabón. Agustín Lucena, solo, desnudo, vierte, con un cazo de madera, el agua templada sobre la cabeza. Siente cómo el tibio líquido le recorre el rostro y le reconforta. Esa sensación de bienestar le transporta al cuartel de La Loma, un domingo por la mañana, y a su Mari, acabando de prepararle el agua para el baño antes de ir a misa. Agustín la necesita para estar bien. Necesita ver su cara. Necesita verla sonreír. Esa sensación, ese recuerdo, le hace ver la realidad, el peligro que ha corrido y la fortuna de seguir con vida. Agustín no se ha puesto en el caso de morir joven, a pesar de los peligros a los que se ha enfrentado en las últimas horas, no duda que volverá a reunirse con su familia. Incluso prepara las palabras para contar sus aventuras aunque tiene pocas esperanzas de ser creído.

— Buen trabajo —recuerda las palabras de su capitán.

“Cuando tenga la suerte de prestar algún servicio importante, si el agradecimiento le ofrece alguna retribución, nunca debe admitirla. El Guardia Civil no hace más que cumplir con su deber...”

EL MOLINO CASTRO

Instantes antes de que el Vauxhall traslade a Agustín Lucena hasta Patrite, la mujer del sargento Benítez, conmovida por el lamentable estado del pie de Lucena, le entrega por la ventanilla un par de botas usadas en buen estado, un detalle que la enaltece.

— ¡Póngaselas! Mi marido recibirá otras con el suministro del mes. Seguro que le quedan bien.

— Muchas gracias, señora —responde Lucena, turbado por tanta generosidad.

— Si no nos ayudamos entre nosotros... —responde la mujer.

— Qué buena mujer la esposa del sargento —comenta el joven conductor cuando el vehículo abandona las dependencias militares.

— El sargento —comenta Agustín— tiene malas pulgas.

— No piense usted mal de él. Hoy ha tenido revista de pabellón del capitán y le ha caído una gran bronca... Pero peor fue lo que ha ocurrido en La Torre del Puerco.

— ¡Cuéntame, cuéntame! ¿Qué ha pasado? —pregunta nervioso.

— Un agente... El capitán encontró en su vivienda...

— ¿Quién ha sido?, ¿Luque?

— Si Luque. El Prusiano está que echaba humo.

— ¡Traidor!, piensa Lucena satisfecho de que le hayan detenido.

— ¿Quién es el Prusiano? —pregunta.

— El capitán Molero. Nos hemos enterado que en Ifni, siendo teniente, los agentes a su cargo le pusieron ese apodo.

—Oye... —dice Agustín tocando suavemente el reluciente salpicadero de madera— Este coche es una maravilla.

Barberá está encargado de cuidar el vehículo y está muy orgulloso de ello y durante el trayecto no deja de hablar de sus bondades.

—Es por aquí —señala Agustín un enorme alcornoque indicándole que aparque el coche a la sombra — Bienvenido a “las puertas del camino de los infiernos”. Ahora nos toca andar un ratito.

Barberá desciende del Vauxhall y se coloca el Máuser al hombro.

— A partir de aquí —susurra Lucena— continuaremos en silencio, es posible que el Sevillita haya regresado para buscar la mercancía.

—¿El Sevillita? —Pregunta sorprendido el compañero—. No sabía que...

— No te asustes, creo que le he herido y no debe andar muy lejos. ¡Ahora o nunca!

— Pero... Puede ser peligroso —insiste el joven.

— Peligroso es llevar varios días mal comiendo y mal durmiendo para detener a un delincuente que incendia los montes y trafica con medicamentos. Peligroso es vivir en la Torre del Puerco, donde el médico más cercano se encuentra a varias horas a pie. Tú no tienes hijos, no puedes entenderlo, pero como compañero, te pido por favor que me ayudes a terminar con esta misión. Barberá no dice nada, continúa caminando hasta que por fin Agustín señala con la mano la casa derruida que le sirvió de cobijo la noche anterior.

La pareja, con la pistola del 9 largo en posición, se

separan para evitar ser ambos sorprendidos a la vez, y a fin de que puedan protegerse mutuamente. Avanzan muy despacio hasta el interior de las ruinas para comprobar que la penicilina escondida continúa a buen recaudo. Agustín retira las ramas de brezo y, sin decir nada, señala a su compañero las pequeñas cajas de madera incautadas, en cuyo interior se preservan los tan necesarios como escasos antibióticos. Vuelve a cubrirlos.

Ahora toca inspeccionar la pequeña explanada donde se produjo la emboscada. De este lance, quedan como muestra dos cartuchos separados uno de otro no más de un metro de distancia. Barberá se agacha a recogerlos, los sostiene en la mano y mirando a Lucena, se los muestra y hace un extraño movimiento con la cabeza...

—¡Joeeeeeee!

A continuación se los guarda en uno de los cartucherines para, posteriormente en el cuartel, incluir estas pruebas en el atestado.

Lucena, en silencio, se dirige hacia la chumbera, enfunda su arma y abre la verja. Con un gesto indica a su compañero que le siga por la vereda hacia el Molino Castro. Agustín abraza la esperanza que el Sevillita se haya refugiado en ese lugar. La penicilina la recogerán a su regreso.

— ¡Lucena! —Susurra Barberá rompiendo el silencio— ¿Cree usted que le encontraremos aquí? El sargento le ha dicho al capitán que los estraperlistas siempre se refugian en la finca Las Colinas, entre Vejer y Casas Viejas.

— ¿Hablas de la Finca de don Pepito?

— Yo no sé nada, solo lo que he oído.

—Tú hazme caso. ¿Y si tiene escondida más mercancía en el molino? ¿Y si se ha ocultado allí? Venga, estamos a unos minutos.

Cuando alcanzan el objetivo, con toda la precaución

de un asalto militar a una fortaleza enemiga, los dos guardias se aproximan sigilosamente al Molino Castro, cada uno por un flanco. Agustín, que lleva la iniciativa, es el primero en cruzar el exiguo cauce del río Rocinejo y se aposta frente a la entrada del recinto formado por varias edificaciones. La mayor de todas corresponde al molino propiamente dicho, en cuya planta baja se encuentran los grandes huecos por donde, una vez desviado el curso del río, la fuerza del agua consigue mover las pesadas ruedas de granito. En un segundo término, a la derecha, hay otra construcción con aspecto de vivienda y, detrás de ella, lo que parecen ser barracones para el almacenamiento de mercancías.

— ¡Guardia Civil, salgan con las manos en alto! —grita Lucena colocando la mano izquierda a modo de megáfono— ¡Están rodeados! —insiste dos veces más.

Ante la ausencia de respuesta, la pareja de guardias continúa aproximándose con mucha cautela. En primer lugar, revisan el interior del edificio principal —el enorme molino— sin hallar nada de interés. Después, hacen lo propio en las otras edificaciones, con idéntico resultado.

Ante la aparente ausencia de peligro, Barberá saca un paquete de Celtas Cortos y ofrece un cigarrillo al compañero. Lucena, lo rechaza amablemente y se acomoda encima de una gran muela de granito —colocada allí seguramente porque ya no es útil para la función por la que fue labrada. ¿Cómo pueden haber traído esta rueda tan grande y tan pesada hasta aquí?

Desilusionado por no encontrar ni rastro del Sevillita, comienza a dudar si realmente el contrabandista, al que hace unas horas casi acaba con su vida, era realmente tan famoso delincuente.

Ensimismado en sus pensamientos y esperando que Barberá termine el cigarrillo, comienza a lanzar unos

guijarros al interior de la base del molino, hacia las aspas de madera. Una de las piedras lanzadas golpea lo que parece un trozo de papel envuelto en forma de pelota. Sorprendido, se levanta y se acerca hacia el objeto que le resulta familiar: es el envoltorio de una tableta de chocolate Nogueroles. Lo desenreda y observa que aún contiene migas del producto. Lo más extraño de todo, es que el propietario ha dejado abandonado un cromo de la selva africana que muestra un precioso atardecer en una gran llanura teñida de color oro, con la silueta a trasluz de un gran baobab. Agustín toma el envoltorio, se lo acerca a la nariz, lo huele, su aroma es fresco, ese papel lleva poco tiempo abandonado. Desconcertado, mira a su alrededor y descubre algo importante: el trozo de un puro mordisqueado que conserva parte de la vitola, parcialmente consumida por el fuego y donde puede leerse... cubani...

Sin perder la calma, pone a buen recaudo el puro y la estampita —que ya tiene destinatario—, arroja de nuevo el envoltorio al suelo y extrae del cartucherín trasero la muestra de puro reseco. Las compara y, al colocar una junto a la otra, observa que ambas han sido mordidas —más que chupeteadas— de la misma manera. No tiene ninguna duda de que ha sido la misma persona... El Sevillita.

Nervioso, observa hasta asegurarse que no hay nadie en los alrededores. A la vez, con la mano izquierda, desabrocha la cartuchera y, con la derecha, extrae la pistola, colocándola a la altura del pecho con el brazo extendido. El mosquetón continúa colgado del hombro izquierdo. Barberá al observarle, intuye cierto peligro y siente que le tiemblan las piernas. Se escucha un ruido, un chasquido, algo... al otro lado de una gran roca. Agustín, que empuña la pistola con firmeza, monta el arma.

Clak-clak —se escucha en el silencio del molino.

Lucena coloca el dedo índice sobre sus labios, indicando al compañero que permanezca en silencio y, con un gesto, le sugiere que se levante con cuidado y le siga. El veterano agente quiere realizar una exploración un poco más concienzuda del perímetro.

Barberá prefiere hacer uso del mosquetón en lugar de la pistola y se separa del compañero. A unos metros, en una pequeña construcción detrás de dos grandes rocas escucha unos suspiros. El joven hace una seña a Lucena, señalándole con el dedo el lugar de donde provienen los gemidos. Agustín descubre, no sin asombro, a un cachorro de mixtolocho, que solloza amarrado a una cuerda.

— ¿Qué haces aquí, alma de Dios? ¿Te han dejado solo? —se agacha a coger al cachorro.

El pobre animalito se agita nervioso entre los brazos del guardia. Su rescatador examina las inmediaciones de la morada canina y observa que el recipiente del agua y el de la comida están prácticamente llenos.

—Anoche estuvo aquí —dice Agustín sin especificar nada más.

Lucena, sin soltar al juguetón animal, rodilla en tierra, saca del cartucherín el collar de cuero con la chapa, ajusta el tamaño y se la coloca al cuello diciendo:

—Esto te pertenece, seguro que era de tu padre. Y con la navaja corta un trozo de la cuerda que le une a la caseta.

—Pero... ¿Nos lo vamos a llevar?

—Pues claro, no querrás dejarlo aquí. Recuerda Barberá, que nuestra Cartilla nos obliga recoger cualquier animal descarriado y, llegado el caso, entregárselo a su legítimo dueño. Además, el perro no está maleado contra nosotros, conozco a un niño que pronto cumplirá trece años y, estoy seguro que le encantará este regalo. ¡Vamos, Roque, esta noche dormimos en casa!

LA EXPLOSIÓN DE CÁDIZ

Lucena, Barberá y Roque regresan por el camino del Molino Castro. Agustín, agotado pero satisfecho, arrastra el sueño y el cansancio de tantísimas horas sin dormir. El dolor en el pecho no disminuye pero marcha contento, tirando suavemente de la cuerda que le une al collar del cachorro.

— ¡La penicilina! ¡Tenemos que recogerla! —recuerda Barberá cuando llegan a la verja que da acceso a la explanada.

— Faltaría más —responde el compañero, que suelta por unos instantes a Roque para cerrar de nuevo la cancela.

— ¡Cuidado, que se escapa! —grita Barberá. El cachorro ha olfateado el cuerpo sin vida de su padre que yace muerto bajo una pequeña montaña de piedras a los pies de la generosa chumbera.

— Pobre animal —susurra Agustín—, déjale que se despida... Mientras, vamos a comer algo, hasta que lleguemos a Cádiz nos queda un buen trecho.

Roque, cansado de olisquear las piedras que cubren el cuerpo de su padre y sin entender realmente el motivo por el que este no responde a su llanto, decide quedarse allí tumbado, quieto junto al cadáver, observando cómo su nuevo amo y su compañero trinchan unas buenas porciones del queso y de chorizo encontrados la pasada noche en el interior de las alforjas de Ronco. Cuando los

guardias reponen fuerzas, Agustín coge la misma vara del día anterior y arranca media docena de higos.

—Vámonos —masculla Lucena degustando su último bocado— Este calor no hay quien lo soporte. ¡Venga, Roque! —le silba suavemente.

El animal, triste y abatido, mira hacia los guardias sin la intención de obedecer. Permanece tendido con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras.

—Vamos —insiste Agustín, que no quiere arrebatárselo del lugar por la fuerza. —Vamos —repite otra vez, mientras rebusca en la cartera hasta encontrar una porción de chocolate derretido que tenía guardado para una buena ocasión. —Toma —pringa un dedo del sabroso dulce y se lo ofrece a unos centímetros del hocico, esperando lo que finalmente ocurre, que Roque se levanta y camina lentamente hacia el preciado manjar que su nuevo amo se resiste a entregarle. Según avanza Roque, Agustín retrocede... así hasta situarse a varios metros de la chumbera donde ase al cachorro por el collar.

Un tiempo después, el cargamento de antibióticos, los agentes y el perro, se encuentran en el interior del Vauxhall que les conduce hasta la Comandancia de Cádiz. Agustín, incapaz de mantenerse despierto por más tiempo, acomoda a Roque entre las piernas y, sin apenas dificultad, consigue entrar en un sueño profundo... En el trayecto emplean cerca de dos horas.

Barberá posa la mano sobre el hombro de Lucena y con un par de golpecitos le despierta:

—Lucena. Estamos en Cortadura. Ya hemos llegado a Cádiz.

Agustín hace tiempo que no visita Cádiz. La última vez que transitó por esta bella ciudad fue hace unos años, con el triste cometido de declarar a favor de su hermana Hortensia en un juicio contra ella que seguía el Gobierno

Militar, frente al Baluarte de la Candelaria, muy próximo a la iglesia donde, después de la vista judicial, Agustín fue a rezar para que la joven y alocada Hortensia no fuera fusilada. No fueron los rezos quienes libraron de la cárcel a su hermana, sino el expediente militar, medallas incluidas de su hermano, que consiguió que finalmente, solo recibiera un castigo ejemplarizante y severo: confinamiento por tiempo indefinido en Medina Sidonia como maestra represaliada. Aquello ocurrió antes de la explosión, cuyas huellas en la ciudad aún no han sido borradas.

El dolorido agente se despabila. Sin mover ningún músculo de su castigado cuerpo, con la cabeza apoyada en el cristal, mira a través de la ventanilla.

— ¿Qué son esas tiendas de campaña? —pregunta ante la visión de un campamento militar, compuesto por un grupo de decenas de toldos y lonas castrenses.

— ¿Qué va a ser? Son los desplazados por la explosión.

Agustín no sale del asombro, reacciona y se incorpora en el asiento. En Cádiz nunca se olvidará que el lunes 18 de agosto del año 1947, a las diez menos cuarto de la noche, se produjo la explosión de 200 toneladas de trinitrotolueno en un polvorín de la Armada.

—Pero... Hace un año de la explosión. ¿Quedan aún familias viviendo en la calle?

—Y lo que queda —responde Barberá— ¿No viste cómo quedó la ciudad? —Lucena no responde, mueve la cabeza de izquierda a derecha lentamente.

—Ya verás cuando llegemos al barrio de San Severiano... —Mejor dicho, lo poco que queda de él, entonces comprenderás por qué aún queda familias por realojar.

—Ve despacio, por favor —pide Agustín en voz baja.

A medida que el vehículo avanza por la Avenida en

dirección a las Puertas de Tierra, la magnitud de la catástrofe va siendo más patente.

— ¿Dónde estabas el día de la explosión? —Pregunta curioso Barberá, acostumbrado ya a la deteriorada imagen de la ciudad. Yo tuve suerte —se responde él mismo— me sorprendió con el Prusiano en el cruce de los Tres Caminos. Desde allí, pudimos ver perfectamente el hongo de polvo rojo que se produjo tras la detonación. Lo primero que pensé fue que había estallado una de esas bombas atómicas de los americanos.

—Yo estaba de correría en un cortijo cerca del Colorao —responde Lucena— Cuando el capataz de la finca me estaba firmando la “Papeleta de Presentaciones” sentí la explosión. No alcancé a ver el humo, porque me encontraba en un camino de eucaliptos, pero sí escuchamos un trueno y sentimos la onda expansiva.

—No exageres.

—Te lo juro por mis hijos. Hasta las ramas de los árboles se movieron. No te exagero, me han contado que el fogonazo pudo verse desde el acuartelamiento militar de Monte Hacho en Ceuta.

— ¿Participaste en el rescate de los heridos? — pregunta de nuevo el joven agente.

— No. De madrugada, un camión procedente del cuartel de los solteros de Roche pasó a recogerlos. Me destinaron a los Tres Caminos para inspeccionar a todos los que entraban y salían de la ciudad. Vinieron ladrones hasta de Jerez y Sevilla para saquear los restos de la explosión, principalmente las casas de la clase social más elevada.

Los solteros se llevaron la peor parte, estuvieron dos días cargando cadáveres en los camiones y llevándolos directamente al cementerio a la espera que algún familiar reconociese los cuerpos. Contaron después que

transportaron cientos y cientos de fallecidos y, en muchos casos, familias enteras: padre, madre, hijos...

—El número oficial fue de ciento cuarenta muertos — apunta el conductor —Explotó el depósito de torpedos de la Guerra Civil. —Un Cabo de la Armada —continúa Barberá— me ha contado... que dos años antes... ya había un informe donde se denunciaba el mal estado de las minas.

— Déjalo estar. Nosotros no somos nadie para decir una u otra cosa. Los de arriba sabrán lo que hacen — sentencia Agustín para dar por terminada la conversación.

A medida que el Vauxhall avanza lentamente por la Avenida, las “heridas” en la ciudad son más evidentes. Ante los ojos de Lucena desfilan decenas de fachadas derruidas. Hay ventanas sin marcos a través de las cuales no se ve el interior de las viviendas sino el cielo. Antes de llegar a los sólidos muros de la Puerta de Tierra — Puertatierra—, Agustín hace un gesto con la mano y pide a Barberá que detenga un momento el vehículo. Frente a ellos, un grupo de infantes de Marina y obreros, cargan escombros en camiones militares y un chatarrero amontona los retorcidos hierros, que ven la luz a medida que retiran los cascotes de los edificios derruidos.

—Gracias a la muralla de la Puerta de Tierra —rompe Barberá el silencio— el centro histórico se salvó, la fortaleza amortiguó el empuje de la onda expansiva evitando que los daños y las víctimas fueran más numerosas. Ya verás lo que queda del barrio de Bahía Blanca.

En efecto, cuando el Vauxhall, cubierto ya por una fina capa de polvo blanco gira hacia la derecha, Agustín siente cómo el corazón se le detiene. No hay postes de teléfono, ni de luz, ningún cable cruza la calle, y a ambos lados no hay edificios que den sombra ni árboles donde puedan cobijarse

las aves. Algunas palmeras, las más gruesas, se mantienen en pie sin ramas en lo alto. Agustín Lucena está contemplando la mayor catástrofe de la posguerra española.

A muy poca velocidad, el vehículo pasa junto a un grupo de mujeres de mirada triste que hacen cola tras varios camiones del Ejército de Tierra. Una anciana, enjuta por la edad, de blanco pelo corto y rostro moreno cubierto de finas arrugas, clava la mirada en los ojos de Lucena sin sacar las manos de los bolsillos de su delantal azul oscuro. Esa mirada le provoca una extraña satisfacción.

—Es increíble esta vitalidad —susurra Lucena sabiendo que la anciana no puede escucharla. —No puedo entender —prosigue— cómo una persona que ha pasado tantísimas calamidades durante la mayor parte de su vida, a sus noventa y pico de años, conserve aún esta lucidez en la mirada.

—Son personas de buena calidad genética, casi perfectas —argumenta Barberá. La posguerra está poniendo a prueba la fortaleza física y mental de millones de personas. Los más débiles no sobrevivirán. —Mire Lucena la cola para las “cartillas de racionamiento”. Es la única posibilidad de conseguir comida y no morir de hambre, sobre todo en las ciudades ya que en los pueblos siempre se puede encontrar en el monte algo con lo que alimentarse, como algarrobas, frutos silvestres, huevos de pájaros... Muchas embarazadas no pueden llevar a buen término la gestación y la mortalidad infantil se está disparando. Los niños que consiguen nacer, entre la más que probable desnutrición de la madre y con todo tipo carencias sanitarias, se enfrentan en los primeros meses de vida a pruebas naturales muy difíciles de superar.

La organizada fila de mujeres no parece avanzar. Esta semana parece que no toca carne. Tienen la esperanza de conseguir, al menos, un cuarto de litro de aceite, arroz, pan

negro, garbanzos, boniatos, bacalao, azúcar o tocino y, muy de vez en cuando, se pueden encontrar maravillas como café y chocolate. Rara vez se reparte leche o huevos. Así, la nutrición está racionada, restringida, “amartillada”.

Otras mujeres tienen cubos en las manos y esperan pacientemente el turno para recoger agua. Junto al grupo, una moto quemada, sin sillín, ni neumáticos, con las ruedas retorcidas por el calor, permanece incomprensiblemente en pie, curiosamente ignorada por los chatarreros.

Agustín está acongojado. En su mente, se agolpan todas las historias, todas las vivencias que ha escuchado a varios de los supervivientes de aquella catástrofe. Relatos donde las palabras se quedan cortas para describir cómo de repente se fue la luz y, un par de segundos después, llegó la enorme onda expansiva, el estruendo, el calor, el polvo, la muerte, el horror.

— ¡A la playa! ¡A la playa! parece aún resonar en las calles.

Voluntarios vocearon instrucciones a la población para que esta abandonase las casas y se dirigieran hacia la playa cercana ante la posibilidad de una segunda explosión que, inexplicablemente, nunca tuvo lugar.

— ¡A la playa! ¡A la playa!, muchas personas corrieron despavoridas en pijama o ropa interior y la mayoría con heridas de mayor o menor consideración. Esa noche larga fue también la de los lamentos: lamentos de niños buscando a sus madres y madres buscando a sus hijos.

— ¡Voluntarios para donar sangre! ¡Necesitamos sangre!

El sonido del claxon del Vauxhall, pidiendo paso a una pequeña caravana de carros tirados por mulas, hace regresar a Lucena a la cruda realidad, justo a la altura de la calle donde antes de la catástrofe estaba situada la Casa

Cuna, el Hogar del Niño Jesús. Allí murieron veintiséis niños y algunas monjas. Frente a los escombros, varias cunas apiladas forman un amasijo de hierros retorcidos que ni los chatarreros se atreven a recoger.

— ¡Dios mío! —repite nuevamente Agustín.

— A esta ciudad no hay quien la levante —dice Barberá, señalando las ruinas de los astilleros de Echevarrieta y Larrinaga, la única industria de la ciudad.

—Tú no conoces a los gaditanos.

El conductor señala con el brazo. Han llegado a la entrada de la Comandancia. Detiene el vehículo y permanece inmóvil mirando hacia el frente sin soltar las manos del volante.

— Espérame aquí —indica Lucena, que ha conseguido bajarse del Vauxhall sin molestar a Roque. La pierna derecha se le ha quedado dormida y cojea.

Sin ningún complejo, Agustín Lucena, con el vendaje asomando bajo el tricornio, el uniforme de un color más marrón que verde, la capa tiesa por la suciedad y el polvo acumulado, se dirige hacia el cuerpo de guardia con el mosquetón al hombro y la credencial del Teniente Coronel en la mano. Minutos después, dos jóvenes guardias acceden al maletero del coche y descargan con mucho cuidado la valiosa mercancía.

—Despacio —indica Barberá a los agentes. —Ahí lleváis la esperanza de vida de muchas personas.

Bastante tiempo tardó Lucena en reunirse de nuevo con Barberá, quien, aburrido de esperar, ha sacado al exterior a Roque y juega con él junto al vehículo.

—Llévame a La Torre del Puerco —masculla Lucena.

— Aquí ya hemos terminado.

REGRESO A LA CASA CUARTEL

Barberá espera que su compañero se acomode en el asiento para colocar al inquieto perro entre las piernas del amo. El joven guardia no se atreve a preguntar cómo le ha ido en la Comandancia. Cuando abandonan la ciudad de Cádiz y sobrepasan las militarizadas murallas de Cortadura la curiosidad le puede:

— ¿Qué le ha dicho el Teniente Coronel al ver la penicilina?

— ¡Nada!

— ¿Nada?

— Nada, porque no está en la Comandancia.

— ¿Se sabe algo del Sevillita?

— Lo único que me ha contado el teniente es que han encontrado el cuerpo de un jornalero colgando de un alcornoque con una herida en la pierna.

— ¿Un jornalero?

— Sí, un pobre hombre.

— ¿No era el Sevillita?

— Yo creo que sí. Todos los datos apuntan a que es él; por la herida y por el trozo de puro que encontramos en el molino —responde tragando saliva.

Durante la hora que dura el trayecto hasta la Torre del Puerco, Agustín Lucena no habla. Somnoliento, apoya la frente contra el cristal e intenta dormir. No quiere pensar, no quiere recordar pero...

— Fue en defensa propia. —repite una y otra vez para

sí. Yo no quería disparar. ¡Maldito seas, Sevillita! ¿Ha valido la pena? ¡Eh!

— ¿Le duele mucho la herida? —pregunta Barberá al contemplar cómo una lágrima recorre la mejilla del compañero.

Agustín abre los ojos y asiente con un ligero movimiento de los párpados humedecidos.

—Mucho, me duele mucho.

Días después, el Teniente Coronel tendrá sobre su mesa los efectos personales del ahorcado y, junto con el informe del capitán Molero, los restos de un puro, de un cubanita mordisqueado.

El Vauxhall corona la Loma del Puerco e inicia el suave descenso hacia la Casa Cuartel. En el horizonte, el sol se resiste a dar paso a la noche estrellada, tiñendo de rojo cálido la isla del Castillo de Sancti Petri y las tranquilas aguas a la Playa de la Barrosa. La temperatura en el exterior del vehículo es perfecta. Los vientos han dejado de pelear y se han detenido para contemplar esta mágica puesta de sol.

Barberá maravillado, reduce la velocidad al mínimo para contemplar perplejo, cómo el anillo solar se aproxima al horizonte marino. Un espectáculo reservado a un puñado de privilegiados que tienen por horizonte el océano.

— Déjame aquí, no molestes a los chiquillos —dice Agustín indicando una zona de tierra junto al camino. La gran explanada, previa a la casa cuartel, se ha convertido en un campo de fútbol donde juegan los hijos de guardias con los hijos de los pescadores. Santiago, aún convaleciente de la picadura, se ha tenido que conformar con hacer las funciones de árbitro e interrumpe el juego por la inesperada llegada del Vauxhall. Los niños permanecen expectantes y en silencio, creen que será el

capitán Molero quien descienda del vehículo. Agustín se seca los ojos con los puños de la sahariana, desciende por el lado más alejado al campo de juego y junto a él, amarrado a la cuerda, lo hace Roque.

Santiago reconoce a su padre y cojeando corre hacia él.

— ¡Padre, padre! —grita al verle agitando la mano.

El joven Santiago tiene la intención de dar a su padre una buena noticia, pero no se ha percatado de la presencia del perro, cuando lo hace, se aproxima al animal, se agacha y le abraza.

—Es un regalo de cumpleaños —dice a su hijo, entregándole el trozo de cuerda— ¡Cuida bien de Roque!

El resto de muchachos, corriendo, rodean al juguetero animal y a su nuevo amo.

La inesperada llegada del Vauxhall y el alboroto de la chiquillería llaman la atención de las madres que están charlando un rato “al fresquito” antes de preparar la cena. Mari, nerviosa, no se fija en el tumulto, ni en el perro ni en nada, y sale al encuentro de su esposo. Cuando llega a su lado, no se besan, simplemente toma la mano de su marido y dulcemente la coloca en su mejilla.

— ¡Ha ocurrido una desgracia! —dice la afligida esposa refiriéndose a la detención de Luque.

— ¡Sí, cariño, ha ocurrido una desgracia! —responde el agotado Agustín, pensando en la muerte del Sevillita. Pero por alguna extraña razón, se siente en paz. El guardia toma la mano de María, y la familia al completo, incluido el perro. Caminan hacia el borde del acantilado frente a la puerta principal para disfrutar de la puesta de sol.

— ¡Padre! —dice Santiago tirando suavemente de la manga de la sahariana.

—Dime hijo —responde Agustín deteniéndose y mirándole a los ojos.

— Padre, ¡Quiero ser Polilla!

Lucena sonríe como nunca antes había sonr ido. Santiago no cree haberle visto nunca tan feliz como le parece en aquel instante, pero Agustín no responde, se abandona a la suave brisa del viento de poniente que les da la bienvenida cuando el sol comienza a ser engullido por las aguas. Suavemente coloca la mano sobre el hombro de Santiago y, junto a ellos, todos los niños, unos y otros; el Cabo Chacón, Galván y su esposa, incluso la familia Luque. En el acuartelamiento no hay bandera que arriar pero nadie quiere perderse la puesta de sol y, quizás, dar gracias a Dios por estar juntos y en casa, en su Casa Cuartel.

— Lucena! —Escucha a sus espaldas— Es la voz de Barberá que debe regresar con el Vauxhall para recoger al capitán. Agustín, al oír su nombre se vuelve y presencia como el joven Guardia Civil, en posición de firmes, levanta muy lentamente la mano derecha y ejecuta un perfecto primer tiempo del saludo militar... Permanece así, petrificado. Todos observan.

Agustín, ante el inesperado homenaje del compañero, se desprende de la mano de María y en posición de firmes, con la misma marcialidad, le devuelve el saludo que los dos mantienen durante unos segundos. Barberá mira al Cabo Chacón, y este en firmes, como el resto de agentes, devuelven el saludo.

Esa tarde, el sol se ocult  como lo hace todos los días, salvo que, en esta ocasión, los hombres y mujeres que habitan en la apartada y solitaria Casa Cuartel de La Loma del Puerco de Chiclana de la Frontera en Cádiz, pudieron ver juntos un rayo verde. *“...que muy seguramente es el verdadero verde de la Esperanza”.*

ACERCA DEL AUTOR

Miguel Gilaranz Martínez (Madrid, 1964). Su afición literaria le ha acompañado en gran parte de la última década. Durante este tiempo, ha viajado y escrito novelas que se desarrollan en ambientes diversos y con personajes cautivadores. De esas novelas escritas, varias han sido publicadas. En la primera, “Sáhara, la última misión” (Éride Ediciones 2010, 2011 y la tercera edición en Amazon 2019), la presencia española en el Sáhara, vista a través de un sargento de la unidad a camello de las Tropas Nómadas, sirve de marco para narrar, en clave histórica, algunas de sus experiencias como piloto. La segunda novela publicada es mucho más que una novela de ecología y lleva por título “La Fábrica de Árboles” (Éride Ediciones 2012 y Amazon 2019)

En “Las Meninas y el Samurái” (Amazon, 2017), cuenta la historia de la Expedición Hasekura a la España del siglo XVII como origen del apellido Japón. Recientemente, el autor ha regresado de un largo e intenso viaje al corazón del Amazonas, cuyas experiencias seguro quedarán plasmadas en futuras novelas.